

UNIVERSIDAD CATÓLICA DE SANTA MARÍA
Facultad de Ciencias y Tecnologías Sociales y Humanidades
PROGRAMA PROFESIONAL DE TEOLOGÍA



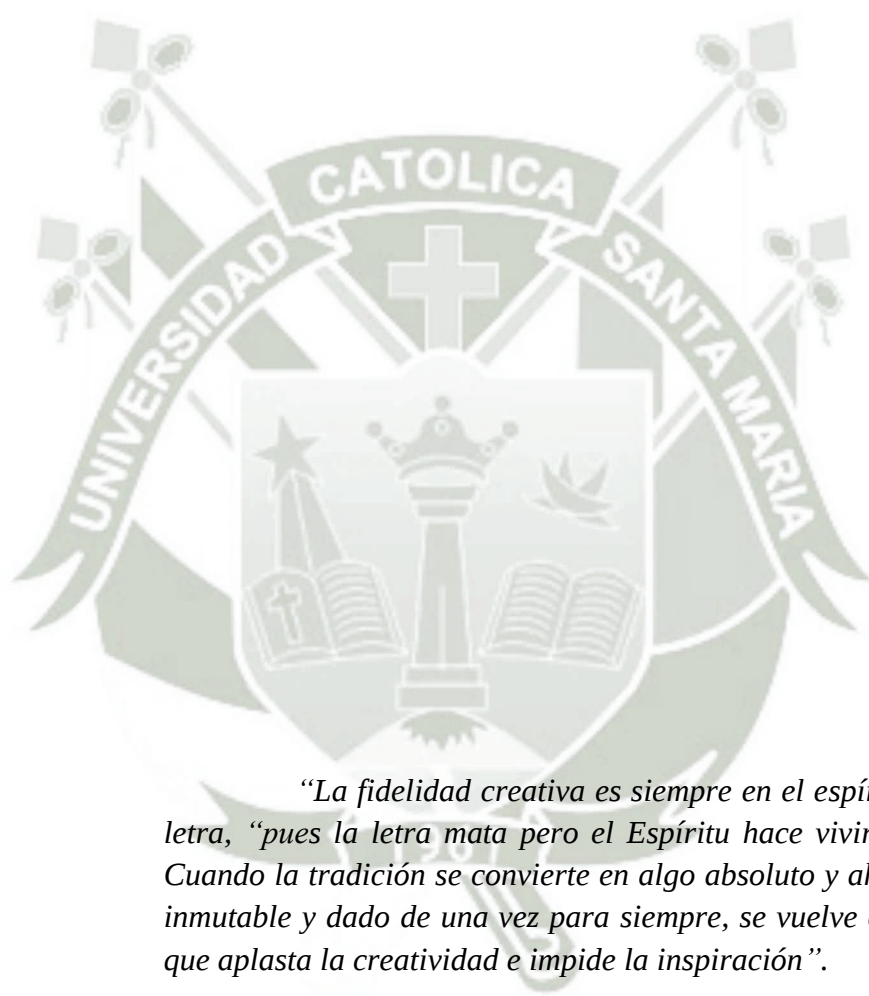
**“DE LA IMPOSIBILIDAD DE LA TEODICEA DE JUAN ANTONIO
ESTRADA DÍAZ A LA POSIBILIDAD E INEVITABILIDAD DE LA
TEODICEA EN ANDRÉS TORRES QUEIRUGA”**

Tesis presentada por:

CHRISTIAN HYRUM SIZA MONTOYA

**Para optar el título Profesional de:
LICENCIADO EN TEOLOGÍA**

**AREQUIPA – PERÚ
2014**



“La fidelidad creativa es siempre en el espíritu y no en la letra, “pues la letra mata pero el Espíritu hace vivir” (2Cor 3,6). Cuando la tradición se convierte en algo absoluto y ahistórico, algo inmutable y dado de una vez para siempre, se vuelve carga pesada, que aplasta la creatividad e impide la inspiración”.

Juan Antonio Estrada Díaz.



Agradecimiento

A mi madre, Carmen Montoya, que con su amor entrañable, y desde su testimonio y confianza creyente en Dios nuestro Padre, me enseñó a ser perseverante y fuerte para superar los obstáculos de la vida.

Al apoyo incondicional del Dr. Bruno Van der Maat, amigo y profesor que siempre estuvo solícito a prestarme luces para el desarrollo del presente trabajo.

RESUMEN

En el presente trabajo de investigación abordo el tema de la teodicea, y busco responder a la interrogante **¿Por qué en el debate en torno al problema de la teodicea, la propuesta de Andrés Torres Queiruga parece ser más coherente y convincente que la propuesta de Juan Antonio Estrada Díaz, para responder a las interrogantes del creyente del siglo XXI?**

El mal no es un desconocido para nadie, pues ronda alrededor de toda la vida humana. Aunque con los avances de la ciencia y tecnología hayamos logrado superar gran parte de las enfermedades, el hombre aún no ha encontrado la solución o explicación a todos los males. Es posible alejar un mal concreto, pero no sustraerse a experimentarlo en algún momento de la existencia. El mal se presenta como un enigma que confunde las certezas más firmes y hace vacilar a los temperamentos más sólidos.

Las dimensiones del mal aumentan aún más si se tiene en cuenta que la existencia nos es dada por Dios. En este sentido no solo es la existencia humana la que se encuentra en una situación sin solución, sino ese Dios del que se nos dice además que es bueno y todopoderoso. Pues bien, el mal hace cuestionarse, o bien su bondad, ya que parece tolerar que la existencia sea aplastada, o bien su omnipotencia, puesto que el mal parece más fuerte que Dios.

Desde este dilema, surge la necesidad de dar alguna respuesta que nos arroje luces, y para esto será preciso revisar el planteamiento del problema del mal ya tratado desde la antigüedad, e incluso replantearlo para poder encontrar alguna explicación que lo ubique como comprensible para el hombre y totalmente independiente de Dios.

Es en el segundo capítulo en donde presentaré una de las propuestas más importantes para abordar el problema en la actualidad. Es Juan Antonio Estrada quien realiza un análisis de los planteamientos tradicionales que se ofrecían para conciliar la existencia de Dios y del mal. Luego, al ver que todas las posturas fracasan en su intento de explicación, apoyado éste en Kant, afirma con profunda convicción que una teodicea especulativa para nuestros días es algo imposible. Fracasaron todas las teodiceas, y no es posible plantear otra, ya que no podemos fundamentar el mal desde nuestra limitada racionalidad ni mucho menos decir algo sobre Dios desde nuestra inmanencia. Por eso postulará y no sin razón así planteada la cuestión a una antropodicea pragmática como respuesta común de todo hombre creyente o no creyente. Y finalizará su propuesta dando al cristiano una clave para poder sustentar y fundamentar su praxis en la lucha contra el mal. Esta clave es la vida y resurrección de Jesús. Consecuentemente, la teodicea como problema especulativo o racional es imposible, por lo que queda irresuelta para este autor.

En el tercer capítulo veremos que al anterior intento de responder al problema de la teodicea se contraponen la postura de Andrés Torres Queiruga quién con un espíritu optimista ve en el problema una dificultad no asumida por todos aquellos que trataron de hacer una nueva respuesta. Esa dificultad consiste en no saber asumir el

cambio de paradigmas a la hora de tratar un problema, en este caso el mal. Torres Queiruga realiza un nuevo planteamiento de la cuestión y parte del análisis de la autonomía, tanto del funcionamiento del mundo como de la vida del hombre, para desde allí apoyado en la finitud concluir en la imposibilidad de la existencia de un mundo sin mal. Porque el mundo al ser creado, es limitado e imperfecto y por ser imperfecto y finito, inevitablemente acarrea el mal o lo hace posible e inevitable (ponerología).

Desde la imposibilidad de la existencia de un mundo sin mal, Torres Queiruga propone la respuesta cristiana como una de muchas respuestas que se le dan al espinosa cuestión del mal (pisteodicea). Es el “Dios Amor” la respuesta cristiana a este mal inevitable y contra el cual queda luchar movidos e inspirados por Él, además, contando con el ejemplo de vida, muerte y resurrección de Jesús de Nazaret (teodicea). Aquí lo que se verá es un intento de proponer una nueva teodicea desde un esquema tripartito: de la ponerología y la pisteodicea a la teodicea cristiana. Bien visto el mundo y comprendido en cierta medida la inevitabilidad del mal, Dios no es su causante sino que es la respuesta para luchar junto al hombre contra él.

Y en el cuarto capítulo, después de una sintética evaluación de ambas posturas, podemos decir que una teodicea válida para nuestros días deberá dar una respuesta que, ***que afronte de verdad el problema, respete las reglas de la lógica y sea comprensible para los que no comparten nuestra fe.*** La respuesta mejor presentada y comprensible también debe responder a las inquietudes del creyente del siglo XXI, que constantemente se pregunta: ¿Qué hacer ante el mal y el sufrimiento? ¿Es posible una vida sin mal y sufrimiento? Para caminar seguros y con cierto grado de felicidad ¿hay que eliminar de nuestra vida todo mal y sufrimiento? Y ¿qué hacer con el mal padecido por los demás? ¿Cómo creer en Dios cuando tantas personas sufren junto a mí? ¿Por qué Dios no interviene y deja que la injusticia triunfe? ¿Dónde está Dios cuando padezco un mal inesperado o innecesario?

Ya al final, por asumir el cambio de paradigmas en la actual sociedad; por lograr desvelar la confusión a la hora de abordar el problema del mal mezclando presupuestos filosóficos y teológicos; por enseñarnos a ver y a tomar conciencia de la realidad de la estructura de la creación y del hombre como seres finitos – limitados e inevitablemente expuestos al mal; por reconocer que el mal es un problema para todos y que exige de todos una respuesta y que dentro de este abanico de respuestas que pueden ser religiosas o no religiosas está la respuesta cristiana, apoyada en la verdad que siempre se tuvo, es decir el Dios de amor y salvación, un Dios que no es origen de ningún mal sino que es Anti-mal; y porque desde sus consecuencias sabe responder no en grado absoluto pero sí considerable a las inquietudes del creyente del siglo XXI, Es la propuesta del Teólogo Andrés Torres Queiruga la respuesta que puede brindar hoy, una mejor comprensión y explicación al agudo problema de la teodicea.

ABSTRACT

In this research I address the issue of theodicy, and I seek to answer the question why the debate around the issue of theodicy, the one proposed by Queiruga Andres Torres seems to be more consistent and convincing that the proposal of Juan Antonio Estrada Diaz, to answer the questions of the twenty-first century believer.

Evil is not a stranger to anyone, for it rounds about all human life. Even it advances in science and technology have been able to overcome many of the diseases, man has not yet found a solution or explanation for all his ills. You may alienate a particular evil, but withdraw to experience at some point of life. Evil is presented as an enigma that confuses the firmest certainties and makes the strongest temperaments falter.

Dimensions of evil increase even more if you consider that existence is given to us by God. In this sense it is not only human existence which is in a no-win situation, but God of it also tells us is good and powerful. Well, because it seems to tolerate the existence either collapsed or omnipotence, because evil seems stronger than God.

From this dilemma, the need to give us some answers to shed light, and this will require review of the problem of evil treated since ancient times, and even rethink to find some explanation that places him as the man understood and totally independent of God.

It is the second chapter in which I will present one of the most important proposals to address today. It is Juan Antonio Estrada who performs an analysis of traditional approaches that were offered to reconcile the existence of God and evil. Then, seeing that all bids fail in their attempt at explanation, supported it in Kant said with deep conviction that a speculative theodicy for today is impossible. They failed all theodicies, and you can not raise another, as we can not justify the evil from our limited rationality, much less say anything about God from our immanence. So he will nominate and rightly so posed the question to a pragmatic anthropodicy as a common response of every believer or non believer. He will complete his proposed giving the Christian a key to sustain and support its practice in the fight against evil. This key is the life and resurrection of Jesus. Consequently, as speculative or rational theodicy problem is impossible, what remains unresolved to this author.

In the third chapter we see that the previous attempt to address the problem of theodicy posture by Queiruga Andres Torres with an upbeat spirit who sees the problem as difficulty not accepted by all those who tried to make a new reply is opposed. This difficulty is not knowing paradigm shift take when dealing with a problem in this case of evil. Queiruga Torres takes a new approach to the issue of the analysis and the autonomy of both the workings of the world and the life of man, and from there leaning against the finitude unable to conclude the existence of a world without evil. For the world to be created is limited and flawed and imperfect and finite, inevitably leads to evil or makes possible and inevitable (ponerology).

From the impossibility of the existence of a world without evil, Torres Queiruga proposes a Christian response as one of many responses that are given to the thorny question of evil (pisteodicea). Is the "God of Love" the Christian response to this inevitable evil and fight against which is moved and inspired by him, as well, with the example of life, death and resurrection of Jesus of Nazareth (theodicy). Here what you will see is an attempt to propose a new theodicy is from a tripartite scheme: the ponerology and pisteodicea to Christian theodicy. Well seen the world and to some extent understood the inevitability of evil, God is not the cause but the answer is not to fight alongside men against him.

In the fourth chapter, after an overall evaluation of both positions, we can say that a valid theodicy for today shall reply that, to addresses real problem, observe the rules of logic and understandable to those who do not share our faith. The best presented and understandable response must also address the concerns of the twenty-first century believer who constantly asks: What to do about evil and suffering? is life without evil and suffering possible? To walk safely and with a certain degree of happiness should we eliminate from our lives all evil and suffering? And what to do with the evil experienced by others? How to believe in God when so many people suffer with me? Why God does not intervene and let injustice triumph? Where is God when I suffer unexpected or undeserved?

Because in the end, take the change of paradigms in today's society; achieve to unravel the confusion when addressing the problem of poor mixing philosophical and theological presuppositions; for teaching us to see and become aware of the reality of the structure of creation and of man as finite beings - limited and inevitably exposed to evil; recognize that evil is a problem for everyone and requires all answers and that within this range of responses that can be religious or non-religious is the Christian response, based on the truth that always was taken, the God of love and salvation, a God who does not source any harm but it is anti-poor; and because they know the consequences from not responding at all grade but considerable concerns the believer of the century, is the proposal of Theologian Andrés Torres Queiruga response today that can provide a better understanding and explanation to the acute problem of theodicy.

PRESENTACIÓN

El presente trabajo de investigación trata sobre la teodicea, tema que aborda dos realidades que se oponen de una manera radical: Dios y la dura experiencia del mal.

Si vemos con atención, el mundo parece estar regido por violencia, con mucho mal e inmenso sufrimiento, miles de hombres y mujeres gritan cada día: ¿Dónde está Dios? ¿Por qué nos has abandonado? (Sal 42; Mc 15, 35) muchas veces me han hecho o yo mismo me he hecho esas preguntas y normalmente me han faltado palabras para dar alguna respuesta de todo convincente.

Surge pues, la inquietud en el cristiano ¿Cómo se compagina la fe en un Dios bueno y todopoderoso con el mal y el sufrimiento que a todos los niveles se hacen presentes y acosan a toda la realidad mundana y humana? El que la cuestión aparezca una y otra vez, prueba que el problema del mal preocupa e inquieta y también que ninguna respuesta que se nos otorga resulta del todo concluyente y satisfactoria, quizás porque el mal no es solo un asunto de teoría, sino un asunto vital, existencial y práctico.

Debajo de la búsqueda de explicaciones y de causas del mal, lo que en realidad hay es un deseo de eliminarlo, se supone que conocer su causa ayudaría a ello. El mal, como dice Kant, es constitutivo del mundo y una queja tan antigua como la historia, y la experiencia nos dice que con el mal nunca se acaba.

Si Dios no existe o ha muerto, entonces, el ser humano es el sujeto de la historia y en consecuencia responsable del sufrimiento. Pero si Dios existe, entonces resulta inevitable la pregunta por su responsabilidad ante el mal, sin que esto signifique negar la responsabilidad humana.

A pesar de lo difícil que parezca el tema, y que en más de una ocasión se ha afirmado su imposibilidad, como cristianos alguna respuesta tenemos que dar que afronte de verdad el problema, respete las reglas de la lógica y sea comprensible para los que no comparten nuestra fe, so pena de convertir la fe en fideísmo y de hacerla totalmente ininteligible ante la razón.

Después de haber investigado y casi haber experimentado un auténtico vértigo por la sobreabundancia de literatura sobre el problema, he elegido dos posturas que hoy son las más completas y actuales, de aquí que surja el planteamiento del problema:

¿Por qué en el debate en torno al problema de la teodicea, la propuesta de Andrés Torres Queiruga parece ser más coherente y convincente que la propuesta de Juan Antonio Estrada Díaz, para responder a las interrogantes del creyente del siglo XXI?

Y por tanto el objetivo que se pretende alcanzar es el siguiente:

Desarrollar lo específico de las posturas tanto de Juan Antonio Estrada Díaz como la de Andrés Torres Queiruga, para luego evaluar la relevancia de sus aportes y optar por la postura más convincente para las interrogantes del creyente del siglo XXI.

Asimismo he propuesto la siguiente hipótesis frente al problema planteado:

Frente a la propuesta de Juan Antonio Estrada Díaz, que evalúa las tradicionales teodiceas desde objeciones nuevas, por lo que declara la imposibilidad de la teodicea, dejando los presupuestos antiguos en la mera crítica; parece ser que la propuesta de Andrés Torres Queiruga, que toma en cuenta el cambio de paradigmas y desvela la necesidad de reformular el problema desde presupuestos nuevos y hacerlo más comprensible a la razón post-moderna, está más acorde con las necesidades de la cultura secular, la imagen del Dios amor de Jesús de Nazaret y responde mejor a las interrogantes del cristiano post-moderno.

Para desarrollar satisfactoriamente este trabajo de investigación, he recurrido al método bibliográfico. Por lo que he considerado como base del estudio el libro del teólogo Juan Antonio Estrada Díaz, ***“la Imposible teodicea”: la crisis de la fe en Dios***, de 410 páginas y fue publicado en 1997; y la obra del autor Andrés Torres Queiruga, tal vez el teólogo que más se ha dedicado al tema, ***“Repensar el mal”: desde la ponerología a la teodicea***, de 372 páginas que fue publicado en el 2011. Y para complemento del estudio he consultado obras de grandes teólogos tradicionales y actuales, tanto europeos como latinoamericanos.

El desarrollo de este trabajo de investigación está enmarcado en cuatro capítulos: el primero titula “Qué se entiende por teodicea” aquí desarrollo los conceptos básicos para poder abordar luego las propuestas. El segundo capítulo se encarga de presentar la propuesta del teólogo Juan Antonio Estrada Díaz “la imposible teodicea”. El tercer capítulo desarrolla la propuesta del teólogo Andrés Torres Queiruga, “la posible e inevitable teodicea”. El cuarto capítulo “Diferencias, similitudes, críticas y la opción por la postura que tiene más opción de respuesta al problema del mal”. Finalmente manifiesto la conclusión a la cual he llegado como resultado de esta investigación.

CAPÍTULO I

¿QUÉ SE ENTIENDE POR TEODICEA?

1. CONCEPTOS DE TEODICEA Y DE MAL

Este primer capítulo, se orienta a precisar algunas referencias básicas para la comprensión y delimitación del tema a tratar. De esta manera voy a considerar los siguientes puntos: la definición de la teodicea y del mal en un sentido moderno de la palabra; algunas respuestas tradicionales que aún se presentan en el constructo imaginario del creyente de hoy frente al tema de Dios y el mal; la actualización del problema, y al final veremos algunas explicaciones que la Iglesia Católica en su magisterio brinda a los fieles cristianos.

1.1. Origen y significado de la teodicea

Etimológicamente considerada, la Teodicea (theos dike) significa la justificación de Dios. El término fue introducido en filosofía por Leibniz, quien, en 1710, publicó una obra titulada: "Essais de Théodicée sur la bonté de Dieu, la liberté de l'homme et l'origine du mal".¹ La finalidad del ensayo era mostrar que el mal en el mundo no está en conflicto con la bondad de Dios, que, de hecho, no obstante sus muchos males, el mundo es el mejor de todos los mundos posibles. El objetivo de su obra era mostrar que el mal en el mundo no está en conflicto con la bondad de Dios, que, de hecho, no obstante sus muchos males, el mundo es el mejor de todos los mundos posibles. Pero al transcurrir el tiempo y a la vista de la enorme presencia del mal en el mundo, las críticas a su planteamiento no se dejaron esperar. Se le señalaban dos grandes flancos:

- a. El excesivo *racionalismo* filosófico, bien patente en su insistencia en el mejor de los mundos posibles, con las especulaciones acerca de los atributos divinos y la consiguiente tendencia a no tomar suficientemente en serio la gravedad del mal.
- b. La contaminación *teológica* que en más de una ocasión interfiere oscureciendo la estructura y la coherencia del razonamiento filosófico.²

A pesar de su fracaso, la discusión sobre el problema de la teodicea continuó e incluso se intensificó, porque lo nuevo era el término más no el problema.

La teodicea en su significado más elemental alude a algo claro y evidente: la experiencia religiosa ha captado siempre de alguna manera que existe un duro choque vivencial y una fuerte tensión intelectual entre la fe en lo divino aceptado como poder

¹ <http://ec.aciprensa.com/wiki/Teodicea>

² Cf. Torres Queiruga A., "Repensar el mal. De la ponerología a la teodicea" Madrid, Trotta, 2011. p. 26.

sustentador y salvador de lo real, por una parte, y la evidencia del mal en el mundo, por otra.³

Esta discusión viene siendo tratada desde la antigüedad (mitos de los orígenes), y si queremos ser más precisos cabe remitirnos al debate que se daba entre los estoicos y los epicúreos que se resumía de la siguiente manera:

- a. Dios no puede, entonces es impotente.
- b. Puede y no quiere, es envidioso.
- c. Ni quiere, ni puede, entonces es impotente y envidioso.

¿De qué deriva la existencia del mal y por qué no, lo elimina de la vida del hombre?

Ante estas afirmaciones y esta última interrogante, han existido varias respuestas que se presentan como teodiceas⁴, sirvan como ejemplos: teodicea teológica realizada por Agustín de Hipona, Anselmo de Canterbury; teodicea filosófica, del ya mencionado Leibniz, Kant, Hegel; teodiceas negativas de Nietzsche, Voltaire, etc. Y hasta el presente se sigue postulando argumentos que logren responder a las interrogantes que nacen de las experiencias más profundas del ser humano respecto al mal y al sufrimiento en el mundo.

El paso que daremos a continuación consiste en definir lo que es el mal y revisar sus distintas dimensiones.

1.2. Definición del mal: ¿Qué es el mal?

El mal lo podemos definir como lo que “no debería ser”, lo que nos daña, incluso un mal imaginario nos puede entristecer y atormentar. El mal es aquello que experimentamos como lo que subjetivamente no queremos, lo que no debería ser, por eso lo rechazamos y procuramos eliminar o al menos suavizar⁵. El mal no es realidad en sí, sino cualificación de una acción, es decir, implica siempre una valoración personal, un juicio evaluativo. El mal no existe en sí mismo, sino en acciones o en sus consecuencias; es un concepto relacional, que tiene que ver con actuar y padecer con relaciones humanas y sociales⁶. Puede que no seamos capaces de definir el mal, pero lo podemos describir.

1.3. Dimensiones de la experiencia del mal

Veamos ahora las dimensiones del mal, las variedades del mal que se presentan en nuestra vida. Normalmente percibimos el mal en dos dimensiones: el mal natural y el

³ Cf. Ibid. p.15.

⁴ Cf. Estrada J.A., La imposible teodicea, la crisis de la fe en Dios. Ed. Trotta. Madrid 1997. p. 91ss.

⁵ Cf. Torres Queiruga, Repensar el mal, o.c., p.14

⁶ Cf. Ibid. p. 98 -99

mal moral. No se trata de dos especies de un género “mal”, sino de los términos de referencia a dos experiencias humanas diversas⁷. Pero Leibniz añadió una tercera dimensión: el mal metafísico (imperfección, finitud), aunque como veremos, hablando con propiedad, sólo existen dos clases de males: el mal físico y el mal moral, pues el llamado mal metafísico es la constitución finita del mundo y de las criaturas que posibilita o permite la aparición de los múltiples males.

El mal que sufrimos o padecemos es lo que universalmente llamamos mal; y corresponde a la experiencia subjetiva que los humanos hacemos del mal cada día y es el que ha prevalecido en la preocupación de las tradiciones religiosas. Por sufrimiento entendemos la dimensión subjetiva de la experiencia humana del mal⁸.

a. El mal físico o natural

El mal físico, en sentido amplio, es dolor y sufrimiento, padecimiento, disgusto, incomodidad, etc. Es todo aquello que nos desagrade, lo contrapuesto al bien físico. No solo abarca el placer, sino que se extiende a lo que experimentamos como carencia y privación, como ocurre, por ejemplo, con la salud. “El mal físico está ligado a la condición corporal del ser humano. Es ante todo debido a su contingencia por lo que el ser humano está condenado al sufrimiento y expuesto a la muerte. Con el mal físico somos a menudo testigos de una especie de obra sin autor. La única observación que es legítimo hacer es que el mal físico verifica una vez más la definición del mal como carencia: el sufrimiento es siempre un déficit de ser, físico o psíquico⁹”

b. El mal moral

Este mal contiene los actos inicuos y rasgos malos del carácter de los seres humanos libres, es un mal intrínseco a la libertad finita. La denominación mal moral se refiere sobre todo al ámbito ético. Bueno y malo son calificativos de actos humanos que juzgamos correctos o incorrectos¹⁰. Acciones tales como asesinatos, mentir, robar y rasgos tales como la deshonestidad, el orgullo, la cobardía, etc. La maldad se ejerce causando daño a otros; es decir, la persona desde el dinamismo del propio deseo (a veces buscando su bienestar o satisfacción) actúa provocando frustración y dolor en los otros seres humanos¹¹.

Mala moralmente es la acción humana que aunque puede ser buena para el agente pues satisface sus deseos, pero ocasiona un daño a otro ser humano. Este mal lo

⁷ Cf. Gómez Caffarena, J., *El enigma y el misterio. Una filosofía de la religión*, Ed. Trotta, Madrid 2009, p. 596.

⁸ Cf. Gómez Caffarena, J., *Ascesis, gnosis, praxis. La sabiduría religiosa frente al mal*, en *¿hay lugar para Dios hoy?*, Vv. Aa., PPC, Ed. Trotta, Madrid 2005, pp.175-176.

⁹ Conf. Neuch Marcel, *El enigma del mal*, Ed. Sal Terrae, Santander Ed. Sal Terrae, 2010, p. 44.

¹⁰ Cf. Gómez Caffarena, J., *El enigma*, o.c., p. 575.

¹¹ Cf. Gómez Caffarena, J., *El enigma*, o.c., p. 576 y 620.

calificamos como moral porque la persona es consciente de que su acción va a infringir un daño a otro humano y lo asume, y al asumirlo y ser consciente de que su acción causa otro, la persona se hace “mala” al asumirlo.¹²

c. El mal metafísico

Esta experiencia del mal nace de la imperfección original de la criatura humana, es decir, la imperfección de creación, de la vida humana y de las leyes naturales. Es un mal inherente a la contingencia y finitud del hombre, una limitación anterior al mismo pecado original, y anterior también a cualquier acción mala del hombre. Este mal metafísico concierne sobre todo a la provisionalidad y fugacidad de los seres, un problema tanto lógico como existencial y que se concreta en la muerte, símbolo por antonomasia del mal metafísico. Pero la muerte es comprendida como anti-vida, rompe nuestras vinculaciones y nos vence siempre. Si, por el contrario, la vida ha sido malograda y sin sentido, si no hemos sido felices, es peor. Si no hay nada más que esperar, entonces la muerte puede liberarnos de una vida vivida como un infierno. Estamos condenados a morir pero nos rebelamos. Somos finitos, ansiosos de infinitud; mortales, sedientos de inmortalidad. La muerte es el último enemigo de nuestras ansias de plenitud.

Podríamos seguir reflexionando sobre las distintas experiencias del mal que constantemente nos acechan. Pero lo dicho hasta aquí, considero suficiente como para tener claridad sobre este asunto, que sin duda veremos flotar porfiado, como gran interrogante en el desarrollo del tema.

Sobreentendido el concepto de teodicea y del mal y sus dimensiones, ahora vamos a desarrollar brevemente algunas explicaciones que se han formulado para ver cómo Dios es muy bueno y todopoderoso y esto es compatible con la afirmación del mal.

2. RESPUESTAS COMUNES AL MAL EN RELACIÓN A DIOS

Entre muchas de las soluciones existentes he seleccionado tres, porque parecen ser las más claras y comunes.

2.1. El pecado como explicación última del mal.

La respuesta más clásica a la pregunta del mal en ambientes católicos es la siguiente: *“El mal tiene su origen en el pecado de Adán”*. A razón de esto es importante aclarar dos aspectos:

¹² Gómez Caffarena, J., *Ascesis, gnosis, praxis. La sabiduría religiosa frente al mal*, en *¿Hay lugar para Dios Hoy?*, VV. AA., PPC, Madrid 2005, p. 179.

- a. Es evidente que la historia de Adán, quiere dejar en claro que el mal no procede de Dios, sino del ser humano. Dios ha hecho al hombre muy bien (Gén 1, 31), no es el culpable de los males que afligen a la humanidad. Esta respuesta no resuelve el problema de fondo que es el de saber ¿Cómo es posible que Dios crease un ser tan maravilloso, pero capaz de pecar y de apartarse de Él? o ¿Cómo es posible que Dios no impidiera el pecado? Consecuentemente Dios es responsable de haber hecho a Adán capaz de mal.
- b. Considerar los males del hombre como castigo de sus malas acciones, plantea un problema de proporción o de justa medida en el castigo, porque en la historia de la humanidad, todos hemos heredado el pecado, pero no todos sufrimos el castigo con la misma intensidad. El castigo parece presentarse con frecuencia desmesurado respecto a la culpa cometida. En el Antiguo Testamento esta doctrina entró en crisis después del Exilio ante la comprobación de que los poderosos y los perversos prosperan mientras que los inocentes sufren sin recompensa. La desproporción entre mal y culpa llevaría de nuevo a cuestionar la bondad de Dios. Además esta relación entre mal y pecado es totalmente contraria a la enseñanza de Jesús de Nazaret: *“¿quién pecó, él o sus padres para que haya nacido ciego?... ni el pecó, ni sus padres... (Juan 9, 2-3).*

2.2. Dios saca bien del mal

Otra respuesta muy antigua es ésta, “Dios saca bien del mal”. Esta declaración parece tener su traducción moderna. El mal se convierte en un medio para el bien, lo que parece ser malo contribuye en realidad al bien, como no tenemos una visión completa del conjunto de la realidad, no conocemos las razones que Dios pueda tener para que ocurran cosas que nos parecen malas.

El hecho de que Dios saca bien del mal tiene una traducción filosófica y política de peligrosas consecuencias. Según Hegel, el mal sería el precio del desarrollo, un elemento imprescindible de la evolución. El sufrimiento individual carece de significado en sí mismo, solo es importante desde el punto de vista de lo universal, los sufrimientos e injusticias padecidos por los individuos pierden valor cuando se considera el progreso logrado, lo importante es el desarrollo macro-estructural y no la suerte de los individuos. Aquí el mal tendría su razón de ser desde el punto de vista de la globalidad, de lo general, obviándose así lo particular y concreto del mal.¹³

Esta mentalidad atribuida por ideologías totalitarias resulta nefasta, el siglo XX ha sido testigo de sus terribles consecuencias políticas en los totalitarismos de derecha y de izquierda bajo la forma de un desprecio de la dignidad humana en nombre del progreso de la historia. En consecuencia el mal de algunos se convierte así en factor positivo de

¹³ Cf. Estrada J.A., La imposible teodiceia, o.c., p. 224 ss.

desarrollo. Así se concluye que el mal es bueno y la violencia útil, pues sirven a los fines superiores y acercan a la humanidad a su destino.

2.3. La limitación del poder de Dios.

Es evidente que a lo largo de la historia de la humanidad se han dado tantas experiencias perversas e inhumanas, especialmente ocurridas en el siglo XX e incluso extendiéndose hasta el presente, como por ejemplo: el hambre de tres cuartas partes de la humanidad, los crímenes violentos en las grandes ciudades, la corrupción política, el terrorismo, las guerras mundiales, el dolor desesperado de los terminales de cáncer, las matanzas atávicas y las depuraciones étnicas, las deformidades físicas, catástrofes naturales: inundaciones, volcanes terremotos, sequías, etc. Estas duras experiencias están en contradicción con el querer de Dios y a la vez parecen contradecir la omnipotencia divina. Muchos se han preguntado si es necesario relativizar el poder de Dios, e incluso negarlo, porque cuestionar su bondad sería algo blasfemo.

Reflexionando sobre la estremecedora experiencia de un Dios que permanece silencioso ante la tragedia del holocausto, el Judío Hans Jonás, *prefiere negar la omnipotencia a la bondad divina*.¹⁴

Pero también se explica la inevitabilidad del mal. El mal pertenece a la mejor combinación que Dios podría escoger. Aquí es necesario considerar las siguientes interrogantes:

- a. ¿Qué clase de Dios es un Dios limitado?
- b. ¿Qué clase de salvación podemos esperar de un Dios limitado?

Más allá de estas preguntas nacidas posiblemente de la indignación humana que aparentemente vive un “silencio por parte de Dios”, es necesario precisar el concepto de poder, porque en las manos y en las mentes humanas el poder tiende a oprimir y a manipular, además reflexionar en abstracto sobre el poder de Dios puede conducir a planteamientos absurdos. ¿Es posible que Dios haga un círculo cuadrado?¹⁵

Como podemos ver, estas respuestas tradicionales no solucionan el problema sino que lo aplazan y lo complican. También debemos resaltar que todas estas propuestas explicativas surgen o son formuladas en contextos culturales totalmente distintos a los que vivimos hoy, por lo que se hace necesario replantear el problema de la teodicea, según las exigencias de la cultura postmoderna y secular.

¹⁴. Cf. Jonás, Hans, *Pensar sobre Dios y otros ensayos*, Ed. Herder, Barcelona, 1998. (“El concepto de Dios después de Auschwitz”). Una voz judía. pp. 195-212.

¹⁵. Cf. Torres Queiruga A., “Repensar el mal”. o.c., p.73.

3. PROBLEMÁTICA DE LA TEODICEA

Actualización del problema

Hay que considerar como ya indicaba anteriormente, que muchas de las teodiceas tradicionales mencionadas, han sido formuladas en un contexto anterior al nuestro, es decir, en un ambiente dominado por la creencia en un continuo intervencionismo divino. Es aquí que el problema del mal remitía espontáneamente al ámbito de lo no-mundano o sacral; y dentro del monoteísmo, a Dios como a quien, en definitiva o mandaba expresamente los males o los permitía no queriendo impedirlos. Pero como bien es sabido, con la llegada de la modernidad surgen factores que dan origen a un nuevo paradigma que hasta el día de hoy tiene sus resonancias, y sobre todo uno, el *descubrimiento de la autonomía en los funcionamientos empíricos del mundo*; incluida, claro está sobre todo la del mundo humano¹⁶, lo cual desplaza hasta cierto punto la concepción sacral del mundo, pero no del todo. Sin embargo, a pesar del descubrimiento de la autonomía del mundo en la modernidad, el problema del mal ha sido conservado en su viejo planteamiento, es decir entendido desde la imagen de un Dios intervencionista en su creación. Esto hace que se genere una ambigüedad en el tratado del problema que se presenta del modo siguiente:

- a. Por un lado se vive la evidencia de que los males del mundo son provocados por causas mundanas, sean físicas como la epidemia o terremoto, sean humanas como el crimen, la guerra o la explotación de los débiles.
- b. Y por otro lado se mantiene como algo obvio y compartido por casi todos que, Dios es por comisión directa o por permisión implícita, su causa.

Debido a esta ambigüedad, muchos intentan defenderlo, mostrando los motivos por los que provoca o permite los males como vimos en las respuestas comunes anteriores, mientras que otros se dedican a atacarlo como culpable o declararlo no existente, esto en el caso de los no creyentes. En lo que todos coinciden es en dar por supuesto que Dios podría evitarlo si quisiese, y que en consecuencia es responsable por acción u omisión¹⁷

La nueva cultura secular plantea el problema como la necesidad de buscar las causas del mal en el funcionamiento autónomo del mundo y buscar una visión que permita vivir con sentido. Sea cual sea la opción, de defensa o de rechazo, se impone abandonar las rutinas históricas y situar la reflexión de modo que resulte coherente con la nueva situación cultural.¹⁸

¹⁶ Cf. Torres Queiruga A., Repensar el mal, o.c., p.19.

¹⁷ Cf. Ibid. p.20.

¹⁸ Torres Queiruga A., Repensar el mal, o.c., p. 21- 22.

Cabe resaltar que en la actualidad la mayoría de los teólogos son escépticos con respecto a si es posible responder o no al problema de la teodicea, sin embargo se presentan dos posturas que merecen ser analizadas por su modo sistemático de abordar la cuestión y tratar de dar una respuesta, que según los títulos de sus obras, son contrarias, pero que de una u otra forma servirán de lumbrera para nuestro caminar en este mundo traspasado constantemente por la indignación nacida del dolor y el sufrimiento. Estas propuestas serán desarrolladas en los capítulos posteriores.

4. EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA CATÓLICA

Enseñanzas de la iglesia católica sobre el problema del mal.

Ahora sin entrar en el análisis y crítica al respecto, desarrollaré brevemente, con la intención de tener literalmente la referencia básica, lo que la Iglesia Católica sostiene sobre el tema, que se encuentra plasmado en el Catecismo de la Iglesia Católica.

Como primer paso, la Iglesia en su Magisterio reconoce que en la común experiencia humana existe la contradicción entre la existencia de Dios y la experiencia del mal: *“Si el mundo procede de la sabiduría y de la bondad de Dios, ¿por qué existe el mal?, ¿de dónde viene?, ¿quién es responsable de él?, ¿dónde está la posibilidad de liberarse del mal?”* (Catecismo, n. 284).

Y lo mismo hace ver en otro artículo: *“La fe en Dios Padre Todopoderoso puede ser puesta a prueba por la experiencia del mal y del sufrimiento. A veces Dios puede parecer ausente e incapaz de impedir el mal”* (Catecismo, n. 272).

Para muchos de los creyentes, la experiencia del mal pone a prueba su fe en la providencia divina. *“Si Dios Padre Todopoderoso, Creador del mundo ordenado y bueno, tiene cuidado de todas sus criaturas, ¿por qué existe el mal?”* (Catecismo, n. 309). A esta interrogante responde la Iglesia: *“El conjunto de la fe cristiana constituye la respuesta a esta pregunta: la bondad de la creación, el drama del pecado, el amor paciente de Dios que sale al encuentro del hombre con sus Alianzas, con la Encarnación redentora de su Hijo, con el don del Espíritu, con la congregación de la Iglesia, con la fuerza de los sacramentos, con la llamada a una vida bienaventurada que las criaturas son invitadas a aceptar libremente, pero a la cual, también libremente, por un misterio terrible, pueden negarse o rechazar. Para la Iglesia no hay un rasgo del mensaje cristiano que no sea en parte una respuesta a la cuestión del mal”* (Catecismo, n. 309).

Luego en el mismo Catecismo surge una segunda pregunta de fondo: ¿por qué Dios no creó un mundo tan perfecto que en él no pudiera existir ningún mal? A lo que responde: Es cierto que *“en su poder infinito, Dios podría siempre crear algo mejor”*. Sin embargo, *“en su sabiduría y bondad infinitas, Dios quiso libremente crear un mundo en estado de vía”* hacia su perfección última. Este devenir trae consigo en el designio de

Dios, junto con la aparición de ciertos seres, la desaparición de otros; junto con lo más perfecto lo menos perfecto; junto con las construcciones de la naturaleza también las destrucciones. Por tanto, con el bien físico existe también el mal físico, mientras la creación no haya alcanzado su perfección” (Catecismo, n. 310).

En el catecismo también se menciona a los ángeles y los hombres de los cuales se dice que son criaturas inteligentes y libres que deben caminar hacia su destino último por elección libre y amor de preferencia. Por ello pueden desviarse. De hecho pecaron. Y fue así como el mal moral entró en el mundo, incomparablemente más grave que el mal físico. Dios no es de ninguna manera, ni directa ni indirectamente, la causa del mal moral. Sin embargo, lo permite, respetando la libertad de su criatura, y, misteriosamente, sabe sacar de él el bien: ‘porque el Dios todopoderoso... por ser soberanamente bueno, no permitiría jamás que en sus obras existiera algún mal, si Él no fuera suficientemente poderoso y bueno para hacer surgir un bien del mismo mal’ (San Agustín)’ (Catecismo, n. 311).

También, el catecismo de la Iglesia sostiene que hay cosas que no podemos explicar ni entender sino desde una perspectiva que trascienda los tiempos y las expectativas demasiado apresuradas de los hombres: “Así, con el tiempo, se puede descubrir que Dios, en su providencia todopoderosa, puede sacar un bien de las consecuencias de un mal, incluso moral, causado por sus criaturas”... (Catecismo, n. 312).

Uno de los ejemplos que menciona y resalta el Catecismo es la Muerte del Hijo de Dios hecho hombre: Del mayor mal moral que ha sido cometido jamás, el rechazo y la muerte del Hijo de Dios, causado por los pecados de todos los hombres, Dios, por la superabundancia de su gracia, sacó el mayor de los bienes: la glorificación de Cristo y nuestra Redención. Sin embargo, no por esto el mal se convierte en un bien. (Catecismo, n. 312).

El Catecismo recuerda también los testimonios de los santos confirmando esta verdad (Catecismo, n. 313):

Así santa Catalina de Siena dice a “los que se escandalizan y se rebelan por lo que les sucede”: ‘Todo procede del amor, todo está ordenado a la salvación del hombre, Dios no hace nada que no sea con este fin’.

Y santo Tomás Moro, poco antes de su martirio, consuela a su hija: “Nada puede pasarme que Dios no quiera. Y todo lo que Él quiere, por muy malo que nos parezca, es en realidad lo mejor”.

Y Juliana de Norwich: ‘Yo comprendí, pues, por la gracia de Dios, que era preciso mantenerme firmemente en la fe y creer con no menos firmeza que todas las cosas serán para bien... Tú verás que todas las cosas serán para bien’.

En conclusión la Iglesia pide a los cristianos profesar su visión de fe en este misterio de la existencia del mal diciendo con el Catecismo: ‘Creemos firmemente que Dios es el Señor del mundo y de la historia. Pero los caminos de su providencia nos son con frecuencia desconocidos. Sólo al final, cuando tenga fin nuestro conocimiento parcial, cuando veamos a Dios ‘cara a cara’ (1 Co 13,12), nos serán plenamente conocidos los caminos por los cuales, incluso a través de los dramas del mal y del pecado, Dios habrá conducido su creación hasta el reposo de ese Sabbath definitivo, en vista del cual creó el cielo y la tierra’ (Catecismo, n. 314- los subrayados son míos)

5. VALORACIÓN CRÍTICA

En el primer capítulo desarrollado, ya podemos ver algunas ambigüedades y contradicciones respecto al tema sin intentar todavía una alternativa de respuesta. Esta primera tensión la podemos deducir de los puntos desarrollados para enmarcar y orientar el estudio. Me refiero al modo cómo se presenta el problema en la actualidad, es decir, la urgente necesidad de la actualización del problema, las respuestas más comunes al problema del mal y sobre todo la exposición de la Iglesia en el Catecismo.

Para tratar el problema del mal hoy por hoy, es necesario deshacerse de una serie de tópicos heredados que han ido forjando desde soluciones y planteamientos antiguos y que están haciendo imposible una respuesta aceptable en el presente. Estos planteamientos los vimos en los tipos de respuesta más comunes al problema del mal en relación a Dios y también los podemos ver en algunas de las ideas que la Iglesia Católica propone en el Catecismo. Podemos resumirlos en dos tópicos:

- Se da por supuesto que es posible un mundo sin mal o un mundo mejor que éste y que, por tanto, Dios pudo y puede hacer que no exista el mal en el mundo, pero que por motivos misteriosos, lo permite y no lo impide.
- Que esa es la manera más piadosa, más fiel a la tradición y a la Escritura de afrontar el mal.

Es a razón de estas explicaciones que es necesario tener la suficiente honradez de revisar, mas no romper estos presupuestos heredados para buscar otro tipo de explicación que vaya de acuerdo con las exigencias de los tiempos en que vivimos. Si bien es cierto, la Iglesia hace una propuesta desde la fe, eso no quita que también necesite ser justificada con razones válidas para fundamentar la misma. Y es lo que vamos a analizar en los siguientes capítulos.

Los dos siguientes autores, realizan un estudio pormenorizado sobre el tema y proponen explicaciones que han de ser consideradas o rechazadas según la aceptación del creyente.

Para nuestro estudio lo importante será al final optar por una de estas posturas y validarla como respuesta o al menos como camino de respuesta a las grandes interrogantes que plantea el problema del mal en la vida humana y sobre todo en la vida del cristiano post-moderno.



CAPÍTULO II

LA IMPOSIBILIDAD DE LA TEODICEA EN JUAN ANTONIO ESTRADA

EL AUTOR

Sacerdote católico español, miembro de la orden religiosa Compañía de Jesús, nacido en Madrid el 8 de diciembre de 1945. Es catedrático de Filosofía en la Universidad de Granada, España en la que obtuvo el doctorado en filosofía, después de la Licenciatura que cursó en la Universidad de Comillas, Madrid. Es también doctor en Teología por la Universidad Gregoriana de Roma y realizó sus estudios teológicos en Innsbruck y Múnich. A lo largo de su docencia universitaria compartió muchos cursos de filosofía y de teología en universidades latinoamericanas, especialmente en San Salvador y México. Es miembro de la Asociación Española de Ciencias de la Religión y de la Asociación de Teólogos Juan XXIII.

Tiene publicadas numerosas obras de teología y filosofía, artículos y estudios como: “La iglesia ¿Institución o carisma?”, “Del misterio de la Iglesia al pueblo de Dios”, estudios sobre el laicado: “La identidad de los laicos” (1990), “La espiritualidad de los laicos” (1991), “Modelos de Iglesia y teología del laicado”, “Oración: liberación y compromiso de fe”, “Fe cristiana y opción personal”, “Retos de la Iglesia ante el nuevo milenio”, “Fe cristiana y opción personal”, “Jesús de Nazaret: perspectivas”, “Imágenes de Dios”, “La Iglesia y los profetas”, “*La Imposible teodicea*”: la crisis de la fe en Dios, que fue publicada en 1997 entre muchas otras.

INTRODUCCIÓN

En este segundo capítulo voy a presentar las ideas más importantes que el teólogo y filósofo Juan Antonio Estrada propone sobre el problema de la teodicea. Las ideas las voy a extraer de su obra “*La Imposible teodicea*”: la crisis de la fe en Dios”, que fue publicada en 1997. Este libro es bastante completo por lo que en el presente trabajo voy a considerar casi todos los capítulos, rescatando los puntos más importantes de estos.

Los capítulos considerados son los siguientes: **Capítulo II.** “la moralización del mal” del cual tomaré la propuesta de san Agustín y el análisis que el autor hace de él (págs.110- 136); **Capítulo III.** san Anselmo, propuesta y análisis- “*Culmen de la teodicea teológica*” (págs. 137-154); **Capítulo IV-** la propuesta de Leibniz y Hegel, propuestas y análisis “*teodicea racionalista*” (págs. 1837-212); **Capítulo V** – la propuesta de Kant y Nietzsche, propuestas y análisis “*el fracaso de la teodicea*”. En este capítulo Estrada propone como primera conclusión: que cuando la razón especula sobre Dios, sin base empírica en qué apoyarse, se cae en una divagación sin contenido. Dios sólo puede ser un postulado de la razón, objeto de la fe racional del hombre. La

existencia del hombre es problemática y nos plantea la pregunta por Dios, pero no podemos teorizar sobre él o sobre su esencia o sus intenciones. *De ahí que concluya en este capítulo que la teodicea es imposible* y que el silencio y la pasividad de Dios ante un mundo supuestamente creado por él, es lo que hace del mal la roca fuerte del ateísmo y también lo que problematiza la fe del cristiano que ni sabe ni puede responder ante la queja sobre tanto mal. (págs.246- 291); **Capítulo VI** – “*la antropodicea Pragmática*” en este capítulo se sostiene que la praxis transformadora en que convergen la ciencia, la filosofía, el arte y la religión es la respuesta común al problema del mal. Lo único racional es luchar contra él, incluso aunque tengamos la conciencia de la derrota inevitable ante un mal que pervierte los ideales más nobles y frustra cualquier proyecto liberador. (págs. 293- 341); y finalmente *la propuesta personal del autor*. **Capítulo VII** “la implicación cristiana en la lucha contra el mal”. En este capítulo Estrada invita al creyente a vivir apoyándose en su fe y tomando conciencia de que hay preguntas que la teología ni sabe ni puede responder, son las preguntas irresueltas de la teología. También nos dice Estrada que el anuncio de la Resurrección confirma la presencia de Dios en y desde el crucificado. Dios se revela en un escenario que revela su impotencia ante el mal humano; la autonomía de los acontecimientos históricos y el mal que Dios no quiere son los elementos esenciales de ese escenario; en él se pone de manifiesto la ausencia de una presencia divina, que desde fuera de la historia contrarresta el mal en la historia y limita la libertad humana. Es el hombre, no Dios, el agente de la historia. Pero Dios se hace presente inspirando, motivando y actuando a través de personas que se convierten en sus testigos.

Comprender el aporte del teólogo español no fue un trabajo sencillo, ya que la mayor parte de su obra se orienta a evaluar las diferentes posturas tradicionales sobre la cuestión. Solo al final optará por la praxis en la lucha contra el mal desde la vida de Jesús, sin afirmar la posibilidad de una teodicea especulativa para nuestros tiempos.

1. EL FRACASO DE LAS TEODICEAS TRADICIONALES

Estrada hace un amplio análisis de las distintas propuestas explicativas al problema del mal. En este apartado, considerando los límites del trabajo, sólo presentaré los puntos más resaltantes del análisis que hace el autor sobre cada propuesta tradicional al problema del mal, lo cual servirá para obtener una visión global del por qué del fracaso de las teodiceas tradicionales como intentos explicativos al problema de la teodicea.

1.1. Teodiceas teológicas¹⁹

Este primer tipo de teodicea teológica tiene como máximos exponentes a san Agustín de Hipona, quien concede alta relevancia al tema del pecado original, y por otro lado está san Anselmo de Canterbury, que en su modo de presentar la teología comprende a la divinidad en correlación con el problema del mal.

a. San Agustín de Hipona (354-430)

Propuesta:

Explica Estrada, que el tema que más importaba a san Agustín es el mal histórico y el sufrimiento físico. Para el santo nada ocurre sin el consentimiento divino y como el mal carece de sustancialidad y no puede venir de Dios, tiene que ser el resultado del mal uso de la libertad humana. Y esto es todo aquello a lo que se llama mal, al pecado y al castigo por el pecado. Por lo tanto el mal es la privación del orden debido, desorden y desviación, que lleva a malorientar la libertad que se auto-determina falsamente. Dado esto, el orden querido por Dios exige el castigo del pecador y explica la dura experiencia del sufrimiento.

Esta experiencia trágica tiene su fundamento en la historificación que hace san Agustín del mito Adámico, de la que concluye que el mal es contingente, resultado de un acto histórico, el de Adán, pero es también una dinámica enraizada ontológicamente, constituye un estado de segunda naturaleza, anterior a todo acto libre.

Respecto a la imagen de la divinidad advierte Estrada, que San Agustín proyecta un Dios que castiga los pecados de los padres en los hijos y que no exime de las consecuencias del pecado y de la muerte, ni a su propio Hijo, a pesar de su inocencia. Resurge así la imagen de la divinidad arbitraria y vengativa ante el pecado²⁰.

Evaluación de la propuesta:

Sostiene Estrada respecto a la postura de San Agustín, que la pretensión de explicar todo el mal desde la acción humana, desde la articulación de pecado y castigo, hace del hombre un sujeto absoluto capaz de alterar sustancialmente todo el orden de la creación, y lo hace presentar como un dios menor, lo que llevaría a pensar que el mal no es un misterio y que el don de la creación queda sustancialmente perturbado por el demiurgo humano. Es una teodicea en la que no hay menor resquicio de oscuridad, ya que se explica todo desde el pecado²¹.

¹⁹ Nota: La clasificación de las teodiceas es mía, esto para poder tener una mejor visión de las posturas.

²⁰ Cf. Estrada, Juan A. La imposible teodicea, la crisis de la fe en Dios, Madrid, Ed. Trotta, 1997. pp. 114-121

²¹ Cf. Ibid. p. 122.

Precisa el teólogo que esta teodicea combina la teoría de la retribución y una concepción moralista del mal, por lo que el gran problema de la teología aquí, no es ya el del sufrimiento del inocente, que lleva a buscar a un Dios que pueda salvarlo, sino el del pecado que culpabiliza y que ensombrece la imagen de Dios. Ante esto, afirma Estrada, que también hay que asumir el género literario peculiar de las narraciones del Génesis como relatos mitológicos con carácter sapiencial y profético, y tomar distancia de las implicaciones históricas que constituyen el núcleo de la interpretación agustiniana²².

Asegura el teólogo español, que el pecado original no sólo no soluciona las preguntas acerca del significado y origen del mal, sino que las agrava. El interrogante acerca de la bondad de la creación y de Dios se complica al contemplar la historia como un cúmulo de sufrimientos causados por el hombre y que se impone a toda persona, más allá de sus acciones e intenciones²³.

b. San Anselmo de Canterbury (1033-1109)

Propuesta

Estrada indica que san Anselmo, para analizar el mal y el sufrimiento humano, parte también del pecado original, pero las matizaciones que introduce determinan un nuevo enfoque. Lo novedoso de Anselmo es que para él la humanidad en su inicio se caracterizó por poseer el don de la inmortalidad ya que todavía no hubo pecado, y al desviarse de la voluntad de Dios se comete una ofensa contra Él. Ante esta acción humana Dios es inalcanzable, pero no es indiferente al proceder malo. Dadas las circunstancias es a Dios a quien hay que pagarle la deuda contraída y, como además, se ha lesionado su honor, el hombre está obligado a pagar un suplemento por el mal cometido. Por esta razón san Anselmo, dice el teólogo, introdujo la idea de la satisfacción debida a Dios, satisfacción que el hombre estaba incapacitado para poder pagar, ya que la desproporcionalidad entre él y Dios lo imposibilita. El principio agustiniano del pecador culpable se convierte aquí en el problema del deudor insolvente. Frente a esta situación la única solución posible, sustenta san Anselmo, es Cristo, en cuanto hombre –Dios puede satisfacer por el pecado humano. Su muerte permite pagar la deuda, ya que Cristo no tiene pecado original y el ser plenamente hombre e hijo de Dios, puede pagar la deuda contraída. Sin embargo el hombre tiene que sufrir algunas consecuencias de la naturaleza corrompida, en que destaca la muerte²⁴.

²² Cf. Ibid. p.126.

²³ Cf. Ibid. pp. 135 -136.

²⁴ Cf. Ibid. pp. 140-146.

Evaluación de la propuesta

Sobre esta postura, Estrada indica que con Anselmo el problema del mal ha quedado reducido definitivamente al pecado adámico y la satisfacción debida. El pecado se convierte en una entidad que introduce insuperablemente el mal en la naturaleza y la historia, el por qué y el para qué de tanto mal sin sentido de la existencia humana queda eliminado²⁵.

Visto así el panorama, explica Estrada, se impone la imagen del Dios de los filósofos, al Dios misericordioso que perdona al pecador y renuncia al pago de la deuda. Se pasa del perdón de las deudas, núcleo del Padrenuestro al Dios legalista que exige el pago, y el perdón, a la venganza divina. Sostiene Estrada que lo que está en juego para Anselmo no es tanto la conversión personal del pecador, cuanto restituir un orden objetivo perturbado y rendir una satisfacción conveniente. Con el santo resurge en el cristianismo la aporía fundamental de la racionalidad de la pena: el mal físico y metafísico, el castigo del dolor y la muerte, se añaden al mal moral (pecado) y se presupone la equivalencia entre el mal cometido y el sufrimiento, entre la ofensa y la satisfacción vicaria²⁶.

Esta respuesta teológica al problema del mal arrastró consigo al mismo Dios, que se mostró como el numen iracundo y violento de las religiones sacrificiales²⁷.

Opina el teólogo, que Anselmo mostró que es más fácil dar un sentido al mal, incluido el mal moral, que superar las imágenes sombrías de Dios. La teodicea sacrificial presentada por el santo, atenta a la concepción de un Dios amor, deja también irresuelto el problema de la teodicea, y al igual que san Agustín la agrava aún más²⁸.

1.2. Teodicea filosófica

En este tipo de teodicea, Estrada considera como dignos de representación a Leibniz quien integra el mal al orden natural y lo relativiza apelando al conjunto y a la perfección del cosmos. También está Hegel, quien sitúa al mal como parte de la evolución natural y el desarrollo histórico. Y al final analiza la propuesta de Kant quien sostiene la imposibilidad especulativa de abordar el problema del mal y su relación con Dios.

²⁵ Cf. Ibid. p.149.

²⁶ Cf. Ibid. pp. 150-153.

²⁷ Cf. Ibid. p.178.

²⁸ Cf. Ibid. p.182.

a. Gottfried Leibniz (1646 – 1716)**Propuesta**

Señala Estrada que para Leibniz, Dios es tanto el creador de la armonía preestablecida del universo, como el gran matemático ordenador de las mónadas del universo. “El mundo, el mayor número de monadas, es la unidad en la diversidad que constituye un todo inteligible y activo”. Desde esta premisa el mal para Leibniz, sería la disarmonía por antonomasia, luego hay que ubicarlo, contextualizarlo e integrarlo en un conjunto que permita hacerse cargo de él, ya que nada puede quedar fuera del designio omnicomprendido divino²⁹.

A esto añade Leibniz, que Dios es la causa del mundo real, no de mundos posibles. Su elección se basa en el criterio de perfección y por lo tanto ha elegido el mejor de los mundos y si el mal es parte de este mundo elegido, ha de tener su fundamento y razón, por lo que recurre al principio de razón suficiente, es decir, Dios actúa de forma necesaria. Es un sistema perfectamente ligado, en el que la parte arrastra al todo sin disonancias ni aporías³⁰.

Sostiene nuestro autor, que esta visión permite dar una respuesta global al problema del mal. Dios no sólo permite el mal, sino que lo posibilita físicamente con un concurso divino. Es decir, el mal pertenece a la mejor combinación que Dios podría escoger.

Evaluación de la propuesta:

Estrada, argumenta respecto a esta postura que, esta inevitabilidad del mal en la acción creadora condena al hombre a la pasividad y resignación ante el mal, ya que no se puede soñar con corregir la obra divina. Respecto a la idea del mejor de los mundos, esta carece de contenido (porque siempre se puede pensar formalmente un mundo mejor que cualquier pensable) y sin embargo, se le identifica con el mundo realmente creado, a pesar de que el mal existente permitiría pensar en uno mejor que el real.

Asimismo, el sufrimiento como padecimiento infundamentado y que no tiene ningún por qué ni para qué, está ausente de la perspectiva leibniziana, ya que para él, no hay víctimas mucho menos inocentes, solo padecimientos merecidos. Una vez más resurge aquí la gloria de Dios para legitimar el sufrimiento humano. El presupuesto teológico Dios elige lo mejor, porque, si no, no sería perfecto, obliga a silenciar toda impugnación³¹.

²⁹ Cf. Ibid. pp. 185-187.

³⁰ Cf. Ibid. pp. 192-193.

³¹ Cf. Ibid. pp. 195-208.

Estrada nos hace ver que la propuesta de Leibniz olvida el postulado salvífico cristiano, caracterizado por una lucha constante ante un mal que Dios no quiere, y los presupuestos tradicionales de la teología negativa. Según ésta, no sabemos quién ni cómo es Dios, ni conocemos su esencia, aunque podamos hablar de su existencia a partir de la creación que refleja sus huellas. Leibniz concibe a Dios según su propia mentalidad y desde el principio de que actúa siempre según lo más perfecto, determina que en nuestro mundo todo vale³².

b. Immanuel Kant (1724 – 1804)

Propuesta

Sobre este tema, refiere Estrada que Kant sostenía que a nivel especulativo podemos plantearnos preguntas, pero no podemos afirmar ni negar a Dios, ya que la experiencia de cualquier parte no se puede extrapolar como afirmación sobre el todo. De este modo no podemos conciliar la justicia divina, según el concepto que nos hacemos de ella, con el mal existente en el mundo, ni siquiera es posible conocer en qué consiste la justicia divina, porque la razón especulativa no puede tener nunca un concepto adecuado de Dios, ni probar su existencia. Solo podemos llegar a Dios como idea regulativa de la razón y como principio heurístico³³.

Para Kant, Dios mismo es el intérprete, a través de nuestra razón, de su intención manifiesta en la creación. Pero esta ya no concierne la razón especulativa, sino la práctica, y revierte en la destrucción de la teodicea especulativa y por lo tanto en su invalidez.

Nuestro autor afirma que para el filósofo alemán la base del mal no es la naturaleza humana, ni algo que determine la libertad, sino el libre albedrío, que en un acto de libertad, hace suyas o no las máximas que llevan al bien³⁴.

Kant no habla de un mal metafísico, enraizado en la naturaleza humana finita, como Leibniz. Tampoco establece una vinculación entre el mal moral y la condición humana, como si ésta fuera la causa del mal. Para él, el bien y el mal conectan decididamente con la libertad humana, están en relación con el mundo inteligible y no con la experiencia empírica³⁵. El elemento central de su teoría es que cualquier desviación de las máximas de la ley moral es una determinación del albedrío. El mal es el pecado, en cuanto que es una transgresión de la ley moral, porque el hombre se dejó motivar espuriamente por su libre albedrío. En consecuencia para Kant la desviación

³² Cf. Ibid. p. 210.

³³ Cf. Ibid. p. 242.

³⁴ Cf. Ibid. p. 253.

³⁵ El gran ausente de su teoría es el mal físico. Es el mal moral lo único que le importa.

moral es la causa de la mal, es decir, el seguimiento de los instintos y no de las máximas de la razón. El hombre que se desnaturaliza es el que peca³⁶.

En síntesis, refiere Estrada que, para Kant el origen del mal en general se nos escapa. El filósofo alemán rechaza toda especulación gnostizante: el mal es una realidad omnipresente desde los orígenes del hombre, pero no sabemos ni de su origen, histórico, ni su causalidad, al margen de la autodeterminación libre. Por lo tanto hay que pasar del orden lógico al existencial, de lo especulativo a lo práctico, del simbolismo bíblico a la racionalidad del deber. El problema del mal no se resuelve con teorías, sino con la actuación moral. La restauración de la disposición al bien no consiste en recibir una naturaleza regenerada por la gracia divina, sino en motivarnos para el deber y, para ello, cambiar las intenciones de nuestra acción³⁷.

Evaluación de la propuesta

Frente a esta respuesta, Estrada afirma que Kant deja a Dios el papel de confirmador y fundamentador del deber, que el hombre puede conocer sin necesidad de una revelación divina.³⁸ Kant no considera la posibilidad de que el hombre tropiece aquí con los límites insuperables, con la alienación y división interna, generada por las mismas acciones históricas y sociales humana.

Afirma el teólogo que en contraste con el planteamiento Kantiano, la teología subraya la impotencia humana para superar el pecado y la necesidad de la gracia para la conversión, ya que el mero esfuerzo por transformar las estructuras pecaminosas no asegura el cambio de sensibilidad, aunque lo facilite³⁹. La moral no es lo contrario al pecado, como pretende Kant, sino la fe, que suscita esperanza y se realiza en el quehacer ético.

Con Kant la teodicea queda reducida a una antropodicea: es el hombre el que tiene que justificarse ante el mal moral y no Dios. Reduce el mal, ya que no atiende al sin sentido último de la praxis moral. Con este planteamiento la religión tiende a reducirse a ética a costa del ansia de Dios, con lo que se corrompe⁴⁰.

³⁶ Cf. Ibid. pp. 256-259.

³⁷ Cf. Ibid. p. 260.

³⁸ Kant es un pelagiano que nunca abandona la absoluta autonomía del hombre.

³⁹ Cf. Ibid. p.261.

⁴⁰ Cf. Ibid. pp. 267- 268

c. Georg W. F. Hegel (1770 – 1831)

Propuesta

Explica el pensador que, para Hegel, Dios tiene siempre razón y la historia universal representa el plan de su providencia. El mal metafísico, es decir la contingencia individual que culmina en la muerte, se integra en el final feliz de la historia, el de la autorrealización del Espíritu absoluto en el que se integra el hombre. Por esta razón el mal es integrado en un plan armónico y globalizante, que le asigna un lugar, una función y una significación. El mal físico es neutralizado al integrarse en el proceso divino de realización, a costa del sufrimiento del individuo. Respecto al mal moral es reinterpretado en función de la absorción del individuo por el Espíritu y en conexión con la libertad⁴¹.

Asegura Estrada, que para Hegel el concepto de bien y mal no se refiere al bien y mal moral en cuanto acciones de un yo causal, sino de la permanencia en lo concreto, singular y natural o de su integración en las representaciones colectivas del espíritu, es decir, en la sociedad y el Estado⁴².

Para Hegel el sufrimiento individual carece de significación en sí mismo, sólo es importante desde la perspectiva dialéctica. El mal y el bien son dos caras de una moneda, como el dolor y la felicidad, forman parte del proceso y no pueden considerarse en sí mismos, como hace el entendimiento, sino desde la perspectiva de la razón⁴³.

Evaluación de la propuesta

Considera Estrada que, visto así el planteamiento, ya no se trata de una cosmodicea, la del mejor de los mundos posibles, sino de una historiodicea bajo el imperativo de una providencia divina que pasa por el mal moral, físico y metafísico como etapas de su devenir. Dios saca bien del mal, luego no hay que preocuparse del sufrimiento, que es una mediación inevitable y necesaria de tal manera que no hay razones del sujeto humano que se puedan contraponer a la razón de Dios, luego no hay posibilidad de impugnación ni siquiera de queja ante Dios⁴⁴. No hay aquí lugar para una consideración del mal como una realidad en sí no integrable ni racionalizable⁴⁵.

Concluye el teólogo que para Hegel la historia es la teodicea misma. Se ahoga lo contingente y diferente en un sistema de identidad total. De esta forma se legitima

⁴¹ Cf. Ibid. pp. 225-232.

⁴² Cf. Ibid. p. 234.

⁴³ Cf. Ibid. p. 235.

⁴⁴ Al margen quedan no sólo el sufrimiento de los individuos, sino también de las poblaciones. (Cfr. IT 236).

⁴⁵ Cf. Ibid. p. 337.

definitivamente el mal. Ya no hay que justificar el mal ante Dios, sino ante el hombre. El progreso sustituye a la utopía del reinado de Dios y se diluye la conciencia del mal, que no por ello desaparece. (Cfr. IT 238).

1.3. Teodicea negativa

Este último tipo de teodicea parte de una negación total del Dios cristiano, por esta razón es denominada teodicea negativa. Tiene como máximo representante al filósofo alemán Friedrich Nietzsche.

a. Friedrich Nietzsche (1844- 1900)

Propuesta

El autor refiere que Nietzsche afronta el problema del mal desde su negación del Dios cristiano, ya que su afirmación constituye un atentado a la autonomía y al protagonismo del individuo en la historia. La afirmación de Dios pertenece a una fase inmadura de la conciencia, no es el reverso de la contingencia, sino un error.

También considera el filósofo alemán, que los valores morales son solo proyecciones enraizadas en la voluntad de poder, por lo que tienen que ser sometidos a crítica tanto los valores de bien y del mal.

Denuncia el pecado como instrumento de manipulación sobre las conciencias: “el sacerdote domina por medio de la invención del pecado”. Esto le lleva a concluir que la capacidad de definir el bien y el mal en nombre de Dios, de la que deriva el dominio sobre las conciencias, es el poder por antonomasia.

Desde los supuestos anteriores, la alternativa de Nietzsche es el hombre que está más allá del bien y del mal, para quedarse en lo verdadero y en lo bueno desde la propia voluntad de poder, eliminando la idea de mal moral. La aceptación de Dios choca por tanto, con el superhombre que asume el peso del mal, del sinsentido y del dolor, buscando la transmutación de los valores desde una autoafirmación solipsista: es el hombre transfigurado en superhombre, nueva creación más allá de los dioses y los hombres, el que da sentido a lo que no tiene sentido desde la voluntad creadora y la asunción del puro devenir⁴⁶.

Para Nietzsche el mal moral no existe, es solo evaluación subjetiva y está determinado por la perspectiva desde el que juzga.

⁴⁶ Cf. Ibid. pp. 277-286

La finitud no es un mal sino un bien y el mal físico es un mal natural, es parte de la pedagogía natural que nos confronta con el dolor y permite hacernos fuertes y adultos.

Frente a tal propuesta de Nietzsche, la teodicea es desplazada definitivamente desde la voluntad del eterno retorno⁴⁷ y el surgimiento del superhombre.

Evaluación de la propuesta:

Estrada opina al respecto que, con este planteamiento, Nietzsche no hace la menor alusión a la paradoja del cristianismo que la muerte de Dios funda una religión en lugar de destruirla como pretendió el filósofo. Por otro lado resalta que la fe en Dios no lleva a la fuga ante el sufrimiento, sino al enfrentamiento radical con él.

Respecto al hombre, Nietzsche arroja una carga demasiado pesada sobre sus espaldas.

Estrada sostiene que el filósofo alemán fuga ante el problema del mal, no lo conoce, no lo combate ni desde una praxis solidaria, ni desde la especulación teórica que recurre a postulados de la esperanza, intramundanos o trascendentes. El problema del mal no se puede resolver a base de mera voluntad de autoafirmación y de reconciliación con la facticidad. Su anti-teodicea fracasa⁴⁸.

2. DE LA TEODICEA A LA ANTROPODICEA

Analizadas todas las teodiceas tradicionales, Estrada concluye que la teodicea en cuanto intento especulativo de justificar el mal existente y hacerlo compatible con el postulado de un Dios bueno y omnipotente, es un fracaso. Es un problema que no tiene respuesta lógica.

Afirma el teólogo, que cualquier especulación sobre el mal tropieza con su dimensión existencial y cae en ridículo ante el sufrimiento del hombre inocente. El mundo es como es, por lo que no podemos especular sobre mundos mejores. Desde esta perspectiva sugiere Estrada que hay que asumir las prohibiciones de Kant sobre los extravíos de la razón cuando se aleja del mundo de la experiencia, aunque nuestras dinámicas existenciales nos estimulen a ello. Por eso es urgente que nos alejemos de las tipologías tradicionales.

El teólogo español, consciente del peligro de los extravíos de la razón, sugiere rechazar cualquier teodicea que intente salvar la presunta bondad de Dios respecto del

⁴⁷ Cf. Ibid. p.285.

⁴⁸ Cf. Ibid. p.289.

mal. “Es mejor quedarse en las preguntas existenciales que suscita el mal, sabiendo que no hay respuestas clasificatorias, que renunciar a ellas por miedo o desidia”⁴⁹.

Ahora el nuevo campo de los intentos de afrontar el problema del mal, se sitúan en la antropodicea, tanto desde una respuesta teísta como atea y es lo que veremos a continuación.

2.1.La antropodicea como praxis solidaria

Antes de ver cómo se intenta responder al problema del mal desde el campo de la antropodicea, nuestro autor hace un diagnóstico sobre la actualidad del mal en nuestra época y señala lo siguiente:

*“Hoy asistimos a una era post-metafísica que ha dado paso al vacío ético y no a un nuevo orden axiológico; a la subjetivación de los valores, en conexión con la pérdida de referencia ontológica de discurso; al cuestionamiento progresivo del bien y del mal, a costa de una crisis de sentido y del hundimiento de las cosmovisiones que buscan ofrecer orientación y reglas de comportamiento”*⁵⁰

A raíz de esta crisis de valores, Estrada declara que nunca hubo mayor capacidad material e instrumental para abordar el mal físico y moral, pero falta voluntad ética y política para afrontarlo y luchar contra él, lo cual hace patente su victoria sobre el hombre. Por otro lado, se experimenta que cuanto más avanzamos, mayores son los desafíos que se presentan y surgen nuevas y desconocidas alteraciones que ponen en peligro a la misma humanidad.

Advierte Estrada que la ciencia ya no es la panacea, sino un peligro e irrenunciable instrumento que nos plantea nuevos problemas a partir de la desubstancialización del sujeto y la impugnación del bien y del mal como valores últimos⁵¹.

También señala el autor, que hoy se da una desmesurada ausencia de conciencia reflexiva y autocrítica ante el mal padecido y cometido que es la otra cara del conformismo superficial ante la presión de la opinión pública o de la respectiva instancia jerárquica. Al reducir el mal a meras acciones ilegales, a costa de sus raíces éticas se consolida su triunfo una vez más⁵².

Pero aun dada esta cruda realidad, considera el autor que el mismo hombre no se resigna a la facticidad empírica del mal, aunque está abrumadoramente presente en su

⁴⁹ Cf. Ibid. p. 290.

⁵⁰ Cf. Ibid. p. 295.

⁵¹ Cf. Ibid. p. 297.

⁵² Cf. Ibid. p. 303.

existencia, ya que experimentamos al ser como mezcla de bien y de mal. De ahí surge la rebelión, es decir, la necesidad de justificarse contra él, que es lo que no se puede admitir y contra lo que hay que luchar. Por eso la teodicea persiste como problema e incluso resurge en una época postreligiosa y postmetafísica, a pesar de su fracaso como respuesta racional como vimos en el apartado anterior⁵³.

Insiste Estrada que, es tan brutal el mal que hemos experimentado, que no puede disimularse apelando a horizontes globales de comprensión o reduciéndolo a realidades inevitables, de raíces metafísicas, como la contingencia humana y la imperfección del mundo. Es mejor optar por el no saber y, en caso dado, rechazar a un Dios que permite el mal, antes que disimularlo o neutralizarlo con razonamientos y especulaciones teóricas⁵⁴.

Ahora nuestro autor propone y analiza dos propuestas actuales que abordan el problema del mal considerando la imposibilidad de una respuesta teórica de la teodicea.

Estas posturas se ubican en el ámbito teísta y ateo por lo que será necesario desarrollar ambas de forma sintética.

a. Propuesta Teísta

Propuesta

Para analizar esta propuesta Estrada considera a Max Horkheimer (1895- 1973) como principal exponente quien piensa que la historia carece de sentido en sí misma. No es posible justificarla con ninguna especulación teórica, solo es posible mejorarla desde la “solidaridad” con una praxis de sentido intrahistórico. Para el filósofo alemán, la religión es la expresión de un “ansia”, el ansia de que el asesino no triunfe sobre la víctima inocente. Aunque Dios no sea conceptualizable, es referente del ansia de justicia de la razón práctica.

Para Horkheimer no hay respuesta teórica posible al problema del mal, y por eso no queda más remedio que abrirse a un comportamiento ético, acorde con la existencia de Dios deseado y buscado, que no puede ser afirmado. (Cfr. IT 313).

Evaluación de la propuesta teísta

Observa Estrada que el ansia de Dios no resuelve plenamente el problema de la teodicea, sino que solo da una respuesta al mal moral, desconsiderando el mal físico. Esta propuesta queda presa en una visión moralista del mundo y la búsqueda de culpables ante el mal determina la evaluación del problema.

⁵³ Cf. Ibid. p. 304.

⁵⁴ Cf. Ibid. p. 305.

Al respecto dice el autor: “tal vez nadie tiene la culpa de la existencia de los males naturales, aunque haya culpables, más relativos de lo que pensamos, de los males humanos concretos. Quizá suceden acontecimientos de los que nadie es responsable, ni culpable; quizás las cosas son como son, sin que le puedan achacar a ninguna causa ni humana, ni divina”⁵⁵.

En cuanto a la nostalgia de Otro (ansia de Dios) esta no hace más creíble a Dios en sí mismo, pero sí al hombre que espera y lucha motivado religiosamente. Con ello no sabe más de Dios, se esfuerza por superar el mal, sobre todo el de la desesperanza, e intencionalmente tiende a una solidaridad que supera el presente y que tiene una dinámica universal.

Dice Estrada que en esta propuesta es el hombre el que da sentido a lo que en sí no lo tiene, desde una actitud que no aporta nada al conocimiento del mal, a su origen o finalidad, pero si condiciona su significación y forma de abordarlo⁵⁶.

b. Propuesta atea

El teólogo español afirma que el humanismo ateo, que aborda el problema de la teodicea, parte de las vivencias concretas del mal, de la solidaridad con las víctimas de la II Guerra Mundial. En este sentido es la “solidaridad” la respuesta práctica al problema del mal, mientras que para esta postura el teísmo resulta poco plausible y convincente.

Propuesta

En esta postura Estrada resalta en primer lugar a Albert Camus (1913 – 1960) el cual interpreta la historia desde una lectura antropocentrista no teísta. Consecuentemente propone renunciar a la idea de Dios creador y señor de la historia, para realzar al hombre como demiurgo que corrige la plana a una creación inaceptable⁵⁷.

Para Camus es el hombre el creador de Dios y la divinización está en esa lucha humana contra el mal. Es en esta lucha donde está la grandeza del hombre, aún a sabiendas de que, en última instancia, se pierde la batalla y triunfa el mal en todas sus dimensiones. Camus resalta la tragedia de la existencia humana, que combina capacidad de amor e impotencia para hacer felices a las personas amadas, buena voluntad, funestas consecuencias, praxis solidaria y conciencia de fracaso. Esta actitud es el sustituto ateo y humanista a la santidad del creyente que actúa desde su fe en Dios⁵⁸.

⁵⁵ Cf. Ibid. p. 314.

⁵⁶ Cf. Ibid. p. 316.

⁵⁷ Cf. Ibid. p. 323.

⁵⁸

En este caso la teodicea es imposible, pero también lo es, en última instancia, el sueño de curar y de luchar contra el sufrimiento.

En segundo lugar, el teólogo español ve a Ernst Bloch (1885 – 1977) como un segundo representante de la postura, el cual busca una síntesis entre el materialismo dialectico y el humanismo trascendente cristiano, pero sin recurrir a Dios⁵⁹.

Es este caso el problema ya no es la teodicea, sino la antropodicea, es decir, la justificación del hombre ante el mal, que es pero que no debe ser. El filósofo alemán basa su postura en la esperanza contra lo absurdo y la confianza en el curso histórico. Además la utopía ética y humanista que defiende es la del que se compromete solidariamente con las generaciones futuras que vivirán en una sociedad sin clases. Para Bloch, la trascendencia intramundana desplaza y sustituye el recurso a la religión⁶⁰.

Evaluación de la propuesta atea

Frente a la propuesta atea, Estrada observa que lo valioso y rescatable de esta postura está en el compromiso solidario. Aquí no hay teodicea sino antropodicea. Es el hombre el que tiene que justificarse ante el mal. Por lo tanto el que se luche contra el mal desde el humanismo teísta o ateo no es lo básico, sino que se combata desde una opción solidaria por el otro⁶¹.

Precisa el autor que el humanismo ateo que afronta el mal desde la solidaridad y lucha por la justicia es tan digno de admiración y de respeto como el de la fe coherente del creyente que se esfuerza por establecer en la historia el reinado de Dios. No se puede hablar de una superioridad mayor o menor, ya que ambas posturas concluyen en la antropodicea, es decir, es el hombre el que tiene que justificarse ante tanto mal físico y moral, aunque la postura creyente deje abierta la posibilidad de Dios como alternativa última de sentido, más allá de donde puede llegar el esfuerzo humano⁶².

Pero nuestro autor no se queda aquí, sino que resalta el plus de la religión, el cual concierne al sentido de la historia, dimensión que rebasa las respuestas de la razón práctica. Una actitud pragmática y funcional ante el mal es también insuficiente porque, sobre todo, no responde a las preguntas últimas de la persona humana. Debido a esto es inaceptable la propuesta, frecuente entre los no creyentes, de reducir los contenidos religiosos a su dimensión humanista, sobre todo a su comportamiento ético. Se desconoce entonces el potencial motivador, inspirador y consolador que se da en las tradiciones religiosas, que va mucho más allá de las energías éticas que despliega⁶³.

⁵⁹ Cf. Ibid. p. 227.

⁶⁰ Cf. Ibid. p. 228.

⁶¹ Cf. Ibid. p. 229.

⁶² Cf. Ibid. p. 230.

⁶³ Cf. Ibid. p. 331.

2.2. La imposibilidad de la teodicea

Una última propuesta abordada por nuestro autor es la de la filosofía analítica, la cual da un giro al problema, es decir, se vuelve a la dimensión lógica y teórica del problema de la teodicea, dejando el terreno del mal como problema existencial. Hoy lo que se discute no es tanto la postura del hombre ante el mal metafísico, físico y moral, cuanto indagar sobre la consistencia lógica inherente al planteamiento tradicional de la teodicea.

Aquí la filosofía analítica observa dos grandes obstáculos para abordar el problema:

- a. El mal: hablar del mal implica un juicio valorativo que presupone criterios para juzgarlo. Una cosa es constatar un hecho, otra es valorarlo como malo y otra tercera decir que es injustificable.
- b. Dios y el mal: ningún dato empírico, ni siquiera el de los hechos que valoramos unánimemente como malos, sirven para impugnar la consistencia de la proposición de que Dios existe. Por otro lado, ningún dato parcial puede refutar ni tampoco demostrar, la hipótesis de la existencia de Dios, porque se trata de proposiciones de dos niveles distintos⁶⁴.

Sobre estas dos conclusiones propuestas por la filosofía analítica, señala Estrada que no hay contradicción lógica entre el teísmo y los males concretos. El creyente siempre puede decir que no conoce el por qué ni el para qué de ese mal concreto, pero que está convencido de que Dios puede sacar bien del mal (aunque él no sepa cómo). Esta puede ser, afirma Estrada, una afirmación poco convincente, pero no es ilógico ni inconsistente. Es posible aceptar que el mal como problema es racionalmente irresoluble y que el creyente prefiere vivir con esa impugnación porque su convicción acerca de la existencia de un Dios bueno y omnipotente está tan confirmada a partir de otras experiencias que aunque no tenga respuestas convincentes, puede vivir con la pregunta irresuelta⁶⁵.

También sostiene el autor que justificar la existencia del mal en todas sus concreciones y magnitudes implicaría adoptar el punto de vista de Dios, lo cual es imposible. En este caso la teodicea, en cuanto justificación teórica, pasa de largo ante el mal⁶⁶.

Afirma Estrada que, afortunadamente no sólo somos racionales, y sobre todo la vida humana no obedece a un plan lógico, aunque nuestras convicciones no pueden ser irracionales y la fe en Dios debe justificarse de forma argumentativa y crítica. También

⁶⁴ Cf. Ibid. p. 335.

⁶⁵ Cf. Ibid. p. 337.

⁶⁶ Cf. Ibid. p. 339.

ve la necesidad de plantearnos el problema a partir del mundo existente, y no a partir de universos hipotéticos que no se han dado y que no sabemos si podrían darse⁶⁷.

En síntesis, dice Estrada que la filosofía analítica muestra que la teodicea es válida al rechazar la incompatibilidad lógica entre Dios y el mal, pero al mismo tiempo muestra que el mal sigue siendo un obstáculo racional que hace problemática la plausibilidad y credibilidad de la existencia de un Dios bueno y omnipotente.

3. EL APOORTE DE LA RELIGIÓN CRISTIANA A LA LUCHA CONTRA EL MAL

Después del análisis filosófico que nuestro autor ha realizado, concluye que el mal es un problema sin solución teórica y que solo podemos luchar contra él. Sin embargo, más allá del intento de la razón por llegar a Dios y conocer su esencia, están las religiones y sus pretensiones de conocimiento en base a experiencias y revelaciones. Y de ahí que se siga preguntando: ¿Es posible una teodicea en base a la revelación? Y si no lo fuera ¿se puede seguir siendo cristiano con una teodicea irresuelta? Estas son preguntas que en el siglo XX y XXI, se han vuelto determinantes para la fe, la teología fundamental y la misma apologética, como consecuencia del fracaso de las teodiceas tradicionales.

En este último apartado queda ver en qué consiste el aporte de la religión cristiana para luchar contra el mal.

Para iniciar este último tramo, Estrada comienza aclarando que actualmente, un mayor conocimiento de la historia y de la teología, una renovada visión de la Biblia con el método histórico crítico y una visión más crítica de las tipologías tradicionales (sacrificiales y expiatorias) posibilitan plantear de otra forma el mal.

Ahora el nuevo intento de tratar el problema, surge desde una hermenéutica actual del Nuevo Testamento. Se trata de una interpretación teológica, sin pretensiones de exclusividad, ya que no es la única posible a partir de los textos. Estrada intentará contribuir a la superación de la teodicea tradicional y replantear la imagen de Dios y defender el papel interlocutor de la religión respecto a la filosofía. Para esto aborda dos temas cruciales como claves para una respuesta auténticamente cristiana al problema del mal: el reino de Dios y la resurrección en relación a la vida de Jesús⁶⁸.

⁶⁷ Cf. Ibid. p. 341.

⁶⁸ Cf. Ibid. p. 349.

3.1. El Reino de Dios

Asegura el autor español que el consenso generalizado de la exégesis choca con la idea popular de que lo esencial de Jesús es la fundación de una comunidad religiosa o una religión. Más bien se trataría de un reinado que se acerca y que por otra parte ya está presente. Teológicamente la idea de este reinado de Dios implica que el orden de la creación está incompleto. Dios no se contenta con un mundo en el que existe el mal físico y moral y viene a poner término a esa situación (Mt. 22, 1-14)⁶⁹.

Dice Estrada que en los evangelios no se afirma que el sufrimiento sea algo causado por Dios ni mucho menos querido por Él. Vivimos en un mundo que es obra de Dios, pero en el que existe el mal. Este orden actual no es querido por Dios y se esperaba su intervención final salvadora. Así, el reinado de Dios se convirtió en una respuesta jesuana al problema del mal.

Pero esta intervención divina, según Estrada, no viene desde fuera de la historia. Se hace presente en cuanto que Dios inspira y dinamiza para la actividad del reino, comenzando con Jesús y los suyos aunque tenga que chocar con los obstáculos que expresan la resistencia del mal a la acción humana.

En este sentido aclara nuestro autor que los evangelios rechazan la tendencia mágica, que lleva a ver a Dios como alguien que irrumpe con prodigios y portentos para imponer su reino. Jesús siempre asumió su condición humana, nunca apeló a lo extraordinario como autenticador de su misión. Su actividad mesiánica se canalizó desde la promesa de evangelizar a los pobres, devolver la vista a los ciegos y la libertad a los oprimidos (Lc. 4, 18-21).

La opción de Jesús por los pobres, afirma nuestro autor, forma parte de su mensaje y su instauración del reino de Dios. El pobre es el resultado de la injusticia humana, el pecador añade a la destructividad ajena la propia y se convierte en agente del mal para los demás. Al optar por ellos se escoge lo más deteriorado del hombre para expresar la salvación universal. Esta opción de Jesús por los pobres, los enfermos y los pecadores bajo la que encierra una diversidad de personas aquejadas del mal moral y físico, depende de su imagen de Dios⁷⁰.

Respecto a este tema, sostiene Estrada que la idea que Jesús tenía de Dios era la de perdón y amor. Jesús rechazó la idea de un Dios legalista y severo ampliamente difundida en su tiempo. Para Jesús Dios no es neutral, pero no viene a castigar al malvado y premiar al justo, sino que opta por la víctima y ofrece el perdón al agresor.

⁶⁹ Cf. Ibid. p. 351.

⁷⁰ Cf. Ibid. p. 357.

Explica Estrada que para Jesús el bien y el mal se dan en la conciencia, que evalúa y decide en función del prójimo, ante el que somos responsables.

Por lo tanto, la lucha divina contra el mal abarca todas las dimensiones, pero el mal moral, concretamente la injusticia y la venganza, es lo que más se opone al reinado de Dios. En efecto, el problema fundamental es el mal moral: sólo el que se reconoce en el ofensor, que recuerda la propia capacidad del mal, al prójimo, puede abrirse al perdón.

La aceptación de la común fragmentariedad humana, más allá de la recriminación y la inculpación, abre a reconocer al ofensor como un ser humano. Para Jesús y la tradición cristiana esto es una tarea imposible, un ideal al que tender que nunca se puede cumplir plenamente. Por eso se afirma la necesidad de la conversión y de la gracia de Dios para saber perdonar⁷¹. (Cfr. IT 358).

A esto le suma Estrada la concepción providencialista de Jesús que no es la de un Dios causante último de los acontecimientos históricos, sino la de asumir la vida, en lo bueno y en lo malo, desde la confianza en Dios.

En la cruz, Jesús pide a Dios que le evite el mal, confesando que está triste hasta la muerte; pero sólo recibe fuerzas en la oración para afrontarlo. No hay intervención divina que le evite ese cáliz. La historia de Jesús se inscribe en la de tantos vencidos, víctimas injustas que fracasaron en sus proyectos a favor de una humanidad que supere el mal. Jesús fue tentado en la experiencia del mal, como nos ocurre a todos, sin comprender, murió como vivió, perdonando a sus agresores y poniéndose en manos de Dios. Sus interrogantes son las de tantos: ¿Dónde está Dios? ¿En qué queda su providencia? ¿Por qué no interviene si es el Señor de la historia?

Por otro lado cuando Jesús alude al dolor y al mal padecido, busca causas históricas inmanentes (injusticias, egoísmos, afán de riquezas, etc.). Jesús rechazó el planteamiento tradicional según el cual la enfermedad y el dolor se deben al pecado⁷².

Y para finalizar este apartado, advierte Estrada, consciente él de la presencia de textos ambiguos en la biblia, que, hay que asumir que si en los evangelios se mantienen exhortaciones y amenazas de juicio y condenación, es para hacer ver la importancia de la decisión personal y las consecuencias autodestructivas que acaba teniendo el pecado. También se debe considerar el trasfondo mitológico de lucha contra el mal que persiste en los evangelios, sobre todo en Mateo y Lucas⁷³.

⁷¹ Cf. Ibid. p. 358.

⁷² Cf. Ibid. p. 359

⁷³ Cf. Ibid. p. 363.

3.2 La vida y resurrección de Jesús como respuesta cristiana al mal

Nuestro autor asegura que hoy no es creíble una iglesia instalada en el presente y con poca preocupación por el reinado de Dios y su justicia, ni tampoco un cristianismo aburguesado, en el que la moral sustituye la expectativa escatológica y la doctrina insiste más en el culto que en el ansia de justicia. Advierte Estrada que a través de la historia se ha dado un reduccionismo teológico que se preocupa de centrarlo todo en la muerte y resurrección, que desplaza en centro del Nuevo Testamento de Jesús al Cristo. El dogma tiende a desplazar al personaje⁷⁴.

Este reduccionismo falsea y distorsiona al cristianismo, lleva a creer en Jesús por algo posterior a su vida histórica y no por su manera de vivir:

*“Es más fácil aceptar las cristologías cósmicas y las alusiones al triunfo de Cristo y a una salvación espiritual que ya se ha realizado a pesar de que la pervivencia del mal contradice ese triunfalismo, que asumir la actividad mesiánica y profética de Jesús, sus críticas a la sociedad y su distanciamiento de la religión de tiempo”*⁷⁵ (Cfr. IT 374).

Explica el autor, que la resurrección es indispensable y clave para responder al problema del mal desde la postura cristiana, pero es necesario fundamentarla. Por si sola la resurrección es insuficiente para fundamentar el mensaje cristiano, porque no tenemos acceso a ella, sino sólo a su proclamación por los discípulos.

Sostiene Estrada que la resurrección no es un hecho al que nosotros podamos referirnos directamente, aunque haya ocurrido realmente. Para nosotros lo histórico es el anuncio de un grupo de personas que han tenido la experiencia del Cristo resucitado. Este anuncio puede ser creíble y plausible, pero no se basa en una vivencia o experiencia personal nuestra, sino en la autoridad de unos testigos. Si la resurrección fuera la única fuente de legitimación de la fe tendríamos que exigirla como experiencia para nosotros mismos.

A todo esto, Estrada se plantea la siguiente interrogante: si no basta con proclamar la resurrección ¿por qué entonces se ha mantenido la fuerza persuasiva del cristianismo a lo largo de los siglos? *La respuesta es la historia de Jesús*. Es ahí donde encontramos una manera de afrontar el mal, una forma de implicar a Dios en esa lucha, y unas respuestas a los problemas de sentido, que para muchos resultan convincentes y suscitan la adhesión personal⁷⁶.

La historia de Jesús, es la que resulta convincente, creíble, inspiradora y motivadora para muchas personas. La fe de Jesús, su confianza en Dios y su comportamiento contra el mal, es lo que puede suscitar seguimiento y convertirse en respuesta de sentido para el hombre. La credibilidad de su vida es la que posibilita creer

⁷⁴ Cf. Ibid. p. 373.

⁷⁵ Cf. Ibid. p. 374.

⁷⁶ Cf. Ibid. p. 375.

en la resurrección. Creemos que Dios ha resucitado a Jesús porque nos resulta creíble su vida y que Dios lo ha confirmado. Con esto no demuestra a Dios ni resuelve el enigma del mal, pero es evidente que se ofreció un horizonte de esperanza y de sentido.

Entendida así la resurrección da la vuelta a todo el problema del mal⁷⁷, pues queda iluminado como misterio máximo del amor y de la fuerza salvadora de Dios. La vida jesuana es el núcleo de la respuesta cristiana respecto al mal, siendo la resurrección su sello divino⁷⁸.

Dice Estrada que lo mismo sucede con la cruz, cuando ésta se aísla y no se ve como la consecuencia de una praxis histórica contra el mal, se convierte en una instancia que suscita el dolorismo y la ascética sacrificial.

En conclusión, en Jesús encontramos un camino de salvación, pero no un monopolio de la intervención divina, ya que el Espíritu de Dios, sigue inspirando y motivando a muchos testigos. La historia tras el anuncio de Cristo resucitado sigue siendo como antes (la realidad del mal no ha cambiado), lo que se transforma es el sujeto protagonista a partir de Jesús. La religión cristiana solo puede ofrecer un sentido para el mal existente, pero nunca una gnosis acerca del origen y el porqué del mal⁷⁹. (Cfr. IT 383).

Y para concluir no se debe olvidar que la respuesta cristiana sobre la implicación de Dios en el mal solo puede ofrecer un sentido provisional, pendiente de confirmación final⁸⁰.

Hasta aquí la exposición de la propuesta de Juan Antonio Estrada en la que ha abordado la problemática de la teodicea. En definitiva, se trata de un texto complejo a la hora de comprender su aporte y completo porque desarrolla las posturas tradicionales más significativas. Las limitaciones de espacio de este trabajo me impiden decir algo más sobre su propuesta, pero creo que lo expuesto hasta ahora es suficiente para formarse una idea bastante clara de su postura respecto al problema de la teodicea.

Mientras tanto, en el siguiente capítulo me voy a acercar a la postura de Andrés Torres Queiruga desarrollada en su libro “Repensar el mal: de la ponerología a la teodicea”. Una vez hecha esta exposición pasaré a hacer la comparación entre los planteamientos de ambos autores y optar por el más convincente.

⁷⁷ La resurrección confirma la presencia de Dios en y desde el crucificado. La resurrección muestra que Dios no es neutral en la historia y que su lugar en ella son los crucificados, y más cuando éstos son testigos. p. 40

⁷⁸ Cf. Ibid. p. 377.

⁷⁹ Cf. Ibid. p. 383.

⁸⁰ Cf. Ibid. p. 379.

CAPÍTULO III

LA POSIBILIDAD E INEVITABILIDAD DE LA TEODICEA EN ANDRÉS TORRES QUEIRUGA

EL AUTOR

Andrés Torres Queiruga, nace en 1941. Es Doctor en teología y filosofía y cofundador y exdirector de la revista Encrucillada, profesor de filosofía de la religión en la Universidad de Santiago de Compostela, es Miembro numerario de la Real Academia Gallega y pertenece a los consejos de redacción de Iglesia viva y Concilium. Con especial dedicación a la Teología Fundamental y a la Filosofía de la Religión, que considera íntimamente unidas, su preocupación principal es repensar la comprensión de la fe en la actualidad, conjugando la fidelidad a la experiencia originaria y la consecuencia con la situación cultural nacida a partir de la Modernidad.

Entre sus obras cabe destacar: Recuperar la salvación (1995); Repensar la revelación. La revelación divina en la realización humana (Trotta, 2008); Creo en Dios Padre (1992); La constitución moderna de la razón religiosa (1992); Repensar la cristología (1996); Recuperar la creación. Por una religión humanizadora (1998); Fin del cristianismo premoderno. Retos hacia un nuevo horizonte (2000); Repensar la resurrección. La diferencia cristiana en la continuidad de las religiones y de la cultura (Trotta, 2005); Diálogo de las religiones y autocomprensión cristiana (2009), Repensar el mal. De la ponerología a la teodicea (Trotta, 2011).

INTRODUCCIÓN

En el presente capítulo voy a exponer las ideas del teólogo Andrés Torres Queiruga sobre el problema de la teodicea. Serán extraídas de su obra ***“Repensar el mal”: desde la ponerología a la teodicea***, publicada en el 2011. En el análisis de la obra, el esfuerzo por comprender la postura del autor ha sido más ligero, ya que desarrolla la propuesta de forma directa y sin rodeos.

Los capítulos que voy a considerar, son sobre todo aquellos que exponen los tres pasos principales de su postura: el **Capítulo II** *“ponerología- el mal inevitable”* aquí Torres Queiruga propone abordar el problema del mal como un problema inmediatamente humano sin recurrir a la respuesta atea o teísta. Sostiene el autor que la experiencia nos dice que el mal resulta inevitable en este mundo y en cualquier otro. Pensar un mundo finito sin mal es como pensar en un círculo cuadrado; o en un hierro de madera. Por lo tanto la raíz fundamental de la incompatibilidad intrínseca está en la finitud. Ser una cosa implica no ser otra; y tener una cualidad supone carecer de la contraria. Por lo tanto la realidad finita, la finitud, es la que hace posible el mal, no es que ésta sea mala, solo es su condición de posibilidad. (págs. 57-106); **Capítulo IV** *“la piteodicea como mediación”*. Después de haber visto, que el mundo es inevitablemente

traspasado por el mal, la pregunta que ha de plantearse ahora es ¿qué sentido tiene la existencia y que actitud tomar ante ella? Explica el autor, que el creyente ante tales cuestiones llegará a la conclusión de que la mejor respuesta o explicación para este mundo es Dios; por el contrario, el no creyente llegará a la conclusión contraria, no ve necesaria esa explicación y buscará otros modos de conferir sentido a su vida, o simplemente la declarará absurda. Esto es lo que Torres Queiruga denomina *pisteodiceas*. Es decir, las diferentes posturas que se pueden tomar ante el mal en el mundo. Mostrar que todo intento de responder al mal es una postura que se toma en la vida y que por lo mismo sea cual sea la opción de por sí, implica un carácter de respuesta, con lo que la respuesta religiosa sería una de entre tantas. (págs. 112-145); **Capítulo V** “*la vía corta de la teodicea*”. Comprendida la imposibilidad de un mundo sin mal y el carácter de respuesta entre varias respuestas que reviste el cristianismo, ahora el autor pasa a revisar la respuesta tradicional cristiana al problema, a la cual él llamará “vía corta” de la teodicea. Esta vía corta corresponde a aquellos cristianos que creyendo y confiando en el amor infinito de Dios, tienen la seguridad de que no puede haber nada que desmienta ese amor. Están seguros de que Dios no quiere ni puede querer el mal de sus criaturas, y que por tanto, si ese mal está ahí, es porque no puede ser de otra manera. A esta postura observa Torres Queiruga que una fe viva y real no puede sustraerse a los desafíos de la crítica ni renunciar a dar razón de su esperanza. De ahí que sea necesario revisar el dilema de Epicuro, pues si no conseguimos desmontarlo, mostrando que oculta algún falso presupuesto, se impone reconocer que lleva al ateísmo. Y justo este es el planteamiento del autor, su vía larga de la teodicea que será desarrollada en el siguiente capítulo. (págs. 155-202); **Capítulo VI** “*la vía larga de la teodicea*”. Este es el último tramo de la propuesta de Torres Queiruga. En ella el autor propone, asumiendo las consecuencias de la ponerología y la *pisteodicea*, una nueva forma de abordar el problema y así hacer posible una nueva teodicea cristiana con fundamentos sólidos. (págs. 207- 251)

Debo aclarar que el esquema de la síntesis del presente capítulo no está de acuerdo a la obra, sino que he variado el orden. En el caso de la vía corta de la teodicea la he desarrollado como primer punto y no como penúltimo como se muestra en la obra. Esto debido a que considero que presentarla (la vía corta) primero, ayuda a seguir con el esquema de presentar primero lo tradicional y luego lo nuevo del problema.

Diagnóstico del problema

Torres Queiruga inicia su reflexión advirtiendo que hoy en los diversos tratamientos sobre el problema del mal, se da una incoherencia que debe ser superada lo más antes posible. Esta incoherencia se basa en que los presupuestos nuevos (objeciones) se apoyan en una grave inconsecuencia, pues, por un lado, su razón está en defender celosamente la autonomía del mundo; pero, por otro, pretende que Dios, para ser aceptado, debería estar violándola continuamente, a fin de evitar los innumerables males que lo aquejan, encima, gastando su energía en atacar a la religión.

Esta manera de enfocar el tema, para Torres Queiruga corre el riesgo de no enfrentar el verdadero problema que plantea la nueva cultura secular. Problema que a nivel inmediato, consiste en buscar las causas del mal en el funcionamiento autónomo de la realidad mundana⁸¹.

También refiere Torres Queiruga, que la respuesta religiosa al problema del mal, en una cultura secularizada e irremediabilmente pluralista como la nuestra, es una entre las distintas respuestas. Por eso, por un lado, puede ser cuestionada en su validez o coherencia y, por otro, verse enfrentada a respuestas alternativas o incluso a la afirmación de la imposibilidad de cualquier respuesta.

El teólogo gallego es consciente de que la respuesta religiosa sigue teniendo motivos para confiar en la verdad de sus vivencia; pero que se equivoca demasiadas veces cuando, en lugar de renovarse intelectualmente reconociendo las fuerzas de las objeciones, tiende a acudir a recursos retóricos o a envolver con la palabra “misterio” lo que es simple fruto de afirmaciones contradictorias o persistencia de una idea de Dios culturalmente superada⁸².

Es obvio que la persona creyente, enfrentada al mal, no abdica de sus creencias, sino que lo interpreta y afronta desde ellas. Lo cual es normal y legítimo en la espontaneidad de la vida ordinaria que trata de vivir en consonancia con sus convicciones. Y es precisamente aquí donde surge el problema, porque lo específico del tratamiento reflexivo y metódico consiste justamente en frenar el proceso espontáneo para examinarlo críticamente y comprobar si son o no válidos los fundamentos o razones en que se apoya⁸³.

En consecuencia, para nuestro autor, el problema de la teodicea, si pretende lograr un tratamiento verdaderamente actual, debe acortar el paso, evitando una confrontación que no esté mediada críticamente por un estudio del fenómeno del mal como presencia universal y desafío común⁸⁴.

⁸¹ Cf. Torres Queiruga, Andrés. Repensar el mal, de la ponerología a la teodicea. Madrid, Ed. Trotta, 2011. p. 21.

⁸² Cf. Ibid. p. 22.

⁸³ Cf. Ibid. p. 29.

⁸⁴ Cf. Ibid. p. 33.

1. EL PROBLEMA DEL MAL “LA VÍA CORTA DE LA TEODICEA”

En este apartado, Torres Queiruga analiza la postura tradicional frente al problema del mal. Aquí sostiene el autor que es de notar que en la antigüedad imperaba un tipo de teodicea a la cual él va a llamar la “vía corta” de la teodicea que contaba incluso con su propia lógica.

Recomienda el autor que es en este tipo de teodicea en la que no debemos quedarnos, sino más bien buscar otras opciones que estén a la altura de las exigencias modernas. A continuación veremos cuál era el fundamento y la lógica de esta postura tradicional.

La antigua lógica del mal

Torres Queiruga sostiene que la tradición, sin ignorar sin más la dificultad del problema, ha vivido en la conciencia de una seguridad fundamental acerca de la coherencia de la fe en Dios, pese a las objeciones que llegaban desde la experiencia del mal. En esta teodicea al uso, aceptar la fe era tan obvio como actitud personal y resultaba tan plausible socioculturalmente, que el dilema de Epicuro⁸⁵ no se percibía como cuestionamiento de la fe en Dios, por eso resultaba tan fácil descartarlo.

Lo que en realidad sustentaba esta actitud era el choque entre dos lógicas: la abstracta de la razón y la más vital, la del corazón. De suerte que se daba como espontáneamente seguro que la argumentación lógica, que a primera vista podía resultar la más clara, era en realidad menos, infinitamente menos fuerte y convincente que la otra, menos clara pero más profunda, porque se anclaba en la confianza en el Dios amor, del cual el mal no podría venir⁸⁶.

Observa el teólogo que hoy carece de suficiente legitimidad una teodicea que no se someta a un repensamiento profundo que la ponga en condiciones de responder a las nuevas y radicales exigencias de la “era crítica” iniciada ya hace mucho tiempo por Kant. Al dar este paso, será posible, por un lado, hacer justicia a la tradición, reconociendo su verdad fundamental y aprovechando además las grandes riquezas acumuladas en su esfuerzo secular; y, por otro, abrir el espacio para una actualización consecuente con las exigencias de la cultura actual.

Nuestro autor no descarta la teodicea tradicional sin más, sino que más bien hace una valoración y sostiene:

¹⁷ ¿Es que Dios quiere prevenir el mal, pero no es capaz? Entonces no es omnipotente. ¿Es capaz, pero no desea hacerlo? Entonces es malévolo. ¿Es capaz y desea hacerlo? ¿De dónde surge entonces el mal? ¿Es que no es capaz ni desea hacerlo? ¿Entonces por qué llamarlo Dios?

⁸⁶ Cf. Ibid. p. 159.

“Difícilmente podría expresarse con mayor viveza el valor hondo de la “Vía corta”, y ese valor debe ser preservado y conservado a toda costa. Pero conservar no puede significar repetir: lo que con plena legitimidad bastó en el pasado, no basta para el presente⁸⁷.”

Advierte el teólogo gallego que hoy, el reproche de la contradicción entre la imagen del Dios omnipotente y bueno con la experiencia del mal en el mundo, es tan profundo que no puede ser invalidado recurriendo a un concepto diferente de racionalidad. Para no quedar en una confianza ciega o en una mera opción arbitraria, que dejaría al creyente abierto al capricho y expuesto a la manipulación, también este modo de proceder debe ser iluminado por la reflexión crítica⁸⁸.

A partir de este momento es necesario replantear el problema y Torres Queiruga propone pasar de la “Vía corta” de la teodicea a la “Vía larga” de la teodicea.

2. EL PROBLEMA DEL MAL “LA VÍA LARGA DE LA TEODICEA”

2.1. Nuevo tratamiento del problema del mal

La “Ponerología”

Torres Queiruga propone tres pasos para entender su propuesta. El primero consiste en partir de la problemática planteada por Leibniz, es decir de la secularización del problema del mal, pero intenta al mismo tiempo introducir nuevas ideas para hacerlo compatible con la mentalidad actual. El cambio consiste en tomar como base el análisis de la constitución finita del mundo y de las criaturas y desde ella responder a la pregunta tradicional de dónde viene el mal. Este es un planteamiento elogiado, que tiene como objeto escapar del dilema de Epicuro, pues si el mal aparece como inevitable en todo mundo finito, no tiene sentido preguntarnos por un mundo sin- mal, con lo cual el dilema de Epicuro quedará roto, pues se descubrirá la trampa oculta que sostenía su lógica.

Sostiene el autor que el mal es un fenómeno que nos afecta a todos por igual. No como creyentes y no creyentes ni como filósofos o teólogos, sino simplemente como seres humanos.⁸⁹ Por eso se impone un tratamiento de la ponerología, es decir, un tratado del mal en sí mismo previo a toda opción religiosa o no religiosa, como problema humano que, en cuanto tal, afecta a toda persona con independencia de su cultura o de su adscripción política, religiosa o filosófica. Está claro que esas diferencias

⁸⁷ Cf. Ibid. p. 165.

⁸⁸ Cf. Ibid. p. 165.

⁸⁹ Los acontecimientos del mundo remiten al mundo, es decir podemos formular el principio de que todo lo que a nivel empírico sucede en el mundo tiene una causa dentro del mundo. Por lo cual ya no se busca el origen del mal en causas externas al mundo, sino que el origen del mal hay que buscarlo en nuestro mundo (Cfr. RM 54).

existen y deben ser discutidas; pero constituyen diferencias en las respuestas, no en la pregunta, que, aunque inevitablemente contextualizada desde los diversos horizontes, supone un desafío común y universal.

Para nuestro autor el mal no es una realidad en sí, sino cualificación de una acción, un acontecimiento, una cosa o un estado de cosas, hecha primariamente en relación con la vida humana, a la que de algún modo daña o contradice y que por eso llamamos mala o malo. Es una evidencia de que el mal nos afecta ante todo como humanos y por lo mismo pide, para bien de todos y todas, diálogo y colaboración en busca de la respuesta o respuestas que permitan afrontarlo de la manera mejor o menos mala⁹⁰.

2.1.1. El ateísmo metódico

Como primer paso para el tratamiento del problema nuestro autor exige un riguroso ateísmo metódico, que ni afirma ni niega la existencia de Dios, sino que simplemente no cuenta con ella- ni a favor ni en contra, para el razonamiento. La razón o el motivo de tal opción está en que en este tramo no es todavía el lugar donde Dios puede entrar en el discurso⁹¹.

Esta abstinencia metódica propuesta por Torres Queiruga, afecta a todas las posturas:

- a. A la creyente, que no puede introducir la fe en Dios como argumento en el discurso común de este estadio.
- b. A la atea, que tampoco debe argumentar desde su negación.

2.1.2. La realidad mundana

Señala el autor que la primera cuestión que surge es ¿Por qué hay mal? para poder hacer una primera aproximación es necesario tomar como punto de partida el análisis de la realidad mundana, estudiando las leyes de su funcionamiento autónomo, a fin de descubrir en ellas las causas de aquellos hechos, vivencias o acontecimientos que vivenciamos como malos⁹².

Está claro que para Torres Queiruga a pesar de la enorme y caleidoscópica variedad del mal, así como de los condicionamientos culturales o las distinciones teóricas que pueden o en ocasiones deben hacerse a propósito de las variedades y los casos concretos, para esa primera consideración basta la seguridad del hecho de que

⁹⁰ Cf. Ibid. p. 32.

⁹¹ Cf. Ibid. p. 54.

⁹² Cf. Ibid. p. 59.

existe. Al proceder así, cuando enfrentamos el hecho del mal, nos encontramos con que la primera respuesta a la pregunta por su origen remite con espontánea obviedad a sus causas inmediatas en el funcionamiento del mismo mundo: si duele, es porque hay una herida o una disfunción; si alguien fue asesinado, es porque existe un malhechor; si hay hambre, es porque falta la comida, etc. En este sentido esta obviedad fue percibida por la visión premoderna que no ignoraba ciertamente la causalidad mundana, pero la veía como continuamente traspasada por agentes extramundanos, de tipo mágico, mítico o religioso. Esta forma de ver la realidad ha cambiado.

Por lo tanto la pregunta por el origen del mal remite de manera unánime al mismo mundo: al modo de ser sus elementos y a los choques y conflictos entre ellos. Es, pues, aquí y solo aquí donde hoy es preciso comenzar con el afrontamiento del problema.

Nuestro autor, para poder seguir con la propuesta ve necesario elevar a principio axiomático la afirmación de que ***“todo lo que a nivel empírico sucede en el mundo tiene una causa dentro del mundo”***⁹³.

Torres Queiruga, es consciente de que esta constatación no abarca toda la respuesta ni, por tanto frena la pregunta filosófica ¿no sería posible que las cosas fuesen distintas, que nuestro mundo, funcionando con otras leyes, acaso con una cosmogénesis y una biogénesis orientadas de modo diverso, pudiera marchar de tal modo que en él no se diesen conflictos, rupturas, crímenes y sufrimiento? Para continuar con el análisis el teólogo propone distinguir dos planos del análisis del problema:

- a. **Lo que puede ser un sueño de la imaginación:** La imaginación da como respuesta obvia la respuesta afirmativa, es decir nuestro mundo podría ser sin mal. Según ella, es posible el paraíso en la tierra, y de hecho ha existido o existiría algún día. Se lo confirman continuamente los mitos de las religiones, empezando por la Biblia, y se lo prometen los sueños de las utopías. Encima, esa convicción echa raíces muy hondas en nuestra psicología profunda. Esta reflexión no afirma que tal asunción sea falsa, sino que aquí lo que se quiere demostrar es el prejuicio, un juicio previo que como tal debe ser examinado antes de darlo por válido⁹⁴.
- b. **Y cosa muy distinta a la anterior es lo que se muestre acorde con el trabajo de la razón:** Basándonos en el análisis de la constitución radical del mundo, evitando toda hipótesis incontrolada. No parece imposible demostrar que dado como es y cómo funciona el mundo, tanto en su dinamismo cósmico, como en la historia y en las vidas humanas, resulta imposible que

⁹³ Cf. Ibid. p. 62.

⁹⁴ Cf. Ibid. p. 64.

en él no se produzcan también choques y desajustes, disfunciones, desgarrones y conflictos⁹⁵.

2.1.3. La imposibilidad de un mundo sin mal

Sostiene nuestro autor con aguda perspicacia que la gran profundidad, variedad y universalidad del mal, así como la persistencia ininterrumpida a lo largo del tiempo parece excluir una raíz de tipo particular e invitan más bien a pensar en algo que afecte a la realidad mundana como tal y esto parece ser la finitud.

a. La finitud como elemento esencial del problema

Torres Queiruga sostiene que la finitud implica intrínsecamente el límite de lo que ella “no es” y, por otro lado, la exclusión de cualidades contrarias: ser hombre significa no ser mujer y ser círculo implica no ser cuadrado. Implica además límites en aquello mismo que ella “es”. Ser finito marca el índice ineludible y múltiple de la carencia, del no ser, y abre la posibilidad de la insatisfacción intrínseca y de la incompatibilidad, contradicción o conflictividad extrínseca en el encuentro con las demás realidades finitas.

Por lo tanto, afirma el teólogo español, que todo lleva a concluir que admitir la posibilidad de que en tales realidades se dé el ajuste perfecto con las demás, la perfecta plenitud en sí mismas, la seguridad sin falla en la existencia, todo eso y mucho más implicaría la ausencia de mal en el mundo, equivale a pensar lo imposible, a enunciar una contradicción, a construir mentalmente un círculo cuadrado⁹⁶.

Sostiene el autor, por lo tanto, que la posibilidad del mal resulta inevitable desde la limitación, la incompatibilidad, el choque y la contradicción en lo finito:

“Pretender un mundo sin posibilidad de mal equivale a postular a un mundo estrictamente infinito, pues únicamente la infinitud – si existe, al estar exenta de todo límite y por encima de toda contradicción, al ser plenitud absoluta, podría excluir de sí la realidad y la posibilidad del mal”⁹⁷. Un mundo sin mal es tan contradictorio como una realidad finita- infinita. Es decir un mundo sin mal no es nada, es un absurdo, un no mundo. Pretender un mundo sin posibilidad de mal equivale a postular un mundo estrictamente infinito.

La finitud en efecto, impide el ajuste total, el funcionamiento perfecto y la satisfacción plena. No se trata de que un mundo finito sea malo, sino de que no puede existir sin que en su funcionamiento o realización aparezca también el mal. Esa finitud es la que determina la inevitabilidad del mal.

⁹⁵ Cf. Ibid. p. 65.

⁹⁶ Cf. Ibid. p. 73.

⁹⁷ Cf. Ibid. p. 74.

Torres Queiruga nos aclara, que la finitud no es el mal. Es tan solo su condición de posibilidad: condición que hace inevitable su aparición en algún punto o momento; pero que no equivale sin más a su realización concreta. De otro modo jamás existiría el bien, que, sin embargo existe.

Con esta explicación Torres Queiruga descubre con claridad la trampa e invalidez del dilema de Epicuro, pues se basa en un absurdo al dar por supuesta la posibilidad de un mundo sin mal o de un mundo perfecto. Si un mundo perfecto es una contradicción, el dilema carece de sentido. La trampa es obvia: Dios podría o no haber creado el mundo; pero, si decidió crearlo, es tan absurdo preguntar por qué no hizo un mundo sin mal como preguntar por qué no hizo círculos cuadrados. No es que Dios no pueda crear o mantener un mundo sin mal, sino que no es posible sencillamente. La omnipotencia significa poder-hacer –algo; si ese algo no existe, carece de sentido hablar de poder o no poder a su respecto.

b. El límite de la libertad

Para terminar con este apartado nuestro autor afirma que estando la raíz del problema en la finitud, el mal aparecerá allí donde exista cualquier modo de realización finita. Vale por tanto también para la libertad. Tampoco la libertad humana puede dejar de estar expuesta a la carencia y al fallo.

La limitación de la libertad resulta innegable: sometida a los múltiples y no siempre controlables influjos del mundo externo, y tampoco logra siquiera plena transparencias sobre sus motivos internos. Vitalmente está limitada por los procesos fisiológicos, psicológicos, culturales y sociales⁹⁸.

La libertad, por tanto, no es algo acabado, sino en trance de superación continua, en lucha con los obstáculos que tienden a naturalizarla y someterla: nunca es totalmente dueña de sí misma y por lo mismo está expuesta de manera inevitable al fallo, la distorsión y la culpa⁹⁹.

2.2. UNA MEDIACIÓN NECESARIA

La “Pisteodicea”

Después del tratado de la ponerología que como indica el autor, el mal nos afecta a todos como seres humanos, creyentes o no creyentes; buenos y malos. Ahora desde las diferentes cosmovisiones que tenemos cada uno, debemos intentar dar otra explicación:

⁹⁸ Cf. Ibid. p. 79.

⁹⁹ Cf. Ibid. p. 81.

“La secularización y el inevitable avance de la diferenciación cultural han hecho que el proceso histórico haya suscitado la conciencia creciente de que junto a la respuesta religiosa al problema del mal, existen otras de muy distinto tipo y características propias, pero que tienen el mismo carácter de ser respuestas”¹⁰⁰.

En este sentido Torres Queiruga inventa otro neologismo para dejar en claro la necesidad común de una mediación metódica para justificar la respuesta o cosmovisión que de manera más o menos expresa y meditada todos adoptamos ante la realidad del mal. Habla el autor de la **“Pisteodicea”** (del griego pistis, “fe”) es decir una fe, o respuesta al problema del mal. Y no solo hay una pisteodicea, sino muchas pisteodiceas. Lo mismo tan necesitada de justificarse es la explicación de Sartre proclamando que el mal hace absurdo el mundo, o como la de Camus o Schopenhauer, incluso la del agnóstico que dice no saber qué partido tomar, o la del creyente religioso que, apoyado en su fe en lo divino, afirma que el mal no anula el sentido de su vida.

Debido a esto se afirma que el problema del mal no es patrimonio exclusivo de la religión. Toda persona, tanto si piensa en ello como si no, tanto si lo hace voluntariamente como si intenta evadirlo de manera más o menos expresa, toma postura ante el problema del mal. Es decir, configura su existencia adoptando una visión de la vida o una concepción del mundo que determina su modo de responder al desafío de los males concretos, de las situaciones límite y, en última instancia, al desafío que en sí mismas plantean las deficiencias provocadas por la finitud humana¹⁰¹.

Sostiene Torres Queiruga que la existencia de las distintas pisteodiceas no puede ser ignorada, sino más bien, debe ser tomada en cuenta para unir esfuerzos en lo que verdaderamente interesa, que es hacer que el mal retroceda lo más eficazmente posible. Y para que la lucha contra el mal, sea más eficaz para todos, sea cual sea la opción, interesa encontrar un justo equilibrio entre la comprensión teórica y el compromiso práctico¹⁰².

“Que las religiones con su idea de salvación hayan sido las primeras en tematizar la respuesta a tal necesidad, no debe ocultar la evidencia de que esa palabra no hace más que expresar en el juego lingüístico religioso, una búsqueda común y universalmente humana, en última instancia no es más que aquello que tanto en el lenguaje ordinario como en el de los pensadores clásicos se ha llamado la búsqueda de la felicidad”¹⁰³

Así pues, ahora aparece el verdadero y último sentido de las diversas pisteodiceas: son siempre respuestas particulares a una búsqueda común, incluida, claro está, la religiosa. Es aquí donde el teólogo precisa dos ideas claras:

¹⁰⁰ Cf. Ibid. p. 114.

¹⁰¹ Cf. Ibid. p. 114.

¹⁰² Cf. Ibid. p. 120.

¹⁰³ Cf. Ibid. p. 129.

- a. El mal es una dificultad para todos: el desafío que todas, no solo la religiosa, intentan afrontar.
- b. Ya no se puede mantener como obvio de que el mal constituye una objeción contra la religión ni favorece al ateísmo.

Expuesto este punto, nuestro autor ve como consecuencia la necesidad de profundizar sobre la “pisteodicea” cristiana que en el caso dado es decir en el cristianismo es la teodicea.

2.3. LA INEVITABLE TEODICEA

Afirma nuestro autor que la función de “*la vía larga de la teodicea*” es intentar actualizar “*la vía corta de la teodicea*”, es decir la respuesta tradicional, pero en este caso contando con la aportación de la *ponerología*. Es decir tomar en toda su consecuencia, su resultado decisivo: el carácter inevitable de la aparición del mal en cualquier mundo finito, convierte en algo sinsentido la pregunta por la posibilidad de un mundo sin mal, revelando así la trama que supone el dilema famoso de Epicuro de Samos.

También señala Torres Queiruga que, roto el imaginario del mito ancestral de un paraíso en la tierra y repensando con realismo el concepto de omnipotencia, resulta ya posible mantener con lógica rigurosa la coherencia¹⁰⁴.

Para dar el último paso conviene tener presente la nueva estructura que el teólogo propone:

- a. La nueva teodicea es una respuesta desde la fe que, por tanto, opera con su lógica específica.
- b. Asume la constatación del carácter inevitable del mal en el mundo.
- c. Concluye que, contar con la existencia de Dios y con su apoyo, constituye la respuesta más verdadera. El cristiano sabe que hay otras respuestas religiosas y no religiosas, que tienen su legitimidad y no carecen de valores peculiares frente al desafío del mal¹⁰⁵.

¹⁰⁴ Cf. Ibid. p. 207.

¹⁰⁵ Cf. Ibid. p. 209.

2.3.1. La verdadera pregunta y la auténtica respuesta

La verdadera pregunta

Para continuar con la propuesta, señala Torres Queiruga que es preciso desechar de raíz la pregunta siempre dada por supuesta: *¿Por qué Dios pudiendo hacerlo, no creó un mundo sin mal?* Ahora cabe formular la pregunta verdadera aunque deba expresarse en términos antropomórficos:

¿Por qué Dios, sabiendo que si lo creaba, el mundo sería inevitablemente un mundo con mal, lo creó a pesar de todo?¹⁰⁶.

Asegura el teólogo español que este es hoy el sentido de la teodicea: elaborar y justificar una concepción de Dios que, siempre dentro de los límites humanos, resulte intelectualmente creíble, vitalmente donadora de sentido y creadora de esperanza.

La verdadera respuesta

Aclarada la situación, ahora resulta fácil precisar la verdadera respuesta. Considerando el previo aspecto negativo.

- **Negativamente:** el hecho de que Dios no haya creado un mundo sin mal no implica que no sea bueno ni omnipotente, o que eso obedezca a una decisión totalmente irracional: dado que el enunciado mundo sin mal es un sinsentido, tampoco tiene sentido esa pregunta. Solo tiene sentido preguntar: ¿Por qué entonces Dios ha creado un mundo que inevitablemente implica la presencia del mal?
- **Positivamente:** la respuesta es porque, a pesar del mal, el mundo vale la pena; y la vale porque, creado por amor, Él nos sostiene, acompaña y apoya en la lucha con el mal; y, siendo poderoso, no solo funda ahora nuestra esperanza, sino que nos asegura la victoria definitiva¹⁰⁷.

Es evidente que con esta respuesta no acaba el problema. Torres Queiruga advierte que podríamos preguntar ¿por qué, a pesar de todo, vale la pena un mundo así: un mundo con mal inevitable? O ¿tiene la teodicea razones para afirmar a Dios, justo porque es bueno y omnipotente, ha creado el mundo a pesar del mal?

Para responder a estas interrogantes señala el teólogo que conviene distinguir de algún modo dos pasos en la fundamentación: atendiendo primero a la bondad y luego a la omnipotencia.

¹⁰⁶ Cf. Ibid. p. 210.

¹⁰⁷ Cf. Ibid. p. 213.

a. La bondad

Sostiene nuestro autor, basándose en la ponerología, que al descubrir el mal como inevitable, esa misma bondad puede ser vista, con plena coherencia, como el motivo más fundamental para la creación.

Para comprender esta afirmación el teólogo gallego recurre al símbolo de “*la auténtica paternidad humana*”. Explica que también los padres traen hijos a este mundo a pesar de que sabe muy bien todo a lo que los exponen:

No solo tiene sentido, sino que es incluso un derecho de todo hijo y de toda hija el poder preguntarles por qué nos han traído al mundo, sabiendo que, al hacerlo, íbamos a estar inevitablemente expuestos a las crueles y numerosas heridas del mal. Dejando de lado la casuística humana, tantas veces demasiado triste, pongámonos en el mejor de los casos, es decir, en el caso de unos padres buenos, conscientes y honestos. Se comprende que la respuesta más ajustada sería: “te hemos traído al mundo por amor, porque a pesar de todo pensamos que vale la pena; no podemos impedirte todos los males, pero te apoyaremos con toda nuestra fuerza y te acompañaremos con todo nuestro cariño...”¹⁰⁸.

Desde esta experiencia real, el autor afirma que si los padres humanos están legitimados para obrar así, con cuanta más razón Dios. La vía larga no solo no niega esta legitimidad. No se juzga al amor, pues, en definitiva, solo él es digno de fe, sino que la acoge en toda su hondura y fecundidad, puesto que permite depurarla y fortalecerla, asegurando también la estricta coherencia de su lógica.

Y usando aun un antropomorfismo, Torres Queiruga asegura que Dios asumió el riesgo de implicar y complicar su amor en los duros avatares de la historia humana. No se ha quedado en la eterna placidez de su soledad apática. La creación trae a la existencia seres limitados, expuestos a los conflictos y sufrimientos de la historia, porque es la condición indispensable para que pueda existir, pero creado por amor, Dios no se desentiende, sino que se vuelca con todo cuidado en las complejidades de una historia que por eso y a pesar de todo, es historia de salvación¹⁰⁹.

Esta experiencia también es confirmada por el lenguaje bíblico. La preocupación de Dios por nuestros problemas, de la conmoción de sus entrañas por nuestros sufrimientos, de su llamada constante a que, como Él, hagamos todo lo posible por ayudar a las víctimas del mal.

¹⁰⁸ Cf. Ibid. p. 214.

¹⁰⁹ Cf. Ibid. p. 215.

b. La Omnipotencia

Otra vez nuestro autor parte de los resultados de la ponerología para afirmar que eliminada la objeción que se apoyaba en el pseudo- concepto de un posible mundo sin mal, ahora aparece limpia su función positiva como garantía de la coherencia.

Sostiene Torres Queiruga que solo contando con Dios como el único que tiene poder sobre la totalidad de lo real, cabe encontrar coherencia a la afirmación confiada de que, en última instancia, el mal puede ser vencido¹¹⁰.

Solo la mediación de la ponerología, al asegurar la legitimidad lógica de afirmar la omnipotencia divina a pesar del mal, asegura al mismo tiempo la coherencia de la teodicea, porque si gracias a su amor Dios ha decidido crearnos, gracias a su poder pudo hacerlo desmintiendo la acusación o incluso la sospecha de que el mundo pueda ser una aventura irresponsable¹¹¹.

Y ahora desde la coherencia adquirida, podemos afirmar con legítima confianza que Dios ha creado el mundo porque su poder le garantizaba que el mal no tendría la última palabra; y desde esta confianza una persona creyente puede incluso atreverse a decir que de otro modo no lo hubiera creado. La misma fe nos dice que Dios sólo ha podido crearnos por amor, con el único fin de hacernos partícipes de su felicidad. Y de ese modo vemos que la historia no es una “prueba” a que nos somete para salvarnos, sino, simplemente, la inevitable condición de posibilidad para poder realizar esa salvación. Para que Dios nos salve, es decir, para que pueda hacernos definitivamente plenos y felices, tenemos que existir, y existir como finitos, como seres que crecen y se realizan en la historia de su libertad. Por eso estamos expuestos al mal, pero como vivimos envueltos en el amor creador de Dios, apoyados en su presencia siempre activa, sabemos que el sentido está asegurado, con la victoria final sobre la culpa, el sufrimiento y la muerte¹¹².

Ya en esta parte, podemos concluir con el autor que “la vía larga de la teodicea” afrontando la crítica y renovando el planteamiento, aporta las palabras y las razones: igual que no existe la posibilidad de los hijos-perfectos, tampoco existe la del mundo sin mal; por lo tanto carecen de fundamentos las sospechas y acusaciones tanto contra la bondad como contra la omnipotencia Divinas; al contrario, gracias a ellas, tenemos razones para confiar en que el mundo vale la pena y que, pese a todos los conflictos, a todas las durezas e; incluso a todas las derrotas, el mal no tendrá la última palabra¹¹³.

¹¹⁰ Cf. Ibid. p. 218.

¹¹¹ Cf. Ibid. p. 218.

¹¹² Cf. Ibid. p. 219.

¹¹³ Cf. Ibid. p. 219.

2.3.2. La coherencia asegurada: creer en Dios como el Anti-mal.

Una teodicea actualizada según hemos visto, se muestra capaz de asegurar la coherencia de la idea de Dios como Anti-mal. Un Dios que, tras un largo y difícil proceso histórico, logró revelárenos como Aquel que, creando por amor y por amor volcado en ayudarnos y apoyarnos en la lucha humana contra el mal inevitable, asegura el sentido de la existencia y funda la esperanza de la realización definitiva.

Sostiene nuestro autor que la teodicea cristiana, pero en visión ya para siempre entregada a la humanidad, no queda expuesta indefensa frente al juego teórico o las trampas de la ideología. Cuenta con un modelo concreto en la figura de Jesús de Nazaret, luz nunca apagada y en sí mismo incluso irreductible a los ácidos de la manipulación. Como un hombre que pasó haciendo el bien (Hch 10,28) pudo ser descrito en la primera predicación cristiana.¹¹⁴

Jesús y su destino no solo constituyen el modelo, sino también la verificación del verdadero sentido y de la fecunda eficacia del Dios reconocido y confesado como el Anti-mal. Jesús, la máxima parábola de Dios en nuestra historia se hizo “carne”, la mejor y más tangible muestra de la actitud divina ante el mal de sus creaturas. Aparece en el decurso general de su vida, inconfundiblemente movida por la compasión activa, como símbolo de una biografía marcada hasta la última sangre por la lucha contra el mal y por la llamada incansable a que lo haga también quien quiera seguirlo. Y aparece de una manera específica en el trecho final: en su muerte y resurrección.

Aclara el autor, que ya queda rechazada una visión falsamente sacrificial de su muerte, como precio de rescate o castigo de pecado. Ni siquiera es correcta la visión que la convierta en prueba del amor divino en el sentido de arreglo posterior del mal que se podía haber evitado. La muerte de Jesús fue, cierto, prueba de amor; pero prueba de su amor personal que, por el bien de los demás, para anunciarles el verdadero rostro de Dios, fue capaz de arrastrar la muerte. Prueba también del amor de Dios, que tuvo que soportar el asesinato de su Hijo. Asesinato criminal no querido por Él, sino como todo crimen, causado idénticamente contra su Hijo y contra Él, por la decisión culpable de libertades humanas; y en ese sentido, ni siquiera propiamente “permitido”, sino algo que le fue impuesto como inevitable una vez que esas libertades, haciendo uso de su autonomía, decidieron oponerse al auténtico impulso de su dinamismo creador y desobedecer su inspiración salvadora¹¹⁵.

Sostiene Torres Queiruga, con profundo convencimiento, que es aquí donde confluyen la vía larga y la vía corta. Esta última, mostrando en la facticidad de la historia lo que la primera descubre en la reflexión de la teoría: que Dios no haya

¹¹⁴ Cf. Ibid. p. 331.

¹¹⁵ Cf. Ibid. p. 334.

impedido el asesinato de su hijo bienquerido, muestra bien que eso no era posible, si la creación ha de tener consistencia y la libertad ha de ser libre.

Y ya para ir concluyendo con la propuesta de Torres Queiruga, asumiendo la ya explicada inevitabilidad sugiere dos aspectos primordiales:

- a. **primer aspecto:** *Dios no es indiferente o pasivo*, sino que está a nuestro lado, en nosotros, apoyando nuestra lucha y asegurando nuestra esperanza. En la cruz, Dios nunca estuvo tan cerca de Jesús, igual que lo están los padres como cuando sufren los hijos. Por eso a pesar de la posible impresión primera de abismal abandono, Jesús pudo morir en la confianza asegurada: “en tus manos pongo mi espíritu” (Lc 23, 46). Concluye nuestro autor en este punto que “dentro de la historia Dios no nos salva del sufrimiento, nos salva en el sufrimiento”¹¹⁶.
- b. **segundo aspecto: la resurrección**, la realidad gloriosa por excelencia. La fe descubrió y proclamó que no fue la muerte el destino último, sino fue la vida plena y realizada la que tuvo la palabra definitiva. La tiene para todos y para todas. Porque en Cristo culmina la revelación, de algún modo presente en todas las demás religiones de la humanidad, de que Dios no nos deja, no nos ha dejado nunca, caer en la nada de la muerte, esa cifra culminante del mal, ese último enemigo en ser vencido (1Cor 15,26)¹¹⁷.

2.3.3 Objeciones al planteamiento

En este último apartado por ser Torres Queiruga, el teólogo de la síntesis, atiende incluso a las posibles objeciones que se le pueden hacer a su planteamiento. Y eso es lo que veremos a continuación como último intento de justificar esta nueva teodicea cristiana.

a. **Primera objeción:** *Anulación del Misterio*

Señala Torres Queiruga que se ha objetado que sostener la inevitabilidad del mal equivale a anular el misterio. En este caso afirma nuestro autor que demasiadas veces se confunde “el misterio real” con la simple contradicción lógica, que cabe calificar de “misterio artificial”, por lo que será necesario aclarar lo que es el **misterio real** y el **misterio artificial**¹¹⁸.

¹¹⁶ Cf. Ibid. p. 334.

¹¹⁷ Cf. Ibid. p. 335.

¹¹⁸ Cf. Ibid. p. 220.

- **Misterio real:**

Asegura el teólogo que el verdadero misterio indica riqueza inagotable de significado, nunca adecuadamente aclarada por la consideración lógica y que implica también las razones del corazón y la decisión de la libertad. Pero eso no significa una oscuridad confusa en cuya noche todas las afirmaciones son pardas.

Del misterio puede decirse poco, ciertamente: pero no por carencia, sino por sobreabundancia de contenido. Por eso lo poco que se dice debe tener significado y, desde luego, no puede contradecir las leyes elementales de la lógica más puramente racional¹¹⁹.

- **Misterio artificial:**

En cambio, este tipo de misterio es pura contradicción, más o menos encubierta: carece de significado, pues responde solo a una construcción vacía, producida por determinadas afirmaciones humanas, cuya incoherencia o incompatibilidad son únicamente responsabilidad de quien las hace. Por eso ni es legítimo cubrir la deficiencia de las razones con las oscuridad objetiva del “misterio” ni confundir la existencia de coherencia lógica con la negación del misterio real¹²⁰.

Se elimina el misterio cuando se reduce la atención a la ponerología como tramo común. El misterio empieza, justamente, a partir de aquellas respuestas que introducen a Dios como constitutivo de su respuesta, asumida, claro está, la ponerología.

A partir de ahí el problema no está precisamente en haber eliminado el misterio, sino en todo lo contrario: en mostrar, por un lado, la legitimidad de acudir a él y, por el otro, en mostrar que también para él existe una lógica de la fe¹²¹.

Concluye nuestro autor que adentrarse en el misterio no significa abandonar el campo de la razón, sino que la razón humana, buscando apoyos en las experiencias más radicales, necesita prolongarse hasta las últimas estribaciones del sentido posible, donde en lugar de conceptos plenamente dominables tiene que abrirse a lo analógico y simbólico, en la conocida dialéctica de afirmación – negación - reafirmación transformada¹²².

¹¹⁹ Cf. Ibid. p. 219.

¹²⁰ Cf. Ibid. p. 221.

¹²¹ Cf. Ibid. p. 222.

¹²² Cf. Ibid. p. 223.

b. Segunda objeción: *Demasiado mal en el mundo*

La objeción “demasiado mal” parece razonable, pero le suscita a nuestro autor hacer otra pregunta: ¿demasiado mal respecto a qué? Y cita a Maurice Blanchot para responder que *el mal siempre es excesivo*. Y desde Emmanuel Levinas concluye nuestro autor que justo porque lo percibimos como lo que no debe ser, *el mal es exceso en su misma esencia, no por ser más o menos grande*¹²³.

En segundo lugar y sobre todo, parece que, en realidad, no cambia el problema. Porque éste surge de la pregunta que presenta la estructura radical, que se mueve en la consideración de lo último y decisivo: el *hecho* del mal, sea cual sea, frente a la bondad y la omnipotencia divinas. La oposición es absoluta. Si fuese posible evitar el mal, sería inconcebible que Dios se quedase a medias¹²⁴.

Además sostiene Torres Queiruga que bien mirado, el mal constituye siempre el resultado fáctico, no deseado, de un determinado estado de cosas: es el mal que corresponde a ese estado, igual que a otros corresponderían otros males. Puede surgir otra pregunta: *¿Por qué tanto mal o por qué los sufrimientos inútiles?* Sostiene el teólogo que estas preguntas radican en la inmediatez de su impacto psicológico.

El hecho de esta correspondencia fáctica y la impresión de que en un determinado estado de cosas hay “demasiado” mal, pudiera parecer cuestionado o sugerido por el progreso, viendo todo lo que se ha superado en comparación con épocas pasadas. Unida a esta experiencia, está la que muchos males concretos son evitables o pueden eliminarse; una enfermedad por ejemplo. Surge entonces la impresión de que podría eliminarse todo el mal. Pero es preciso pensar que un arreglo concreto es siempre una organización parcial, hecha desde dentro del mundo, y con las fuerzas y relaciones del mundo, que puede mejorarlo, pero no acaba con sus finitud ni, por lo tanto, con la posibilidad de otros males, e incluso, muchas veces, con males causados por la misma mejora¹²⁵.

c. Tercera objeción: *la lógica del “a pesar” de vs. la lógica del “para”*

Antes de confrontar estas dos lógicas señala Torres Queiruga que en la teología, es ubicua la influencia del concepto de permisión:

“Hoy no es corriente afirmar que Dios “causa el mal o que lo manda. Pero es muy difícil, sino imposible, encontrar algún tratamiento de teodicea donde no se hable de manera expresa o no se sobreentienda de manera inexpressa que Dios permite el mal. Y es así, porque la

¹²³ Cf. Ibid. p. 227.

¹²⁴ Cf. Ibid. p. 227.

¹²⁵ Cf. Ibid. p. 230.

*asunción espontanea de la posibilidad de un mundo perfecto, unida a la idea de un intervencionismo divino, mantienen una presencia omnipresente*¹²⁶.

En este sentido Torres Queiruga considera urgente buscar otro modo de razonar haciendo explícita otra lógica. “la lógica del a pesar de”. Dios quiere el mundo por sí mismo, “a pesar” de la finitud y lo que ella comporta, pues la finitud no es un medio “para” sino la cosa misma en concreto: es un único modo posible de ser¹²⁷.

Explica el teólogo que el mal no es un fin para nada, sino facticidad pura, aparición inherente a la posibilidad misma del existir finito. Es lo por esencia injustificable. El mal aparece solo y únicamente porque es inevitable porque no existe otra posibilidad para la existencia del mundo. Su lógica no es la del “para que”, sino la del “a pesar de”.

El mundo es en sí mismo lo que Dios quiere; pero no puede quererlo más que en su posibilidad intrínseca de ser, en su consistencia de ser-finito, y eso implica la posibilidad de que aparezca el mal justamente como aquello que Dios no quiere y que por eso, por el bien de la creatura y con ella, trata de superar. El límite no está en una decisión de Dios, sino en la condición intrínseca de la creatura¹²⁸.

Y finalmente Torres Queiruga menciona a la libertad. Ésta, cuando se dice por ejemplo, que Dios creó un mundo finito con mal “para” que sea posible la libertad, el lenguaje tiende a implicar la posibilidad de que Dios “pudo, pero no quiso obrar de otro modo. Pero una vez aclarada la imposibilidad, sería mucho más justo concluir que si Dios quería un mundo con seres libres, es imposible que ese mundo sea sin mal y que esos seres sean moralmente indefectibles. *Ser o no ser*”¹²⁹.

d. Cuarta y última objeción: La finitud y la salvación escatológica

Ya en este tramo se presenta una objeción a la que el teólogo llama “objeción formidable”. La objeción plantea que si el mal es inherente a la finitud, parece que se vendría abajo la posibilidad de la salvación escatológica, elemento central de la teodicea cristiana. Ya que la salvación escatológica habla de creaturas, que, a pesar de seguir siendo finitas, están plena y definitivamente libres del mal.

Para Torres Queiruga, esta afirmación no es insuperable y que, en buena medida, su fuerza se debe a la insuficiente renovación del planteamiento tradicional, al no pasar por la mediación de la ponerología¹³⁰.

¹²⁶ Cf. Ibid. p. 234.

¹²⁷ Cf. Ibid. p. 235.

¹²⁸ Cf. Ibid. p. 236.

¹²⁹ Cf. Ibid. p. 237.

¹³⁰ Cf. Ibid. p. 238.

La objeción para el teólogo no rompe la coherencia de lo hasta aquí alcanzado porque puede ser respondida con razones que obligan a afirmarla hasta el extremo, pero que no llegan a anularla.

Las razones para responder a esta objeción proceden o son planteadas por el teólogo desde *las más legítimas experiencias humanas* y, por tanto abiertas al examen común. Tres son estas experiencias:

- el tiempo:

Torres Queiruga se apoya en la constitución dinámica de la creatura, en su radical temporalidad, entregada a la necesaria mediación del tiempo como condición de posibilidad para su realización. Cita a san Ireneo y afirma “lo que es posible al final no siempre lo es al principio” además acude a la fuerza intuitiva del conocido ejemplo de la madre, que por mucho cariño que ponga, no puede dar carne al niño de pecho, aunque si pueda dárselo más tarde¹³¹.

Pero lo dicho no resuelve el problema, todavía la interrogante más radical, puesto que, aun superado el tiempo, la finitud persiste: ¿resulta concebible, incluso para el estado final, una salvación perfecta para una creatura finita?¹³²

- la finitud- infinita:

A la pregunta pendiente, Torres Queiruga responde a través de dos pasos.

El autor propone atender por un lado al carácter único y peculiar de la finitud humana y, por otro, a la realización igualmente única y peculiar de la creatura con su Creador.

- a. La finitud personal reviste características específicas es algo que se ha percibido siempre. Lo manifiesta inmediatamente su apertura radical, en autotranscendencia constante, en trance de continua superación, avanzando sobre lo siempre dado hacia un horizonte inalcanzable. La persona es finita, pero se realiza en apertura infinita¹³³.
- b. Esta finitud- infinita se explica desde la característica específica de la naturaleza personal, que pide como un son gratuito aquello mismo que la constitución íntima de su ser está demandando: el espíritu desea a Dios como don; y lo desea como el Dios que se da libremente en la iniciativa de su puro amor¹³⁴.

¹³¹ Cf. Ibid. p. 245.

¹³² Cf. Ibid. p. 247.

¹³³ Cf. Ibid. p. 247.

¹³⁴ Cf. Ibid. p. 250.

- el amor

Señala el autor que lo que resta ahora es intentar una coherencia final, mostrando cómo una tercera experiencia puede ahondar la respuesta tradicional y hacerla de algún modo más comprensible esa “imposible-posibilidad” se trata de la comunión personal en el amor.

Explica Torres Queiruga que el amor en su percepción más pura y espontánea, es siempre ansia de comunión plena, de entrega e identificación con él o con la amada, hasta el punto de que en momentos culminantes puede operar una especie de trasvase de identidades¹³⁵.

Sostiene el teólogo que la libre entrega del amor infinito de Dios en la apertura sin límites de su creatura logra una reciprocidad realísima. Tan profunda que está más allá de toda comprensión, pero que al menos permite ver como no imposible o contradictorio y en esa reciprocidad la creatura finita sin dejar de serlo, puede verse libre del mal, completamente para siempre. Es posible porque en su entrega a Dios le da el derecho y la hace capaz de afirmar lo último: “todo de lo de Dios es mío”¹³⁶.

Sostiene nuestro autor que al final aparecerá, pues, que sin renunciar a la lógica, es posible mirar directamente al dilema de Epicuro. Lo que un mal uso del lenguaje, por adelantar a las condiciones de la historia lo que solo será posible en su superación, convertía en superación lo que hacía peligrar o la grandeza o la bondad de Dios, se revela al final como la gran verdad de la superación del mal: Dios puede y quiere vencer el mal. Solo que su amor tiene que soportar- por nosotros y con nosotros- la paciencia del tiempo. Esta resulta muchas veces dura y terrible, pero desde la fe aparece ya iluminada por la victoria definitiva, cuando ya, “sin muerte ni llanto, ni gritos ni fatigas” (Ap 21,4), “Dios será todo en todos” (1Cor 15, 28).

Hasta aquí hemos desarrollado la postura del teólogo Andrés Torres Queiruga. Ahora lo que resta hacer es evaluar y optar por una de las posturas hasta aquí desarrolladas y presentarla como alternativa que responde mejor a las interrogantes del creyente del siglo XXI.

¹³⁵ Cf. Ibid. p. 252.

¹³⁶ Cf. Ibid. p. 255.

CAPÍTULO IV

DIFERENCIAS, SIMILITUDES, CRÍTICAS Y LA OPCIÓN POR LA POSTURA QUE TIENE MÁS OPCIÓN DE RESPUESTA PARA LA ACTUALIDAD

1. INTRODUCCIÓN:

Después de haber desarrollado los argumentos de las dos posturas principales que mejor presentan y analizan el problema de la teodicea, es momento de establecer las similitudes, diferencias y las necesarias críticas que merezcan ambos planteamientos, para que al final exista mayor claridad y así poder optar por la propuesta más convincente.

Es fácil, según he podido ver en el recorrido del estudio, tratar de justificar a Dios ofreciendo explicaciones de todo tipo que van más allá de la razón común. Se dice de Dios, con frecuencia, siguiendo sus “misteriosos designios”, envía o permite los males y desgracias unas veces como castigo, otras como purificación, a veces como prueba. Es explicable este esfuerzo de los creyentes por reconciliar a Dios con el mal y el sufrimiento, pero puede resultar peligroso. Cuando, en el caso del sufrimiento, es considerado como algo provocado directamente por Dios, se corre el riesgo de hacer de Él, un ser terrible, dedicado a repartir males y desgracias, y en cuyas manos da miedo abandonarse según hemos visto en las distintas teodiceas tradicionales.

Analizando ciertas formas de hablar, se diría que Dios maneja el sufrimiento para satisfacer su propio honor o asegurar su justicia.

Ya en este tramo está claro que Dios es anti- mal y que no le agrada vernos sufrir. Es peligroso relacionar tal o cual desgracia o acontecimiento doloroso con su voluntad concreta. El sufrimiento humano no le alcanza al hombre como si fuera efecto de una disposición divina o algo permitido concretamente por Dios a modo de prueba, de advertencia o de castigo para tal o cual persona o grupo.

No hay motivos teológicos para concebir a Dios interviniendo de manera directa en nuestras vidas para repartir aquí o allá determinados sufrimientos como castigo, purificación o prueba para las personas.

Como se ve y se verá, son inevitables las repeticiones, pero permiten no perder de vista el significado central, superando tópicos que ya nada tienen que decirnos en el estudio.

Ahora haremos la comparación de las dos alternativas para aclarar u opacar el problema. La primera está en dejar la pregunta abierta sin más y centrarse en la praxis cristiana como lucha contra el mal inspirada en la vida de Jesús de Nazaret. Y la segunda se encuentra en ver en el mal y el sufrimiento un misterio más profundo, que

echa sus raíces en la “finitud” y contingencia de la creación y a partir de aquí replantear el problema para asegurar a coherencia de la respuesta tradicional.

2. SIMILITUDES

Por “similitudes” se comprende aquellas coincidencias básicas que se dan en algunos de sus planteamientos o en la manera de enfocar algunos de los problemas abordados a lo largo de este trabajo. Los autores, no es que digan exactamente lo mismo, pero sí que hay convergencias fundamentales en sus planteamientos. Estas similitudes se pueden encontrar a la hora de entender la respuesta tradicional, la necesidad de replantear el problema y sobre todo el tema de la vida, muerte y resurrección de Jesús como única respuesta de la teodicea cristiana. A continuación voy a precisar un poco más cada una de estas similitudes.

2.1. Rechazo de las posturas tradicionales y necesidad de replantear el problema.

Desde un estudio pormenorizado sobre las respuestas tradicionales, no está demás traer a colación que Estrada distingue tres tipos de teodicea. Por un lado está la que relativiza el mal: en la que se integra el mal en el orden natural y se le relativiza apelando al conjunto y a la perfección de cosmos o se pone como parte de la evolución natural y del desarrollo histórico. Esta alternativa llevaría, en última instancia, al dios impasible y apático, o a la naturaleza indiferente que pasa de largo frente al sufrimiento humano¹³⁷.

Una segunda tipología consiste en antropologizar el mal: consiste en hacer recaer el peso del mal en el hombre. Es la solución más enraizada en las filosofías cristianas, que han encontrado en ella el gran recurso para exonerar a Dios del problema del mal: el pecado lleva consigo la culpa y la pena consiguiente. El mal moral es el que genera el sufrimiento y la corrupción del universo. El hombre se convierte así en agente del mal y el responsable último de los sufrimientos. Para Estrada la mera apelación a la libertad es insuficiente para explicar todo el mal, tanto el que produce el hombre como el presunto “diablo” hay que descalificar esta solución como idolátrica, ya que enaltece a un dios menos humano que el hombre.

Y el tercer tipo de teodicea es la que limita la omnipotencia de Dios: para mitigar esta irracionalidad del mal que repercute en la bondad de Dios, modernamente se tiende a limitar la omnipotencia divina, sea porque Dios al crear respeta lo que es compuesto de bien y mal (el mejor de los mundos) o porque la tensión bien/mal se da en el mismo Dios que no puede superarla. Dios hace lo que puede, ya que es preferible un Dios bueno, aunque limitado, al omnipotente malvado. Sostiene Estrada que si recurrimos a un Dios que nos puede salvar es porque creemos que, aunque seamos contingentes y limitados, Dios no lo es. Por eso lo llamamos Dios. Por eso sería una

¹³⁷ Cf. Estrada, Juan A. La imposible teodicea, la crisis de la fe en Dios, Madrid, Ed. Trotta, 1997. p. 36.

solución inaceptable, en última instancia, para la Tradición bíblica, el judaísmo, el cristianismo y el islam. Todos ellos afirman sin titubés la omnipotencia divina ante el mal¹³⁸.

Estos tres tipos de teodiceas, que en cierta medida representan la respuesta tradicional, según el análisis de Estrada fracasan a la hora de querer ser un intento de respuesta racional.

Fracasan a la hora de explicar el por qué y el para qué del mal. En este sentido, Estrada sugiere el abandono de la teodicea como intento de dar una respuesta especulativa. Pero aunque aceptemos que haya que renunciar a la teodicea, no debemos quedarnos ahí, sino que es necesario replantear la postura cristiana ante el enigma del mal¹³⁹.

Por su parte Torres Queiruga también ve en la respuesta tradicional no solamente lo que ya Estrada demostró, sino que su análisis dio un paso más al interior del problema. Torres Queiruga descubre que en la teodicea tradicional, el aceptar la fe era tan obvio como actitud personal y resultaba tan plausible socioculturalmente, que el dilema de Epicuro no se percibía como cuestionamiento de la fe en Dios, por eso resultaba tan fácil descartarlo.

Lo que en realidad sustentaba esta actitud era el choque entre dos lógicas: la abstracta de la razón y la más vital, la del corazón. De suerte que se daba como espontáneamente seguro que la argumentación lógica, que a primera vista podía resultar la más clara, era en realidad menos, infinitamente menos, fuerte y convincente que la otra, menos clara pero más profunda, porque se anclaba en la confianza en el Dios amor, de quien el mal no podría venir¹⁴⁰.

En este sentido, observa el teólogo, que hoy carece de suficiente legitimidad una teodicea (teodicea tradicional) que no se someta a un repensamiento profundo que la ponga en condiciones de responder a las nuevas y radicales exigencias de la “era crítica”.

Al dar este paso, será posible, por un lado, hacer justicia a la tradición, reconociendo su verdad fundamental y aprovechando además las grandes riquezas acumuladas en su esfuerzo secular; y, por otro, abrir el espacio para una actualización consecuente con las exigencias de la cultura actual.

Según lo indicado en ambas posturas, como punto de partida se ve la necesidad de rechazar y superar las respuestas tradicionales, tanto desde la fe como desde la razón. Si

¹³⁸ Cf. Ibid. p. 39.

¹³⁹ Cf. Ibid. p. 40.

¹⁴⁰ Cf. Ibid. p. 159.

estas respuestas no son coherentes e incluso no se apoyan en la lógica más elemental, no pueden sin más asegurar hoy, la coherencia de la fe cristiana.

Ahora bien, no está demás señalar que a pesar de que ambos autores ven como limitada la respuesta tradicional, ambos siguen distinta dirección; Estrada, descalifica sin más todas las posturas tradicionales y Torres Queiruga, por el contrario, busca reforzar la respuesta tradicional asegurando su coherencia y salvando su convicción profunda.

2.2. La Resurrección como clave de la respuesta cristiana al problema de mal

Después de haber hecho un intento de respuesta al problema del mal, ya sea en la negación o la posibilidad de explicación, ambos autores coinciden en ver, a la resurrección como la respuesta de la teodicea cristiana al problema del mal. La resurrección hace posible la esperanza a pesar del mal.

La resurrección da la vuelta a todo el problema del mal¹⁴¹, pues queda iluminado como misterio máximo del amor y de la fuerza salvadora de Dios. En este sentido afirma Estrada, que la vida jesuana es el núcleo de la respuesta cristiana respecto al mal, siendo la resurrección su sello divino. Naturalmente ambas forman un conjunto inseparable:

*“La resurrección es la respuesta divina a la acción jesuana. Creemos que Dios ha resucitado a Jesús porque nos resulta creíble su vida y que Dios la ha confirmado. Dios justificó a ese Jesús desde la resurrección. Con esto no se demuestra a Dios, ni se resuelve el enigma del mal, pero es evidente que ofrece un horizonte de esperanza y de sentido. La vida humana se articuló desde el doble postulado de la muerte, que pertenece al orden de la creación, y de la resurrección, que es el núcleo de la redención. La exaltación de Jesús como Hijo de Dios dio causa a la esperanza de los discípulos ante la injusticia que triunfa en la historia”*¹⁴².

Por su parte Torres Queiruga sostiene que frente al carácter forzoso e inevitable del mal está el otro polo de la dialéctica: la resurrección, la cual no niega la cruz ni suprime su presencia en la historia, sino que la incluye en un horizonte más amplio que la relativiza, quiebra su fuerza y la vence¹⁴³.

Dentro de la historia Dios no nos salva del sufrimiento, nos salva en el sufrimiento. Es la resurrección, la realidad gloriosa por excelencia. La fe descubrió y proclamó que no fue la muerte el destino último, sino que fue la vida plena y realizada la que tuvo la palabra definitiva. La tiene para todos y para todas. Porque en Cristo culmina la revelación, de algún modo presente en todas las religiones de la humanidad,

141. Cf. Estrada, J.A., “De la teodicea a la esperanza”, en Iglesia Viva 225 (2006), p. 40.

¹⁴² Cf. Ibid. pp. 375-376.

¹⁴³ Torres Queiruga, **Creo en Dios Padre**, *el Dios de Jesús como realización plena del hombre*. Sal Terrae, Santander. 1986, p.138.

de que Dios no nos deja, no nos ha dejado nunca, caer en la nada de la muerte, ese último enemigo en ser vencido (1Cor 15,26).

3. DIFERENCIAS: Perspectivas del Planteamiento

Es comprobable que ambos autores buscan dar una respuesta al problema del mal pero sus modos de abordar la cuestión divergen mucho. Es debido al modo como abordan los presupuestos, por lo que podemos precisar algunas diferencias.

3.1. ¿Por qué una imposible teodicea?

Estrada inicia su intento de propuesta desde un análisis de las respuestas tradicionales al problema del mal, que a mi juicio es excelente (trabajo que no realiza Torres Queiruga). Este análisis y evaluación lo hace desde las objeciones modernas. Su conclusión inicial es que ninguna de las respuestas es satisfactoria para la actual experiencia y comprensión del problema tratado, por lo que debemos distanciarnos de ellas:

“Todas las explicaciones racionalistas nos dejan insatisfechos, pues siempre chocamos con la dimensión existencial y el sufrimiento del hombre concreto, el inocente. Por eso la teodicea en cuanto intento especulativo de justificar el mal existente y hacerlo compatible con el postulado de Dios bueno y omnipotente, es un fracaso”¹⁴⁴.

El lugar desde el que juzga como imposible una respuesta o explicación al mal es **desde arriba, desde Dios**. El autor llega a la conclusión de la imposibilidad de la teodicea no solo porque estas propuestas son ambiguas y contradictorias con la imagen que de Dios tenemos hoy, sino también, porque afirma que Dios conserva su trascendencia y su misterio, *no es posible explicar el mal en el mundo desde Dios* (presupuesto que se usó en toda la antigüedad y que él mismo usa para declarar tal imposibilidad), y mucho menos ofrecer explicaciones de por qué lo permite, lo quiere, etc. Podemos hablar de Dios desde un punto de vista humano, pero nunca del mundo desde Dios, pues no hay relación simétrica, dado que la realidad de Dios nos desborda o trasciende, a no ser que coloquemos nuestra razón en lugar de Dios, y entonces nos fabricamos una construcción mental y en ella acomodamos a Dios, pero claro no deja de ser nuestra imagen de Dios, un Dios a nuestra imagen y semejanza¹⁴⁵.

El autor, apoyado en el fracaso de la razón especulativa propugnada por el filósofo Kant, concluye de forma categórica en el rotundo fracaso de la teodicea especulativa. El mal es un problema irresoluble, pues de otra manera la razón se impondría a Dios, nos permitiría conocer su designio y nos colocaríamos a la altura de Dios¹⁴⁶.

¹⁴⁴ Cf. Estrada, Juan A. La imposible teodicea, o.c., p. 341.

¹⁴⁵ Cf. Ibid. p. 339.

¹⁴⁶ Cf. Ibid. p. 342.

Al final, Estrada nos invita a vivir como cristianos con una teodicea irresuelta, apoyándonos en nuestra tradición. En ella encontramos dos grandes crisis vinculadas al problema del mal: la de Job, en el A.T. y la que provoca la cruz de Jesús.

Debo confesar que no ha sido fácil deducir la postura de Estrada ya que gran parte de su obra sistemática ha sido dedicada a evaluar planteamientos tradicionales y concluir en el fracaso de la teodicea especulativa. No se ve, que trate de hacer un intento por esclarecer y dar una posible solución personal al problema. Pero creo conveniente, por lo menos, resaltar su punto de partida (análisis y evaluación) y el lugar desde cual enfoca el problema (desde arriba- desde Dios) para al final formular sus conclusiones.

3.2. ¿Por qué una posible teodicea?

Sucede todo lo contrario con Torres Queiruga. El autor va directo al núcleo del problema, y desde el inicio se observa su intento moderno de afrontarlo.

Lo primero que desvela en su planteamiento, es la confusión a la hora de tratar el problema de la teodicea. Esta confusión obedece a los típicos desajustes que siempre provoca un cambio de paradigma, donde resulta más fácil descubrir los fallos del viejo planteamiento (como vimos en Estrada) y por eso la descalificación de todas las propuestas, que encontrar la verdadera figura de lo nuevo- de ahí que se den las divergencias en las soluciones.

El punto de partida ya no es desde el viejo presupuesto, el cual suponía una cierta imagen de Dios y el mundo, en el que se concebía a Dios como intervencionista. Ya no se parte de la deducción a partir de la idea heredada acerca de Dios en su modo de actuar en el mundo.

Ahora sugiere Torres Queiruga partir como ya se hizo desde la modernidad, desde la visión de un mundo reconocido en el funcionamiento autónomo de sus leyes. Por lo tanto el lugar desde el que busca iniciar el tratamiento del problema, ya no es desde Dios, **sino desde el mundo, desde abajo**, analizando la realidad mundana, para ver luego lo que es o no posible desde su propia constitución.

Respecto al fracaso de la teodicea proclamada por Kant y reafirmada por Estrada, nuestro autor declara que fracasaron las teodiceas de su tiempo y de ellos mismos, lo cual no abarca todos los intentos presentes y futuros¹⁴⁷.

Luego de analizar la realidad mundana llega a dos supuestos con los que iniciará una nueva propuesta de teodicea cristiana:

¹⁴⁷ Cf. Torres Queiruga, Andrés. Repensar el mal, de la ponerología a la teodicea. Madrid, Ed. Trotta, 2011. pp. 25-26.

- a. Es imposible la existencia de un mundo sin mal.
- b. Esto permite el repensamiento de la teodicea, capaz de mostrar la coherencia interna de la fe en Dios y entrar en diálogo crítico acerca de las razones en que se apoya.

El resultado de este modo de abordar el problema será su propuesta tripartita: la ponerología, la pisteodicea y la teodicea cristiana (Vía larga de la teodicea).

4. CONSIDERACIONES CRÍTICAS SOBRE ALGUNOS APECTOS DE AMBOS AUTORES

4.1. El valor de la vida.

Estrada, hablando sobre los grandes males y sufrimientos en la vida del ser humano, sostiene que Leibniz considera que la vida merece la pena vivirse y repetirla, aunque no hubiera otra eterna. Según Estrada esta posición obedece a una mentalidad conservadora y una persona bien instalada en la sociedad; y considera que si preguntamos a una persona que ha vivido una vida desdichada, llena de padecimientos y dificultades, no cree que estuvieran dispuestas a repetir la vida¹⁴⁸. Por eso, piensa que el planteamiento kantiano de que nadie estaría dispuesto a recomenzar de nuevo el curso de su vida para repetirla tal cual estaría cerca de la verdad, sobre todo desde la perspectiva de los oprimidos y vencidos.

Se entiende el comentario de Estrada y es coherente racionalmente, pero parece juzgar la experiencia desde una postura pesimista. La experiencia nos dice, por lo menos desde la vida en los pueblos de Latinoamérica, que es precisamente la gente que peor lo está pasando, que sigue apostando por la vida y trayendo hijos al mundo, los que tienen más ganas de vivir, aunque por supuesto quieran vivir mejor de lo que viven. Y precisamente, volver a vivir sería una oportunidad para mejorar en la vida. Por lo tanto por encima de las discusiones teóricas, lo “normal” es aferrarse a la vida, incluso en las circunstancias más adversas. Continuar viviendo y afirmar el valor de la existencia es algo consustancial a la naturaleza humana.

4.2. La finitud como condición de posibilidad del mal en Andrés Torres Queiruga.

Sin duda, la clave en la que se apoya la propuesta de Torres Queiruga, es la finitud. Y es sobre este punto que considero, que debo hacer algunas observaciones para una mejor claridad del asunto.

¹⁴⁸ Cf. Estrada, Juan A. La imposible teodicea, o.c., pp. 201-202.

Para esto debo traer a colación y de forma sintética la parte inicial de la propuesta del autor.

Al partir de la autonomía de las leyes mundanas, Torres Queiruga, toma en serio su finitud para hacer ver el carácter estrictamente inevitable del mal, la imposibilidad objetiva de un mundo sin mal. Supuesto el ateísmo metódico, sostiene que la finitud, en efecto, impide el ajuste total, el funcionamiento perfecto o satisfacción plena. No se trata de que un mundo finito sea malo, sino de que no puede existir sin que en su funcionamiento o realización aparezca también el mal. Esa finitud es la que determina la inevitabilidad del mal, pues es una realidad finita y su realización es necesariamente carencial y está inevitablemente abierta al choque y a la competencia.¹⁴⁹

Apoyado en la experiencia afirma que un mundo perfecto es imposible, el mal es inevitable. Un mundo creado perfecto es una contradicción: *por ser creado es finito y no puede ser perfecto*. Para Torres Queiruga, la finitud entraña limitación, carencia, imperfección, mal. El mundo es necesariamente imperfecto, pues la finitud implica la imperfección. Por lo que la raíz del mal está en la finitud, y dado que cualquier mundo que pudiera existir será necesariamente finito, resultará imposible pensar en un mundo sin mal. Es decir, un mundo sin mal no es nada, es un absurdo, un no mundo es “*flatus vocis*”. Si hay mundo aparece el mal, si queremos suprimir el mal tenemos que suprimir el mundo.

No puede existir un mundo sin mal, pues es tan contradictorio como un círculo-cuadrado. El mal radica en la esencia misma de las cosas, en su finitud, y querer eliminarlo es una contradicción¹⁵⁰.

Con esta explicación se descubre la trampa que ocultaba el dilema de Epicuro de Samos, pues se basa en un absurdo al dar por supuesta la posibilidad de un mundo sin mal o de un mundo perfecto. Si un mundo perfecto es una contradicción, el dilema carece de sentido: la trampa es obvia: Dios podría o no haber creado el mundo; pero, si decidió crearlo, es tan absurdo preguntar por qué no hizo un mundo sin mal como preguntar por qué no hizo círculos cuadrados. No es que Dios no pueda crear o mantener un mundo sin mal, sino que, si ese algo no existe, carece de sentido hablar de poder o no poder a su respecto.

Las consideraciones podrían extenderse mucho más, pero lo que hasta aquí se ha dicho sobre la base del desarrollo de su exposición que es la finitud de la criatura, puede bastar para allanar el camino a la intuición fundamental: ***que lo finito no puede ser perfecto***. La finitud es siempre perfección a costa de otra perfección: perfección imperfecta, por definición.

¹⁴⁹ Cf. Torres Queiruga, **La inevitable y posible teodicea**, en Iglesia Viva 225 (2006) p.10

¹⁵⁰ Cf. Torres Queiruga, Andrés. Repensar el mal, o.c., p. 73.

Sin duda esta propuesta o este modo de explicar el problema del mal es, a mi juicio, un planteamiento novedoso y hasta cierta medida clarificador, pero por otro lado no podemos quedarnos aquí ya que el mismo Torres Queiruga en la presente obra estudiada, sostiene que no es una cuestión cerrada, sino que desde su planteamiento está abierto a un diálogo e incluso a otros aportes.

Pues bien, justamente para de algún modo atenuar, de manera racional o filosófica, tal recurso de la finitud como base del planteamiento, me voy a atrever a considerar algunas objeciones de teólogos actuales. Obviamente no busco corregir la postura de Torres Queiruga, sino sólo sugerir estos aportes como complemento para una mejor comprensión final del tema.

Una de las primeras consideraciones a la que no podemos cerrar los ojos, es sobre la base de su planteamiento que está en tratar de saber sobre la conexión causal entre finitud y mal.

Podemos aceptar la afirmación de la existencia del mal en el mundo real, otra cosa distinta es que sea inevitable, y lo que es mucho más difícil de asumir es que el origen o principio universal de los males sea en la finitud y la contingencia. ¿Cómo se establece esta equiparación entre finitud y mal? En el caso de un círculo cuadrado, que se refiere a una construcción mental, sí podemos hablar de inconsistencia lógica, pero esto no ocurre a simple vista al referirnos a la posibilidad de un mundo creado y sin mal. Pero no son dos afirmaciones comparables, pues la primera se refiere al orden lógico y se apoya en el principio de no contradicción, mientras que la otra se refiere a la realidad empírica que puede ser de un modo o de otro¹⁵¹.

Por otro lado, el mismo Estrada indica respecto a la postura de Torres Queiruga que “si el mal es constitutivo a la creaturidad del hombre y del cosmos, debemos asumir que perdurará mientras exista el hombre, tanto en el más acá como en el más allá. El postulado teológico de la vida eterna, de una nueva creación y de un más allá de la muerte en que ya no habrá mal tropieza con las leyes de la lógica, cuando se ha hecho del mal algo consustancial a las criaturas.”¹⁵²

A estas objeciones, en principio se debe considerar la pertinencia de la crítica del teólogo Estrada al planteamiento básico de nuestro autor, pero conviene también valorar en su justa medida los esfuerzos realizados por el teólogo gallego por hacer aceptable y de algún modo comprensible, desde la afirmación y a experiencia de la finitud humana, los datos teológicos sobre el más allá como se vio en el capítulo VI de su obra aquí estudiada. Pero está claro que aquí ya el tema de la finitud parece presentar algunas trabas para la comprensión y valoración positiva de la propuesta de Torres

¹⁵¹ Estrada, La imposible teodicea, o.c., pp 217-218.

¹⁵² Estrada, J.A., La pregunta por Dios. entre la metafísica, el nihilismo y la religión. Ed. Descleé de Brouwer. 2005 p.201.

Queiruga. Por eso creo pertinente ya, en este tramo del estudio sumar un aporte que ayudará a superar en cierta medida las objeciones manifestadas.

Y esto lo voy a realizar desde la óptica del teólogo Manuel Cabada, quien observa que si esta “finitud” (abordada por Torres Queiruga) es pensada sin más “dentro de los límites” por así decirlo, de lo que normalmente se entiende como finitud sin más cuestionamientos fundamentales, entonces naturalmente el problema se simplifica demasiado.

Al respecto indica Manuel Cabada, que la finitud no puede realizarse, bien sea de manera explícita o implícita, únicamente desde ella misma” en el sentido de una pensable oposición o contraposición entre dos realidades cualificadas, la una como mera y simplemente finita (la mundana o humana) y la otra (la divina) como infinita sin más, es decir, sin más precisiones, dándose aquí por supuesto al menos implícitamente que no puede haber otro tipo de infinitud que no sea divina.¹⁵³

Además, no hay razones para restringir la infinitud únicamente a la divinidad, a no ser que se suponga a priori que de infinitud sólo se puede hablar en cuanto absoluta.

Más bien habría que hacer la distinción entre infinitud posible e infinitud absoluta. La primera ha de ser entendida como infinitud auténtica, real, actual, no de una mera y simple finitud, caracterizada incluso, si se quiere, por una indefinición o infinitud potencial. Esta aclaración es útil y fecunda para entender el modo de ser de una realidad, cósmica o humana, que procede de la misma infinitud fontanal y absoluta y que de alguna manera ha de reflejar también en sí misma esa infinitud originaria de la que procede.¹⁵⁴ Al no hacer esta distinción en su planteamiento, Torres Queiruga no dispone de instrumentos claramente adecuados para poder pensar y partir de una creación que pueda denominarse (y ser) “infinita”, sin que este tipo de infinitud la convierta por ello en divina.

En tal sentido, considera Cabada, que sería más pertinente y consecuente con todo ello referirse a la realidad “creada” y no como realidad finita, tal como habitualmente ocurre, también obviamente en Torres Queiruga, para no prejuzgar ya de antemano con esta última cualificación la cuestión debatida.

Por otra parte, la infinitud de la realidad humana (que podría analizarse y descubrirse a nivel intelectual, volitivo, etc. Como de algún modo presente en ella), aunque no por ello suprimiese la posibilidad del mal en unos seres que al fin y al cabo no son ni pueden ser dioses, estaría sin embargo en condiciones de proporcionar al ser humano los impulsos y la posibilidad real de progresar en su superación (al no ser ya el

¹⁵³ Cabada, M. Infinitud y problema del mal. En diálogo con A. Torres Queiruga. Estudios Eclesiásticos N° 344. p. 7

¹⁵⁴ Cf. Ibid. p. 17.

mal algo en sí inevitable como consecuencia de la finitud, dado que esta cualificación quedaría sustituida por la de ser “creación” o hechura de Dios).¹⁵⁵

Con lo dicho hasta aquí inspirado en el pensamiento de Cabada, completaría de manera más comprensible la visión inicial de Torres Queiruga sobre el mal en el sentido de que básicamente considera correcta su visión de la posibilidad general del mal en cuanto dependiente de la finitud de lo creado, si bien añadiendo al mismo tiempo que en vez de hablar de “finitud” de lo creado sería por ello más adecuado hablar, según ya indiqué, de “creación”, realidad “creada” o “infinito creado”.

En tal sentido, el hecho o la experiencia humana misma del mal en cuanto tal ocurre, no precisamente desde la limitación o finitud misma (aunque la presuponga), sino desde esa otra dimensión “infinita” (de nuevo el “infinito creado”) constituyente del ser humano, que es la que posibilita percibir la “maldad” como algo que no se aviene o adecua con ella.¹⁵⁶

I. Sotelo en relación justamente con la teoría de Torres Queiruga sostiene: Sobre la finitud del mundo: “finito-infinito son dos términos que, como bueno y malo, se necesitan mutuamente: concluir que el universo es necesariamente finito no es un saber comprobable, la moderna cosmología está muy lejos de haberlo demostrado y no sabemos lo que en este punto nos reserva el futuro, sino que lo impone la vieja metafísica en contraposición a lo infinito¹⁵⁷.”

Respecto al ser humano, sobre el que gravita la experiencia y la problemática misma teórica del mal, habría que poner aquí de relieve las dimensiones infinitas o absolutas con las que y desde las que opera en sí misma la mente, la inteligencia, la voluntad, la libertad, el amor etc. No basta con que se diga que el hombre es creación de Dios, como ser finito, relativo, etc. Por ejemplo: si el hombre fuese sólo una criatura finita, la muerte sería un fenómeno lógico y no trágico como lo es para el hombre; armonizaría perfectamente con la vida contingente, en lugar de una experiencia dolorosa de vida; la muerte sería un fin, pero no un ataque. Y efectivamente eso es la muerte de los animales, aún a pesar del valor de la vida y del instinto de supervivencia. En cambio el hombre experimenta su muerte como indebida, la teme incluso hasta el punto de preferir infinitamente no saber nada de ella; esto quiere decir que, de alguna manera, se experimenta como inmortal. El ser humano tiene conciencia de su finitud y contingencia, pero no se instala cómodamente en dicho nivel, sino que aspira la infinitud y a la definitividad. Es la tensión entre su ser finito y su aspiración a la infinitud lo que lleva al ser humano a buscar la plenitud.¹⁵⁸ Y aquí habría que añadir que el espíritu humano no es pues, solo tendencia o dinámica indefinida hacia algo que infinita y absolutamente lo supera, sino también posesión tranquila, plena (a su nivel, el

¹⁵⁵ Cf. Ibid. p. 15.

¹⁵⁶ Cf. Ibid. p.18

¹⁵⁷ Cf. I. Sotelo, reflexiones intempestivas sobre el mal. En repensar la teología p 367.

¹⁵⁸ Tamayo, J.J. Hacia la comunidad N°6, Dios y Jesús, Ed, Trotta, Madrid 2000, p. 55.

creado) y sosegada de dimensiones o elementos que no pueden ser calificados como simplemente “finitos”. Con ellos habita o puede habitar el mal, pero no es este sin embargo el que decide sobre ellos y, menos aún, es el mal derivación inevitable de esa realidad humana por no ser ella la infinitud absoluta, sí participa de ella, en cuanto “creada”, al proceder de la misma.¹⁵⁹

Después de lo dicho habría que asumir consecuentemente que a la raíz última, la definitiva condición de posibilidad del mal es decir la “finitud”, habría que añadir, que dicha posibilidad sólo es real desde la visión de esa denominada “finitud” como creada, es decir, como procedente de una infinitud que impregna en ella su propia marca infinita al modo creado. Desde la mera y simple “finitud” no cabría, en efecto, hablar del mal. Dicho de otra manera, cuanto mayor es la finitud en un realidad concreta, tanto menor es la posibilidad de realización del mal (o del bien), dado que en tal supuesto las instancias “infinitas” (y con ellas la inteligencia la libertad, etc.) tendrían allí menor cabida y, por tanto, ni siquiera sería posible un juicio (moral) sobre el mal mismo.

En fin, con el aporte considerado, creo no haber alterado el planteamiento de Torres Queiruga, sino que asumo haber complementado la base inicial de comprensión de la imposibilidad del mal, a saber desde la “finitud”. Validando el añadido, es decir pasar de la simple “finitud” a “realidad creada”, será más útil para comprender sobre todo la objeción formidable que se plantea Torres Queiruga casi al final de su obra.

En cuanto a los resultados de la ponerología creo que éstos quedan intactos en el primer nivel de explicación, en cuanto que el mal es inevitable incluso desde esta realidad creada por ser limitada (no es Dios) aunque con dimensiones de infinitud.

Después de haber hecho este largo recorrido a las dos grandes posturas de los teólogos que más han estudiado y profundizado sobre el problema de la teodicea; llega el momento de optar por la postura más convincente, no en su totalidad por ser solo una postura, pero que tiene mucho de respuesta al problema y a las interrogantes del creyente del siglo XXI.

¹⁵⁹ Cabada, M. Infinitud y problema del mal, o.c., p.20

5. ANDRÉS TORRES QUEIRUGA- “REPENSAR EL MAL”

LA POSTURA QUE TIENE MÁS OPCIÓN DE RESPUESTA AL PROBLEMA DE LA TEODICEA EN EL SIGLO XXI

5.1.El Contexto actual y las inquietudes del cristiano Del siglo XXI

Hoy, como bien es sabido, estamos asistiendo a una realidad en la que la globalización, el pensamiento débil, la sociedad de consumo, el neoliberalismo, son referentes que marcan el ya en curso siglo XXI con un nuevo paradigma social y cultural que exige una adaptación por parte de la iglesia y del cristianismo. Sus efectos son constatables: crecimiento de la indiferencia religiosa, debilitamiento de la pertenencia eclesial, desconcierto moral, etc.

Este contexto cultural presenta retos diferentes de los que tuvo que afrontar el cristianismo frente a la modernidad. Ahora se toma distancia respecto de las grandes doctrinas e ideologías, y una mayor permisividad en el campo moral y las costumbres. De ahí la relajación de la disciplina y la mayor tolerancia ante comportamientos diferentes y socialmente heterodoxos. La parte negativa de este proceso, favorable a la creatividad y autonomía individual, es la ausencia de creencias, “el travestismo de pensamiento y la crisis de las ideologías”.¹⁶⁰

Por otro lado se ve que el control social se ha desplazado de las grandes instituciones a los medios de comunicación social. El reencantamiento del mundo se da en la cultura virtual creada por la cultura de la imagen, y genera la pluralidad de mitos y el cuestionamiento de todos ellos, impugnando las grandes cosmovisiones tradicionales como carentes de fundamentación y plausibilidad cultural.

Este actual contexto sociocultural también está caracterizado por muchos rasgos sombríos, pero, probablemente, la constatación más grave es precisamente la crisis de esperanza ante tanto dolor y sufrimiento. Aunque el Papa Benedicto XVI haya indicado que América latina, sea el continente de la esperanza, muchos podemos corroborar que nuestro siglo XXI está resultando ser un inmenso cementerio de esperanzas.

La historia de estos últimos años se ha encargado de desmitificar el mito del progreso, piedra angular en la construcción de la civilización moderna. Las guerras sangrientas, aunque no mundiales, de este siglo, en donde mueren muchos niños inocentes, el deterioro ecológico, el hambre en el mundo, la grave crisis económica en muchos países, la propagación silenciosa del sida y los grandes rumores del terrible ébola, que crea tremenda ansiedad en las personas, el vacío existencial, la plaga de la depresión, la patología de la abundancia, el estilo de vida insano, el consumismo deshumanizador, las distorsiones de las relaciones personales, la violencia y

¹⁶⁰ Estrada, J.A., *El Cristianismo* en una sociedad laica. Ed. Descleé de Brouwer. Bilbao 2006 p.214

destruictividad y otras adversidades, están provocando primero el declive, y después el desmoronamiento de las utopías de raíz ilustrada aún vigentes. No se han cumplido las grandes promesas que se hicieron desde la Ilustración. El mundo postmoderno sigue plagado de crueldades, injusticias e inseguridad. Nuestra actual cultura y sociedad es, definitivamente, la época del malestar y la incertidumbre, del desengaño y el desánimo ante las grandes palabras prometidas.

Contradictoriamente, muy a pesar de lo anteriormente dicho, la sociedad de hoy solo parece tener ojos para exaltar al *homo faber*, creativo y dinámico, lleno de vida y creatividad o para magnificar al *homo sapiens*, racional y científico, dispuesto a conquistar técnicamente el universo. Sin embargo, siempre que nos asomamos a la existencia humana, descubrimos también hoy que «el ser humano es, en el fondo y en definitiva, pasión, que la esencia del hombre es ser doliente *homo patiens*»¹⁶¹.

Tarde o temprano, todos nos experimentamos como *homo patiens*, atravesados por el mal y el sufrimiento inevitables, propios de nuestra condición humana, enfermedad, vejez, pérdida de seres queridos, desgracias e injusticias de todo tipo, accidentes, muerte, que nos hace experimentar en nuestra propia carne la verdad de las palabras de Job «El hombre, nacido de mujer, es corto de días y harto de inquietudes » (Job 14,1).

De lo más hondo del ser humano brotan gritos sin respuesta ¿por qué? ¿Por qué yo? ¿Por qué ahora? Son gritos comunes a toda la humanidad.

Pero a estos gritos comunes se le suman las inquietudes del creyente del presente siglo. El cristiano que cree pone su confianza en un Dios salvador, ya no se conforma con pensar en el final de la historia o en el cielo o en la otra vida sin más. No puede seguir buscando la felicidad sin expresar estas inquietudes: ¿Qué hacer ante el mal y el sufrimiento? ¿Es posible una vida sin mal y sufrimiento? Para caminar seguros y con cierto grado de felicidad ¿hay que eliminar de nuestra vida todo mal y sufrimiento? Y ¿qué hacer con el mal padecido por los demás? ¿Cómo creer en Dios cuando tantas personas sufren junto a mí? ¿Por qué Dios no interviene y deja que la injusticia triunfe? Y ya el muy profundo clamor del creyente cuando es víctima del mal: ¿Dónde está Dios cuando padezco un mal inesperado o innecesario?

Estas inquietudes se agravan y molestan cuando encima se experimenta, la crisis de credibilidad del cristianismo. Esta crisis es hoy un obstáculo para la fe. Al cristiano del siglo XXI, no le resulta fácil sentirse parte de la sociedad postmoderna y asumir dogmas y principios que se llaman cristianos y que, expresados con un lenguaje que no es el suyo, ofrecen contenidos desfasados que no le ayudan en nada, y que en su mayoría de casos son incompatibles con las adquisiciones científicas y filosóficas sobre

¹⁶¹V Frankl, El hombre doliente. Fundamentos antropológicos de la psicoterapia, Ed. Herder, Barcelona 1994, 21.

el hombre y sobre el mundo de hoy. La actual cultura mundial aparece como reto para el cristianismo actual, que erosiona sus creencias y limita la credibilidad de su fe.

Por eso los cristianos alejados cada vez más de la experiencia religiosa, y como se comprende respirando un ambiente social donde la religión es considerada como algo negativo y molesto, se sienten desafectos y desconfiados ante el cristianismo. No creen que la fe pueda aportarles nada importante para sentirse mejor.

Cabría preguntarnos: estos hombres y mujeres aparentemente insatisfechos y con grandes inquietudes, en este caso sobre el mal y el sufrimiento, ¿en qué medida necesitan la religión? ¿Qué queda en ellos de esa fe que un día habitó en su corazón? ¿Se han cerrado para suplir al Dios de Jesús?

Solo hay una respuesta a esta pregunta, una respuesta que necesita ser fundamentada y que ojalá pueda tener su fundamento en la propuesta que vayamos a elegir al final de este estudio: estos cristianos tienen que experimentar que la fe hace bien, que es bueno creer, que Jesús es el mejor estímulo y la fuerza más vigorosa para vivir de manera positiva y acertada frente al mal y el sufrimiento presentes en la historia de la humanidad.

5.2. EL PLANTEAMIENTO DE JUAN ANTONIO ESTRADA

Sin duda el esfuerzo de nuestro autor aquí estudiado, es loable y significativamente clarificante respecto al tema tratado. Es evidente que desde la manera de pensar de nuestro teólogo, (considerando la nueva cultura secular o la época post-moderna en la que vivimos y los avances nuevos que se han dado en la manera de concebir la nueva imagen de Dios desde Jesús de Nazaret e incluso la de un cristianismo encargado de instaurar el ya bien comprendido reino de Dios) se pueda juzgar los planteamientos antiguos como insuficientes, ambiguos y limitados. Se ve que en las propuestas tradicionales está presente una imagen de Dios, que tal vez fue válida y justificada en su tiempo pero que hoy solo queda mirarla de lejos, aunque todavía esté presente en el constructo imaginario de muchos cristianos del siglo XXI.

Lo que más llama la atención de esta postura, es que el teólogo se rinda tan fácilmente al no dar o hacer un intento de respuesta filosófica o racional. Porque la pregunta sobre el mal, como él mismo subrayó, es una cuestión que figura no solo en el mundo creyente, sino también en el ateo. Por esta razón se hace necesaria una respuesta que por lo menos arroje alguna luz común para su mejor claridad.

Estrada, con su crítica a todas las posturas tradicionales y sin ningún intento por cubrir parte del vacío dejado, hace realidad lo que el filósofo alemán Friedrich Nietzsche sostiene: “La destrucción de una ilusión no proporciona todavía verdad alguna, sino que añade únicamente un trozo de ignorancia, una ampliación de nuestro espacio vacío”, un crecimiento de nuestro “desierto”.

Es verdad que desde las posturas tradicionales teníamos una explicación (aunque no del todo satisfactoria) al problema del mal en relación a Dios, pues ahora no la tenemos. Estrada nos deja con una teodicea irresuelta. Es claro que sin razones, nuestra fe está confiada (porque así lo dicta el corazón) en que Dios no envía el mal y al final nos libraré de él, pero los fundamentos racionales en las que nos apoyábamos están ausentes por ya no ser válidos.

El autor concluye que sí, se puede vivir con una teodicea irresuelta. Esto podría servir para animar al creyente, pero no hace más que dejarlo en un fideísmo sin respuesta racional ya que sólo espera ser confirmado al final y no explicar las razones en las que se apoya en la actualidad, con lo que hace menos creíble al cristianismo.

Por otro lado habría que observar que Estrada parece haber declarado la imposibilidad de una teodicea especulativa porque él mismo se ha quedado anclado en el modo tradicional de abordar el problema de la teodicea. Busca solucionar el problema desde Dios. Es decir, desde arriba y no a la inversa como exige la cultura actual a la hora de tratar los problemas que acontecen en el mundo, por eso declara: *“Justificar la existencia del mal en todas sus concreciones y magnitudes implicaría adoptar el punto de vista de Dios, lo cual es imposible”*¹⁶².

También es de mencionar y considerar que el autor no es totalmente ajeno a la realidad ya que afirma: “afortunadamente no sólo somos racionales, y sobre todo la vida humana no obedece a un plan lógico, aunque nuestras convicciones no pueden ser irracionales y la fe en Dios debe justificarse de forma argumentativa y crítica. Es necesario plantearnos el problema a partir del mundo existente, y no a partir de universos hipotéticos que no se han dado y que no sabemos si podrían darse”¹⁶³. Como vemos, el autor solo queda en la simple intuición sin ningún intento de respuesta racional.

De esta manera su aporte se ve orientado a plantear una posible respuesta teológica y no tanto racional o lógica al problema del mal desde una renovada interpretación o exégesis bíblica sin pretender ser la única.

En este aspecto, Estrada revela que la clave de respuesta cristiana al problema del mal, está, al menos como respuesta de sentido y no teórica, en la vida y resurrección de Jesús el cual nos invita a enfrentar el mal desde una praxis de resistencia.

No hay duda que desde aquí, sí se ofrecen claves para que el cristiano afronte con sentido el mal experimentado, pero por lo mismo, solo sirve para motivarlo en la lucha, sin que aún sepa dar razones convincentes respecto al problema del mal.

¹⁶² Cf. Estrada, Juan A. La imposible teodicea, o.c., p. 339.

¹⁶³ Cf. Ibid. p. 341.

El dilema de Epicuro sigue vigente y se presenta ante la religión como un obstáculo invencible que hace de la creencia y confianza en Dios, algo personal y sin fundamento.

Necesitamos hoy en el siglo XXI, dar razón de nuestra fe y por eso no podemos concluir que la teodicea sea imposible, o contentarnos – resignarnos a las preguntas irresueltas que nacen desde la experiencia del mal y del sufrimiento.

5.3. LA POSTURA QUE ASUME LAS EXIGENCIAS DEL SIGLO XXI

“La vía larga” de la teodicea, propuesta por Torres Queiruga, es un intento novedoso de abordar el espinoso tema del mal para desde sus resultados hacer posible y más comprensible una teodicea cristiana para nuestros tiempos. A mi juicio la posible teodicea cristiana de Torres Queiruga es un intento honrado y serio de afrontar las preguntas que hoy se le plantean a la fe desde el problema del mal.

En este apartado realizaré una valoración crítica sobre la propuesta del autor, poniendo especial énfasis en sus aportes a la nueva comprensión del problema de la teodicea para nuestros días. Mi objetivo será responder a la pregunta que estará siempre presente en cada apartado: ¿Por qué la propuesta de Torres Queiruga es la más convincente? para luego ver su efecto en las interrogantes del creyente del siglo XXI.

5.3.1. Asumir el nuevo presupuesto en una sociedad “secular”

En nuestra actual sociedad altamente secularizada en los países primermundistas, y ya en proceso, en los del tercer mundo, la movilidad y lo novedoso de las nuevas creaciones favorecen la inseguridad social y la crisis de identidad personal. Aún existe de manera evidente la tensión entre un paradigma cultural ya superado, pero todavía existente e influyente, y otro que está naciendo, pero que todavía no se ha consolidado ni tiene un proyecto definido.

En este nuevo contexto, resulta más fácil captar lo negativo del proceso, en cuanto que destruye referencias tradicionales asentadas, que valorar las líneas positivas de algo que está todavía construyéndose. Inevitablemente aumentan las incertezas, precisamente porque se experimentan nuevos caminos. El riesgo y el proyecto son inherentes a la post-modernidad, en contraposición a la valoración estática más propia del pasado.

En este contexto, la cita de la fe con la cultura contemporánea constituye una de las tareas más urgentes del pensamiento religioso. La teología necesita tomar en serio el cambio de paradigma para repensar todo lo relacionado con la actuación de Dios en el mundo.

Para los que seguimos este proceso, resulta claro, que hay una yuxtaposición de imaginarios sociales, el religioso y el post-moderno, sin correspondencia ni interpelación mutua, con lo que la religión se bate en retirada, se preserva en cuanto que se aísla y se protege del entorno cultural dominante. Su irradiación sólo es efectiva en las minorías más tradicionales de la sociedad, en los segmentos mayores de la población, que se inculturizaron en la etapa anterior.¹⁶⁴

Es aquí, tomando en serio la gravedad de la situación, Torres Queiruga inicia su nuevo aporte. Ya hablando del tema en sí, nuestro autor, sin dudar y con gran agudeza, ve que las objeciones hechas a las teodiceas tradicionales (análisis de Estrada a las teodiceas tradicionales) parten de objeciones nuevas, pues nacen dentro de la cultura secular, que cuenta espontáneamente con leyes autónomas en los sucesos del mundo y con autonomía crítica en el ámbito del pensar. En cambio el presupuesto en que fueron planteadas estas teodiceas tradicionales es viejo, pues ese tipo de argumentaciones solo tienen sentido partiendo de la antigua idea de un Dios intervencionista, incompatible con la actual autonomía del mundo y del hombre.

Consecuentemente nuestro autor, comienza a construir un nuevo intento de respuesta que, no cayendo en confusión de presupuestos, ve y valora que en la respuesta tradicional, en esa teodicea al uso, en la conciencia religiosa tradicional, existe ante todo, motivos sólidos para confiar en la verdad de su vivencia, es decir, la confianza y la fe única en Dios a pesar del mal, pero que se equivoca demasiadas veces cuando, en lugar de renovarse en sus fundamentos (epojé), tiende a acudir a recursos retóricos o a envolver con la palabra “misterio” (así lo afirma incluso J. A Estrada) lo que es simple fruto de afirmaciones contradictorias o persistencia de una idea de Dios culturalmente superada.

Es loable que nuestro autor no tira por la borda todos los intentos tradicionales de respuesta, sino que valorándolos trata de replantearlos, asumiendo la gran convicción que existió y existe: ***“Dios es amor y no quiere para nosotros el mal”***.

A este aporte habría que añadir: ¿si la teodicea ha estado marcada siempre por el contexto cultural de la época. ¿Por qué no puede haber una teodicea propia de la época post-moderna- siglo XXI? Tomando, claro está, el termino post-modernidad desde el cambio de presupuesto propuesto por Torres Queiruga.

Sin duda entendido así el inicio del planteamiento se hace necesario actualizar el problema desde presupuestos nuevos, contando con la autonomía del funcionamiento del mundo y del hombre.

³¹ Estrada, J.A., El cristianismo en una sociedad laica, cuarenta años después del Vaticano II. Ed. Desclée de Brouwer, Bilbao, 2006, p. 189.

Entonces ya en este primer punto nos hacemos la pregunta: ***¿Por qué la propuesta de Torres Queiruga es la más convincente?*** Aunque aquí sólo se dé una parte de la respuesta, es convincente porque toma en serio el cambio de paradigma impuesto por la postmodernidad, asumiendo las consecuencias del caso. Y por otro lado no descalifica la respuesta tradicional cristiana sin más, sino que la comprende por estar formulada en otra etapa de la historia, por lo que ve la necesidad de actualizarla con razones nuevas.

Al descubrirse la contradicción de presupuestos, como cristianos nos podemos sentir más seguros, de que es posible un nuevo replanteamiento del problema y una mejor comprensión de nuestro cristianismo y en este caso de encontrar respuestas a las interrogantes citadas anteriormente.

5.3.2. **Comprensión real y consciente de la finitud de la creación.**

En nuestra actual sociedad del siglo XXI, con gran influencia secular, nada sería más infiel a la fe en un Dios creador que una actitud estática y cerrada; nada más acorde con ella que estar disponible y abierto para acoger sus impulsos.

La nueva sensibilidad ecológica, como respeto y cultivo de la tierra (Cf. Gn 2,15); los avances de la sociología como organización de la vida colectiva; los descubrimientos de la psicología como nueva posibilidad de estructurar y orientar la riqueza inmensa de la subjetividad humana, buscando luz, para ese abismo de luz y tinieblas, de posibilidades magníficas y amenazas terribles, que es el hombre; la percepción de la creatividad de lo real, con su dinamismo exuberante, en continua producción de lo nuevo y, al mismo tiempo, el carácter ordenado, ascendente y estructurado del proceso, que no lleva al caos y a la degradación entrópica, sino a un universo orgánico siempre en busca de una mayor armonía¹⁶⁵, nos obligan a tomarlas en cuenta, con seriedad y espíritu crítico a la hora de hacer cualquier intento de dar respuesta a los problemas que hoy se presentan en nuestro mundo.

Es desde esta sensibilidad que Torres Queiruga, con gran agudeza postula a una “educación de los ojos” sobre la realidad, para ir situándonos en una nueva perspectiva sobre la creación.

Nos enseña a ver el mundo ya sin adherencias mágicas ni intervenciones arcaicas, sino en la fuerza misma de su avance, en el funcionamiento mismo de la legalidad natural, que se nos hace transparente y diáfano.

¹⁶⁵ Cf. Torres Queiruga A., “Recuperar la creación. “Por una religión humanizadora” Ed. Sal Terrae, Santander, 1996. p. 80 ss.

Nuestro autor está convencido de que, a pesar de ciertas apariencias, el momento actual supone, para una reflexión seria, una oportunidad especialmente favorable. Justamente por sus últimos avances, la ciencia está tocando, literalmente, los límites del universo, como se percibe perfectamente en el problema de los orígenes.

Bien mirado, nunca como hoy pudimos ser tan conscientes de la finitud y contingencia del cosmos. Hablar, por ejemplo, de la edad del universo, es hacerlo con números precisos, aunque no sean del todo seguros y tengan muchos dígitos; significa, en definitiva, hablar de una realidad tan delimitada y precisa como la vida de una persona.

Por eso Torres Queiruga en sintonía con los recursos de la nueva situación cultural, busca una explicación al mal partiendo del mundo tal y como es y como podemos experimentarlo y conocerlo. Esto le hace ver (lo que ya muchos vieron pero no lo asumieron en todas sus consecuencias) que es la finitud, la condición estructural de toda creatura existente en este mundo:

“Si a partir de lo que sucede en este mundo se logra mostrar que la raíz del mal está en la finitud, dado que cualquier mundo que pueda existir será necesariamente finito, resultará imposible un mundo sin mal. En cualquier mundo que se piense, los elementos de que se constituya y los modos de su articulación serán distintos; pero siendo limitados estarán expuestos igualmente a la carencia y la exclusión mutua, al choque y al desajuste, al fallo y al sufrimiento.”¹⁶⁶

Pasando del mundo al hombre, pensar la finitud en el ser significa en principio pensar la vida humana desde su límite, pero a la vez, éste se manifiesta como la única posibilidad de ser. La finitud es la condición de posibilidad que define la existencia del ser humano, ya que en el límite busca aquello que lo trasciende.

Sin lugar a dudas tras el análisis de lo que sucede y que podemos constatar (asumiendo un ateísmo metódico) comprendemos que el mundo tal y como es, inevitablemente tiene la posibilidad de producir el mal en sus distintas facetas.

Es desde esta segunda intuición en donde Torres Queiruga, ofrece una respuesta inicial, común para toda la humanidad respecto a la inevitabilidad del mal.

Desde este nivel radical, no es de culpabilidad, ni siquiera, por el momento, de responsabilidad, sino como resultado de la finitud, condición estructural de la existencia. Sobre el origen del mal, cabría decir no es propio ni de Dios ni del hombre, sino un enigma. El mal no se plantea ni se percibe en términos de responsabilidad, sino de accidente y desgracia.

¹⁶⁶ Cf. Torres Queiruga A., “Repensar el mal. De la ponerología a la teodicea” Ed. Trotta, Madrid, 2011. p. 71.

Tenemos que comenzar a no elucubrar ni seguir sintiéndonos ajenos a lo inevitable. El mal y el sufrimiento, comprendidos desde la finitud son consecuencia de nuestro modo de existir.

Desde este principio, y así cabe definirlo *“la imposibilidad de un mundo sin mal”* tenemos que sacar las consecuencias para responder a las inquietudes de los creyentes del siglo XXI: ¿Es posible un mundo sin mal y sufrimientos? La respuesta inmediata es, No. Porque bien mirado el mundo como es, en él siempre, por lo menos en la historia humana, habrá mal. Luego, ¿para ser felices hay que eliminar de nuestra vida todo mal y sufrimiento? La respuesta es negativa. En primer lugar habría que precisar qué es la felicidad, esto lo debemos hacer como cristianos, desde las bienaventuranzas, por lo que respecta al mal, éste, ya se sabe podrá mejorarse la vida pero nunca acabaremos con él.

Vuelve otra vez la pregunta clave ¿Por qué la propuesta de Torres Queiruga es la más convincente? Como se ve, vamos respondiendo de manera gradual a la opción por la postura. Ahora toca decir que es convincente porque nos hace ver y asumir con realismo el desenvolvimiento y las consecuencias inevitables de la vida del mundo y del hombre, constantemente atravesados por el mal y el sufrimiento, sin quedarse anclado en el sensacionalismo, que en muchos de los casos, en los intentos de respuesta ha sido decisivo hasta llevarlos a concluir que es imposible alguna respuesta.

Esta manera de ver los choques o limitaciones entre las realidades finitas, nos ayudan a superar el prejuicio de creer que el mal y el sufrimiento es algo que no merecemos o que está lejos de nosotros. Muchas veces nos preguntamos ¿por qué me ha escogido a mí como víctima? Todo esto se da por la falta de realismo frente a nuestra condición de creaturas finitas.

5.3.3. Recuperar la verdad fundamental del cristianismo

Ahora corresponde valorar lo que Torres Queiruga logra recuperar y poner como base de su planteamiento a la hora de buscar una respuesta cristiana al problema del mal. Porque siendo el mundo como es, y que no es posible la existencia de un mundo sin mal (ponerología), como cristianos alguna respuesta (pisteodicea) tenemos que dar, y esa es Dios (teodicea cristiana).

Pero es sobre el tema de Dios, del que Torres Queiruga hace algunas aclaraciones antes de realizar su último esfuerzo por dar una respuesta al problema.

Es preciso mencionar que hoy parece ser que la religión está en crisis. Y esta crisis sólo ha podido desencadenarse debido a la forma falseada de presentar a Dios y de vivir la relación con Él, que se había extendido por las iglesias cristianas sobre todo en la época moderna.

Mucha gente no ha abandonado su creencia en Dios porque se trata de una gente que se ha pervertido, sino porque a la gente se le ha ofrecido una imagen de Dios tan deformada, que Dios, para muchos cristianos, resulta inaceptable, contradictorio o incluso insoportable.¹⁶⁷

El fracaso de la teodicea bien visto en la postura de Estrada, es el fracaso de Dios. O más exactamente, el fracaso de la representación de Dios que nos ha ofrecido la teología al uso. La teología que ha brotado del discurso racional perteneciente al pasado.

En realidad, como hemos visto, el problema no radica en Dios o en el trascendente, sino en las representaciones del trascendente que nosotros nos hacemos, las que nos hemos hecho a lo largo de la historia; y las que nos seguimos haciendo en este momento.

Cualquiera que tome la Biblia en sus manos, lo que descubre en ella no son especulaciones sobre el ser de Dios extraídas de la metafísica, sino relatos del acontecer extraídos de la historia. Y es, en esos relatos, siempre vinculados a la conducta, al comportamiento humano, en los que descubrimos a Dios y en los que podemos encontrar la presencia trascendente.¹⁶⁸

Encontramos un Dios ni separado e impasible, como el motor inmóvil aristotélico, ni señor imperial, al estilo del César, ni instancia moralizante que personifique el orden moral. Es por el contrario, un Dios totalmente implicado en el mundo y afectado por la continua interacción con éste, hasta el punto de que Él mismo se realiza en el proceso en que se realiza el mundo, pues sólo así supera el carácter abstracto de su naturaleza “antecedente”.

Está presente la visión de un Dios que es amor infinito y en acto, es decir, cuyo ser consiste en estar amando (1Jn 4,8.16) y que ama tan sin resquicio que ni siquiera excluye a los malos e injustos (Cf. Mt, 5,45 y Lc 6,35) un Dios que como intuyó Oseas (11,8-9) y proclamó Jesús en la parábola del padre bueno (Lc 15, 11-32), perdona sin límites ni condiciones; un Dios que según la simbología del juicio final, declara justos no a los que se limitan a confesarlo, sino a los que, aún convencidos de no conocerlo, luchan contra el mal: porque tuve hambre... (Cf. Mt 7, 21 -23; 25, 31 -45).¹⁶⁹

Un Dios así no puede en modo alguno ser pensado realmente, incluso a pesar de afirmaciones teóricas en contrario, como cómplice del mal, como permitiendo si fuese posible impedirlo.

¹⁶⁷ Cf. Martín Velasco, J. ¿La crisis de Dios en la Europa de tradición cristiana?, AA.VV., la fe perpleja. ¿qué creer? ¿qué decir? Valencia, Tirant lo Blanch, 2010, p. 104.

¹⁶⁸ Cf. Castillo, José María. La humanidad de Dios. Discurso en la Universidad de Granada con motivo a su nombramiento como “Doctor honoris causa” Granada 2011.

¹⁶⁹ Cf. Torres Queiruga A., Repensar el mal. o.c., p. 160.

Esta manera de comprender a Dios desde la tradición bíblica, o por lo menos de intuirlo, estaba presente en la tradición o en la llamada “vía corta de la teodicea” por Torres Queiruga. No estuvo explícita pero si connatural a la vivencia de la fe.

Esto es lo que rescata y valora nuestro autor. No siempre se ha comprendido en su verdadero sentido, la idea de Dios que en la experiencia anterior se vive y se proclama no solo dando por supuesto que tiene que haber una explicación para la existencia del mal, sino que también Dios se opone radicalmente a él, que no lo quiere en modo alguno y que por tanto las cosas no pueden ser de otra manera. Pero nuestro autor reflexiona profundamente sobre el “Dios amor” y extrae las debidas consecuencias para fundamentar su nueva teodicea cristiana.

Lo que parece más específico de Torres Queiruga en torno a Dios como Amor, es el principio de que ese amor del Padre es el punto de partida de confrontación para denunciar y luchar contra el mal y el sufrimiento humano inevitables en desarrollo de la historia del mundo y de la vida del hombre.

La situación del hombre que padece el mal en sus distintas facetas es una contradicción con el amor del Padre. No se trata de un amor intimista, sino de un amor solidario, que se traduce en la preocupación por el otro. De modo que cuando Torres Queiruga postula a la fórmula Joánica “Dios es amor” (1 Jn 4,8) como el hilo conductor de la revelación bíblica, no hace otra cosa que insistir en el núcleo de la experiencia cristiana, por lo que el primado de la praxis resulta siendo una forma de hablar del primado del amor.

La radicalidad del amor exigido por el evangelio surge de Dios. La regla de oro radica en el comportamiento del Padre: se trata de ser compasivos como Él (Cf. Lc 6,27ss). Ese amor exigente debe traducirse en gestos.¹⁷⁰

El amor del Padre se constituye en el punto de confrontación para denunciar el mal que daña a todo ser humano.¹⁷¹

De este modo nuestro autor, una vez más logra darnos una clave, bien entendida, para tratar el problema del mal desde una correcta comprensión del ser de Dios asumido ya por la tradición cristiana.

Entonces las siguientes interrogantes del creyente del siglo XXI encuentran una respuesta coherente: ¿Qué hacer ante el mal y el sufrimiento? Tenemos que luchar, denunciarlo en todas sus dimensiones y aliviarlo en los que más lo padecen, inspirados por Dios desde el testimonio dejado por Jesús el cual pasó haciendo el bien. ¿Cómo

¹⁷⁰ Cf. Gutierrez, Gustavo. Compartir la palabra. A lo largo del año litúrgico, Ed. IBC- CEP, Lima 1996. p. 214.

¹⁷¹ Cf. Gutierrez, Gustavo. Teología de la liberación. Perspectivas, Ed. CEP, Lima 1971. p. 334.

creer en Dios cuando tanta gente sufre junto a mí? Dado que el mal es inevitable, el mal no debería poner mi fe en crisis, sino que mi fe encuentra la fuerza en Dios para luchar y afrontar el mal inevitable. ¿Por qué Dios no interviene y deja a la injusticia que triunfe? Ya vimos que el Dios de Jesús de Nazaret no es Dios intervencionista, por las razones ya expuestas en el capítulo III. Dios está con nosotros en cada momento, inspirándonos, motivándonos en esta lucha contra el mal.

Y a la pregunta ¿Por qué la propuesta de Torres Queiruga es la más convincente? Porque para dar una respuesta cristiana actual al problema del mal, no se apoya en especulaciones teóricas o metafísicas sobre Dios, sino que su base parte de la grande verdad cristiana que está en el Dios amor. Y además no solo se apoya sin más a esta verdad, sino que extrae de ella todas las consecuencias posibles para una mejor comprensión de la actitud de Dios frente al mal que padecemos.

5.3.4. La coherencia asegurada.

Según hemos visto en la propuesta de Torres Queiruga, es necesario una teodicea, no tanto que justifique a Dios, sino más bien nuestra idea de Dios. Esa idea o imagen del Dios amor que nos mostró Jesús.

Pues creyendo y confiando en el amor infinito de Dios, siempre o por lo menos desde la respuesta tradicional, tenemos la seguridad de que no puede haber nada que desmienta ese amor. Desde una convicción profunda, estamos seguros de que Dios no quiere, ni puede querer el mal de sus creaturas y que, por tanto, si ese mal está ahí, es porque no puede ser de otra manera. Desde aquí es necesario asegurar la coherencia a la hora de fundamentar esta intuición.

Es pues desde esta verdad de donde nuestro autor comienza a edificar una nueva propuesta de teodicea.

Pues tomando en serio los resultados de la ponerología es posible mantener la coherencia. Dado pues que el enunciado mundo sin mal es un sinsentido, la pregunta de por qué Dios no elimina el mal... no tiene validez. Entra ya de lleno la inversión del problema. Ahora tenemos que preguntarnos por qué entonces Dios ha creado un mundo que inevitablemente implica la presencia del mal. Y por qué Dios sabiendo que el mundo estará expuesto a los horrores del mal, lo creó a pesar de todo? La respuesta extraída de la experiencia de la vida humana, es que el mundo y la existencia valen la pena, porque Él creando por amor, nos sostiene, acompaña y apoya en la lucha contra el mal.¹⁷² La vida vale la pena pues Él nos la da desde su amor que quiere y busca nuestro bien. Un bien que se inicia ya ahora en la historia, aunque su realización plena y definitiva se logrará una vez rotos los límites del espacio y del tiempo.¹⁷³

¹⁷² Torres Queiruga, Repensar, o.c., p. 214-15.

¹⁷³ Ibid. p.213.

Dios ha creado el mundo y nos ha dado la existencia por amor. Pero siguiendo con nuestro intento de respuesta novedosa, hemos de decir que Dios crea el mundo porque quiere y sabe que puede vencer definitivamente el mal, no solo mediante el amor que apoya y acompaña en la historia, sino también mediante la salvación plena más allá de la historia. Es decir, que a pesar de todos los conflictos, de todas las durezas e incluso de todas las derrotas, el mal no tendrá la última palabra. Esto es lo que la teodicea cristiana expresa con la fe en la resurrección y la felicidad eterna.

El principio que dice “Dios no ha creado por amor”, con el único fin de hacernos partícipes de su felicidad, es una gran verdad que sustentada así por Torres Queiruga nos arroja una gran luz para nuestra comprensión del sentido de nuestra existencia como creyentes.

Vemos que la historia no es una prueba a la que Dios nos somete para salvarnos, sino, simplemente la inevitable condición de posibilidad para realizar esa salvación. Para que Dios nos salve, es decir, para que pueda hacernos definitivamente plenos y felices, tenemos que existir, y existir como finitos, como seres que crecen y se realizan en la historia de su libertad. Por eso estamos expuestos al mal, pero como vivimos envueltos en el amor creador de Dios, apoyados en su presencia siempre activa, sabemos que el sentido está asegurado con la victoria final sobre todo mal.¹⁷⁴

Si nos remitimos a la Biblia, Dios aparece como Anti-mal, como contrario al mal, Dios se convierte en una objeción contra el mal, pues Él es el primero afectado¹⁷⁵, pues el mal contradice de manera directa su acción creadora y se opone a su intención salvadora. Nuestro autor afirma que el hilo conductor de la Biblia consiste en la llamada a que colaboremos con Dios en su máxima preocupación: el remedio y la ayuda frente al mal y el sufrimiento.

Es importante decir que Torres Queiruga no descubre ni explica el origen del mal en el mundo, con lo que la pregunta todavía queda abierta. Pero sí, a mi juicio, logra asegurar la coherencia de la fe. Ya no nos apoyamos solo en convicciones que a la hora de fundamentarse parecen tambalearse, sino que podemos, desde los resultados de la ponerología y como pisteodicea cristiana, sostener la verdad de nuestra fe.

Surge otra vez la pregunta fundamental del trabajo, ¿Por qué la propuesta de Torres Queiruga es la más convincente? Porque logra confirmar la primera y gran verdad cristiana, pero esta vez reforzada en su coherencia desde los resultados de la ponerología. La imagen de Dios Padre- Amor, proclamado por Jesús de Nazaret, es la única respuesta para el cristiano expuesto a la terrible experiencia del mal inevitable en este mundo. Una respuesta no solo teórica sino sobre todo práctica.

¹⁷⁴ Torres Queiruga, A., *Del terror de Isaac al Abbá de Jesús. Hacia una nueva imagen de Dios*, Ed. Verbo divino, Estela 2000, p. 209.

¹⁷⁵ Torres Queiruga, *Repensar*, o.c., p. 265.

CONCLUSION FINAL.

Después de exponer los planteamientos y valorarlos en su justa medida, y optando al final por una de las posturas analizadas, he llegado a las siguientes conclusiones.

Sin duda el esfuerzo del teólogo Juan Antonio Estrada, por comprender el tema de la teodicea es loable y significativamente clarificante, pero limitado a la hora de querer brindar una respuesta al problema del mal que incomoda e interpela al creyente. El no poder formular una respuesta para la actualidad se debe al hecho de mantener intacto el planteamiento tradicional que se caracteriza por dar por supuesto que Dios podría, si quisiera, evitar el mal del mundo pero no lo hace. De tal manera que, partiendo de planteamientos como éste se comprende que la teodicea resulte imposible.

Pero ahora desde un intento optimista se presenta el teólogo André Torres Queiruga quien para el presente trabajo resulta ser la opción más convincente para dar respuesta al agudo problema del mal en relación a Dios.

La propuesta de Torres Queiruga es la más convincente porque toma en serio el cambio de paradigma impuesto por la postmodernidad, asumiendo las consecuencias del caso. Y por otro lado no descalifica la respuesta tradicional cristiana sin más, sino que la comprende por estar formulada en otra etapa de la historia, por lo que ve la necesidad de actualizarla con razones nuevas.

Esta propuesta es válida porque nos hace ver y asumir con realismo el desenvolvimiento y las consecuencias inevitables de la vida del mundo y del hombre, constantemente atravesados por el mal y el sufrimiento, sin quedarse anclado en el sensacionalismo, que en muchos de los casos, en los intentos de respuesta ha sido decisivo hasta llevarlos a concluir que es imposible alguna respuesta.

Así mismo es la postura que mejor responde, porque para dar una respuesta cristiana actual al problema del mal, no se apoya en especulaciones teóricas o metafísicas sobre Dios, sino que su base parte de la grande verdad cristiana que está en el Dios amor. Y además no solo se apoya sin más a esta verdad, sino que extrae de ella todas las consecuencias posibles para una mejor comprensión de la actitud de Dios frente al mal que padecemos.

Finalmente es la respuesta más convincente porque logra confirmar la primera y gran verdad cristiana, pero esta vez reforzada en su coherencia desde los resultados de la ponerología. La imagen de Dios Padre- Amor, proclamado por Jesús de Nazaret, es la única respuesta para el cristiano expuesto a la terrible experiencia del mal inevitable en este mundo. Una respuesta no solo teórica sino sobre todo práctica.

En tal sentido, ahora queda manifestar que el cristiano debe saber responder a la experiencia del mal desde su ser más propio y específico, desde la revelación de un Dios que es “Amor” (1Jn 4,8) y que por amor nos ha llamado a la existencia.

Desde la nueva manera de plantear la teodicea se comprende que el ser del hombre no es ni una pasión inútil, que la vida no es una prueba a la que nos somete Dios, a lo largo de toda nuestra vida, sino la inevitable condición de posibilidad que tiene el hombre para poder participar del encuentro pleno con su Creador.

El cristiano del siglo presente, puede encontrar respuestas a sus interrogantes, bien situado el mal y bien comprendida la imagen del Dios amor que nos enseñó Jesús de Nazaret.

De esta manera podemos concluir que ha fracasado no la teodicea en general, sino un tipo de teodicea que por no renovarse en sus planteamientos quedó obsoleta. Pero ya superado el impedimento, se abre el espacio a una nueva teodicea que parte del mal concreto e inevitable que afecta y hace sufrir al ser humano y que encuentra en Dios Amor su respuesta para el presente y el final de la historia:

Y no habrá ya maldición alguna; el trono de Dios y del Cordero estará en la ciudad y los siervos de Dios le darán culto. Verán su rostro y llevarán su nombre en la frente. Noche ya no habrá; no tienen necesidad de luz de lámpara ni de luz del sol, porque el Señor Dios los alumbrará y reinarán por los siglos de los siglos (Ap 22, 3-5).

BIBLIOGRAFÍA

TEXTOS FUNDAMENTALES

1. **ESTRADA, Juan A.** La imposible teodicea, la crisis de la fe en Dios, Madrid, Ed. Trotta, 1997.
2. **TORRES QUEIRUGA, Andrés.** Repensar el mal, de la ponerología a la teodicea. Madrid, Ed. Trotta, 2011.

TEXTOS DE APOYO

3. **CABADA CASTRO, Manuel,** Recuperar la infinitud, en torno al debate histórico filosófico sobre la limitación o ilimitación de la realidad. Ed. Universidad Pontificia Comillas, Madrid, 2008.
4. **CABADA CASTRO, Manuel,** El Dios que da que pensar. Acceso filosófico, antropológico a la divinidad, Madrid, Ed. B.A.C., 1999.
5. **ESTRADA, Juan A.,** La espiritualidad de los laicos, Madrid, Ed. Paulinas, 1997.
6. **ESTRADA, Juan A.,** Imágenes de Dios. la filosofía ante el lenguaje religioso, Madrid, Ed. Trotta, 2003.
7. **ESTRADA, Juan A.,** “De la teodicea a la esperanza”, en Iglesia Viva 225 (2006)
8. **ESTRADA, Juan A.,** El cristianismo en una sociedad laica, Bilbao, Ed. Descleé de Brouwer, 2006.
9. **GOMEZ CAFFARENA, J.,** El enigma y el misterio, Una filosofía de la religión, Madrid, Ed. Trotta, 2009.
10. **GOMEZ CAFFARENA, J.,** Ascesis, gnosis, praxis. La sabiduría religiosa frente al mal, en ¿hay lugar para Dios hoy?, Vv. Aa., PPC, Ed. Trotta, Madrid 2005.
11. **GRÛM Anselm,** ¿Por qué a mí? El misterio de Dios y la justicia de Dios, Buenos Aires, Ed. San Pablo, 2011.
12. **GUTIERREZ, Gustavo.** Teología de la liberación. Perspectivas, Lima, Ed. CEP, 1971.
13. **GUTIERREZ, Gustavo.** El Dios de la vida, Lima IBC – CEP, 1989.

14. **GUTIERREZ, Gustavo.** Hablar de Dios desde el sufrimiento del inocente. Una reflexión sobre el libro de Job, CEP, 1989.
15. **GUTIERREZ, Gustavo.** Compartir la palabra. A lo largo del año litúrgico, Lima Ed. CEP, 1996.
16. **JONAS, Hans.** Pensar sobre Dios y otros ensayos, Barcelona, Ed. Herder, 1998.
17. **NEUSCH, Marcel.** El Enigma del mal, Santander Ed. Sal Terrae, 2010.
18. **PAGOLA José Antonio.** Es bueno creer “para un teología de la esperanza” Madrid, Ed. San Pablo, 1996.
19. **PARIMACHI, Raúl.** El horizonte de la fe: el tema de Dios en Gustavo Gutiérrez, Lima, Ed. CEP 2003.
20. **TORRES QUEIRUGA, Andrés.** Constitución moderna de la razón religiosa, Madrid, Ed. Verbo Divino, 1992.
21. **TORRES QUEIRUGA Andrés.,** “Recuperar la creación. “Por una religión humanizadora” Santander, Ed. Sal Terrae, 1996.
22. **TORRES QUEIRUGA, Andrés.** Repensar la Revelación- la revelación Divina en la realización Humana. Madrid, Ed. Trotta, 2008.
23. **MARTÍN VELASCO, J.** ¿La crisis de Dios en la Europa de tradición cristiana?, AA.VV., la fe perpleja. ¿qué creer? ¿qué decir? Valencia, Tirant lo Blanch, 2010.
24. **RUIZ DE LA PEÑA Juan Luis.** Dios Padre y el dolor de los hijos, Madrid, Ed. Sal Terrae, 1994.
25. **RUIZ DE LA PEÑA Juan Luis.** Creer desde la experiencia del mal y la injusticia, Madrid, Ed. Caparros, 1998.

INDICE

TÍTULO	1
EPÍGRAFE	2
AGRADECIMIENTO	3
RESUMEN	4
ABSTRACT	6
PRESENTACIÓN	8
CAPÍTULO I: ¿QUÉ SE ENTIENDE POR TEODICEA?	
1. Conceptos de teodicea y de mal	10
1.1 Qué es la teodicea	10
1.2 Qué es el mal	11
1.3 Dimensiones de la experiencia del mal	11
2. Algunas respuestas comunes al mal en relación a Dios	14
2.1 El pecado como explicación última del mal	14
2.2 Dios saca bien del mal	14
2.3 La limitación del poder de Dios	15
3. Problemática de la teodicea	16
Actualización del problema	16
4. El magisterio de la Iglesia Católica	17
Enseñanzas de la iglesia católica sobre el problema del mal	17
5. Valoración crítica	19
CAPÍTULO II: LA IMPOSIBILIDAD DE LA TEODICEA EN JUAN ANTONIO ESTRADA.	
El autor	21
Introducción	21
1. El fracaso de las teodiceas tradicionales	22
1.1 Teodiceas teológicas	23
a. Agustín de Hipona	23
b. Anselmo de Canterbury	24
1.2 Teodicea filosófica	25
a. Leibniz	26
b. Kant	27
c. Hegel	29
1.3 Teodicea negativa	30
Nietzsche	30
2. De la teodicea a la antropodicea	31
La antropodicea como praxis solidaria	32

a. Propuesta Teísta	33
b. Propuesta atea	34
2.1 La imposibilidad de la teodicea	36
6. Aporte de la religión cristiana a la lucha contra el mal	37
3.1. El Reino de Dios	38
3.2. ¿Es la resurrección una respuesta al mal?	40

CAPÍTULO III: LA POSIBILIDAD E INEVITABILIDAD DE LA TEODICEA EN ANDRÉS TORRES QUEIRUGA

El autor	42
Introducción	42
Diagnóstico del problema	43
1. El problema del mal “la vía corta de la teodicea”	45
La antigua lógica del mal	44
2. El problema del mal “la vía larga de la teodicea”	46
2.1 nuevo tratamiento del problema del mal- la “ponerología”	45
2.1.1 El ateísmo metódico	46
2.1.2 La realidad mundana	47
a. Lo que puede ser un sueño de la imaginación	48
b. Lo que se muestre acorde con el trabajo de la razón	48
2.1.3 La imposibilidad de un mundo sin mal	49
a. La finitud como elemento esencial del problema	49
b. El límite de la libertad	50
2.2 Una mediación necesaria - la “pisteodicea”	50
2.3 La inevitable teodicea	52
2.3.1 La verdadera pregunta y la auténtica respuesta	53
La verdadera pregunta	53
La verdadera respuesta	53
a. La bondad	54
b. La omnipotencia	55
2.3.2 La coherencia asegurada: creer en Dios como el Anti-mal	56
a. Primer aspecto	57
b. Segundo aspecto	57
2.3.3 Objeciones al planteamiento	57
a. Primera objeción: <i>Anulación del Misterio</i>	57
Misterio real	58
Misterio artificial	58
b. Segunda objeción: <i>Demasiado mal en el mundo</i>	59
c. Tercera objeción: <i>la lógica del “a pesar” de vs. la lógica del “para”</i>	59
d. Cuarta y última objeción: <i>La finitud y la salvación escatológica.</i>	60
- el tiempo	61
- la finitud- infinita	61
- el amor	62

CAPÍTULO IV: DIFERENCIAS, SIMILITUDES, CRÍTICAS Y LA OPCIÓN POR LA POSTURA QUE TIENE MÁS OPCIÓN DE RESPUESTA.

1. Introducción	63
2. Similitudes	64
2.1.Necesidad de replantear la respuesta tradicional	64
2.2.La Resurrección como clave de la respuesta cristiana al problema de mal.	66
3. Diferencias:	64
Perspectivas Del Planteamiento	67
3.1. ¿Por qué una imposible teodicea?	67
3.2. ¿Por qué una posible teodicea?	68
4. Consideraciones críticas sobre algunos aspectos de ambos autores	69
4.1.El valor de la vida	69
4.2.La finitud como condición de posibilidad del mal en Andrés Torres Queiruga.	69
5. Andrés Torres Queiruga- “repensar el mal”: la postura que tiene más opción de respuesta al problema de la teodicea en el siglo XXI.	75
5.1.El contexto actual y las inquietudes del cristiano del siglo XXI	75
5.2. La postura de Juan Antonio Estrada Díaz	77
5.3. La postura que asume las exigencias del siglo XXI.	79
5.3.1. Asumir el nuevo presupuesto en una sociedad “secular”	79
5.3.2. Comprensión real y consciente de la finitud de la creación	81
5.3.3. Recuperar la verdad fundamental del cristianismo	83
5.3.4. La coherencia asegurada	86
Conclusión	89
Bibliografía	91